

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República

Instituto de Estudios Histórico Sociales e Instituto Geografía Historia y Ciencias Sociales (CO-NICET), Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires

Instituto del Desarrollo Humano, Universidad Nacional de General Sarmiento

Las derechas en el cono sur, siglo XX

Actas del séptimo taller
de discusión

Ernesto Bohoslavsky, Magdalena
Broquetas y Olga Echeverría
(compiladores)

I.S.B.N. 978987-630-107-7

ÍNDICE

Ernesto BOHOSLAVSKY, Magdalena BROQUETAS y Olga ECHEVERRÍA, <i>Presentación del taller</i>	3
--	---

Ponencias

Leandro PEREIRA GONÇALVES, <i>O quinto evangelista ou o quinto colunista? Plínio Salgado, a solidariedade nazista e a direita portuguesa no exílio</i>	10
Carolina CERRANO, <i>Derechas conectadas ¿Por qué el herrerismo y el falangismo simpatizaron con el ascenso del peronismo?</i>	32
María Eugenia JUNG, <i>Notas para una investigación sobre universidad, desarrollo y derechas uruguayas, 1958-1973. ¿Hacia la reacción o la modernización de la educación superior?</i>	47
Magdalena BROQUETAS, <i>Del ruralismo al pachequismo: ¿una nueva derecha populista y autoritaria? (1950-1970)</i>	67
Luis HERRÁN ÁVILA, <i>¿Las falsas derechas? Integrismo católico y anticomunismo en México y Argentina (1961-1974)</i>	82
Matías RODRÍGUEZ METRAL, <i>La aparición de contenidos liberales en la campaña de la Lista 15 del Partido Colorado en 1966 ¿Un giro a la derecha?</i>	94
Gabriel BUCHELI, <i>¿Fue la Juventud Uruguaya de Pie una expresión de derecha falangista en el Uruguay de los primeros años 70?</i>	104
Mauricio BRUNO, <i>¿Hacia un nuevo sentido común social y político? La derecha neoliberal en los inicios de la nueva democracia uruguaya (1984-1985)</i>	122

Mesa redonda

Luis KLEJZER, <i>Presentación de la mesa redonda</i>	132
Gerardo CAETANO, <i>Algunas pistas para el estudio de las derechas rioplatenses</i>	135
Olga ECHEVERRÍA, <i>Los estudios sobre las derechas argentinas y rioplatenses del siglo XX. Balances, preguntas y perspectivas de análisis</i>	148

Sobre los autores	163
-------------------	-----

PRESENTACION DEL TALLER

Ernesto Bohoslavsky, Magdalena Broquetas y Olga Echeverría

El 24 de noviembre de 2015 se llevó a cabo en Sala Cassinoni de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República el VII Taller de Discusión sobre “Las derechas en el Cono Sur”. En esta oportunidad la Universidad de la República se sumó a la organización de un evento que se viene realizando de manera ininterrumpida desde el año 2010 en distintas sedes de Argentina. Celebramos, entonces, la realización del taller en Montevideo por varios motivos. El cambio de sede contribuyó a profundizar la apuesta por el diálogo internacional y la perspectiva comparada que han sido consignas fundamentales desde las primeras ediciones del taller. El encuentro brindó también la posibilidad de afianzar espacios de intercambio y equipos de trabajo entre participantes del taller e investigadores de la Universidad de la República y significó un importante paso en el proceso de consolidación de un campo académico dedicado al estudio retrospectivo de las derechas en Uruguay, que experimenta un rezago en la materia en relación a sus vecinos del Cono Sur.

Como en instancias anteriores, los textos incluidos en esta compilación son el resultado de ponencias redactadas después de la realización del taller atendiendo a comentarios, sugerencias y críticas formulados por los participantes en su desarrollo. En líneas generales, los artículos confirman lo que ya se ha propuesto en ediciones anteriores en cuanto a que estamos ante actores plurales, difícilmente encasillables en categorías demasiado generales y que pueden ser estudiados a partir de estrategias analíticas muy diversas. En esta oportunidad fueron analizados sectores partidarios, movimientos políticos por fuera de los partidos, grupos católicos, organizaciones juveniles y élites tecnocráticas que desarrollaron proyectos, y en algunos casos interactuaron, durante el período comprendido entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la década de 1980. Si bien podría inscribirse su accionar en el paraguas global de la Guerra Fría, los textos demuestran que los rasgos doctrinarios, ideológicos e identitarios de los actores estudiados, e incluso muchas de sus redes intelectuales y políticas, hunden sus raíces en períodos anteriores y no necesariamente acompañan la cronología y los grandes tópicos del conflicto mundial.

El caleidoscopio de temas, problemas y perspectivas desplegados en el taller vuelve a corroborar otras dos cuestiones que, sin ser novedosas, conviene resaltar. En primer lugar, ratifican el acierto de la dimensión empírica en el estudio de estos actores “multiformes”, renuentes a reconocerse en los espejos ofrecidos por los analistas. En este sentido, las ponencias privilegiaron el examen de textos, contextos, imaginarios, percepciones, prácticas, pertenencias sociales, vínculos y circuitos por sobre las tipologías y definiciones abstractas o esencialistas que no siempre dan cuenta de la complejidad de los sujetos estudiados. En segundo lugar, abonan la convicción de que la combinación de escalas espaciales y temporales no fragmenta sino que enriquece el conocimiento de las similitudes, las diferencias y las tensiones de las derechas latinoamericanas contemporáneas.

Contenido

Los artículos de Leandro Pereira Gonçalves y de Luis Herrán examinan a actores del espectro antiliberal de las derechas, focalizándose en figuras que produjeron textos paradigmáticos, leídos y citados en contextos muy cambiantes. Los dos trabajos iluminan conexiones entre Europa y América y dentro de esta última, entre integristas católicos de México y Argentina.

El texto de Leandro Pereira Gonçalves se aproxima al exilio portugués del líder del integralismo brasileño, Plínio Salgado, en el período de la Segunda Guerra Mundial. A través de correspondencia de Salgado y documentación de la Legión Portuguesa y los servicios de inteligencia militar de ese país, el autor reconstruye parte de las redes tendidas por el fundador de la Acción Integralista Brasileña y sus esfuerzos por mutar la imagen de político nacionalista por la de un intelectual que se presentaba como “profeta cristiano” y paladín de la cultura luso-brasileña. Dentro de Portugal, Salgado estrechó lazos con intelectuales, clérigos, gobernantes del *Estado Novo* y diversos representantes de la derecha antiliberal. Pero estas redes comprendieron también círculos más amplios que abarcaron a los nazis alemanes y viejos camaradas integralistas de América. Se trata de una contribución que pone de manifiesto la fortaleza de los vínculos transoceánicos entre los movimientos fascistas en los años treinta y cuarenta del siglo XX.

A partir de un texto doctrinal del clérigo mexicano Joaquín Sáenz, Luis Herrán deconstruye la idea de “falsas derechas” que formó parte del repertorio de nociones

medulares del integrismo católico latinoamericano de los años sesenta y setenta del siglo XX, dedicado a la identificación y denuncia de la infiltración de “enemigos” dentro de la Iglesia. La ponencia de Herrán evidencia la circulación de textos y el intercambio de experiencias, en particular con Argentina, en un momento de fuertes resistencias a los cambios introducidos en la Iglesia por el Concilio Vaticano II. Sin embargo, subraya también la necesidad de mantener una mirada histórica que atienda los contextos específicos y las apropiaciones adaptadas a las diversas y cambiantes realidades nacionales.

Los otros seis textos centran su atención en el escenario uruguayo, manteniendo la preocupación por la identificación de lazos y referentes regionales y globales. Carolina Cerrano se pregunta por las cercanías ideológicas de la corriente política liderada por Luis Alberto de Herrera con el peronismo y con el falangismo de la inmediata posguerra. Esto supone para la autora el desafío de alejarse de los calificativos empleados por los opositores contemporáneos al herrerismo –que insistían en equiparar al sector y su líder con los nazifascismos europeos y criollos– y, a la vez, identificar indicios que confirmen o desestimen estos vínculos. A través de un primer relevamiento del diario herrerista *El Debate*, Cerrano sostiene que, en el plano discursivo, el nacionalismo, el anti-imperialismo y la oposición al panamericanismo constituyeron puentes de conexión ideológica entre los tres movimientos. Asimismo, su texto nos invita a pensar en la reconfiguración del mapa de las derechas americanas y la (re)construcción de sus identidades tras la derrota de los fascismos en la Segunda Guerra Mundial.

Dentro de las miradas a Uruguay predominaron las dedicadas a conocer mejor actores y fenómenos sociales que han recibido escasa atención historiográfica en el tramo previo al golpe de Estado y la dictadura de 1973. En esta línea, la ponencia de María Eugenia Jung nos ubica en las posiciones de las derechas uruguayas de la década de 1960 en relación a la educación superior y sus proyectos de modernización ante la crisis económica y social. Diversas agrupaciones de la derecha política, sectores católicos y movimientos de estudiantes cuestionaron la participación estudiantil (mayoritariamente de izquierda) en el gobierno universitario, el monopolio ostentado por la Universidad de la República y su perfil academicista y doctoral que iba en desmedro de una formación orientada a la capacitación en disciplinas técnicas y tecnológicas. Jung advierte sobre la necesidad de estudiar las derivas derechistas del discurso “desarrollista” y, en especial, los proyectos surgidos en a lo largo de la década para crear otras universidades públicas y privadas

Desde un ángulo diferente, pero manteniendo la mira en el ámbito estudiantil, Gabriel Bucheli dedicó su intervención a la principal organización estudiantil de derecha en el Uruguay de los sesenta y setenta. En su artículo Bucheli examina la naturaleza ideológica y doctrinaria de la Juventud Uruguaya de Pie (JUP) preguntándose si fue una expresión de derecha falangista en el Uruguay de los primeros años setenta. Basándose en el análisis de las definiciones y líneas de acción documentadas en los voceros periodísticos de la organización, el autor sostiene que a partir del segundo semestre de 1972 la JUP abandonó su perfil conservador y tradicionalista para posicionarse en la órbita del falangismo gracias a su proyecto de creación de un orden jerárquico, nacional y corporativo.

Los textos de Magdalena Broquetas y Matías Rodríguez procuran avanzar en el conocimiento de grupos que actuaron en el terreno político partidario, que a pesar de haber obtenido importante representación electoral, prácticamente no han sido estudiados. Broquetas se interroga sobre la posibilidad de hablar de una derecha populista y autoritaria surgida con la llegada al gobierno nacional de la Liga Federal Ruralista de Benito Nardone en 1959 y consolidada durante la presidencia de Jorge Pacheco Areco en los últimos años de la década de 1960. El pachequismo gestó un movimiento que se mantuvo activo por varias décadas. La autora se detiene en la utilidad y los límites de estas categorías analíticas y propone una mirada a las continuidades existentes en los elencos políticos, ciertas definiciones ideológicas y prácticas de gobierno, la plataforma de alianzas y las conexiones con actores locales y transnacionales de ambos movimientos.

Matías Rodríguez examina la aparente derechización de la lista 15 del Partido Colorado uruguayo después de la muerte de su líder, Luis Batlle Berres, en 1964. Atendiendo a la renovación ideológica y programática producida en la víspera de las elecciones nacionales de 1966, identifica el abandono de algunos rasgos identitarios del batllismo quincista (como la defensa del estatismo y el sistema colegiado de gobierno) y la aparición de postulados novedosos, entre los que se destacan las posiciones a favor de la liberalización económica en sintonía con los lineamientos de los organismos internacionales de crédito y la preeminencia del papel de los técnicos en la acción política.

Finalmente, la preocupación por la conformación en Uruguay de una derecha neoliberal también está presente en el texto de Mauricio Bruno sobre los voceros intelectuales de esta tendencia durante el proceso de redemocratización del país entre 1984

y 1985. En un artículo que augura la ampliación de los márgenes cronológicos del campo, Bruno resalta el protagonismo del semanario *Búsqueda* —en torno al cual se nucleó un grupo de intelectuales-economistas que durante la dictadura había convivido conflictivamente con el elenco militar— en la imposición de un nuevo sentido común social y político que encontraba inevitable implementar reformas de corte neoliberal en Uruguay. Fue en este contexto y por intermedio de estos portavoces que ganaron cada vez más terreno las ideas de un Estado en crisis que debía *aggiornarse* a través de prácticas modernas de gestión y de que la inflación debía ser entendida como un problema derivado del exceso del intervencionismo estatal.

En el cierre del taller se presentó la red internacional de investigación “Derechas, Historia y Memoria” (cuyo sitio web está disponible en: <https://direitashistoria.net>) y tuvo lugar una mesa redonda sobre historia comparada y conectada de las derechas del Río de la Plata en la primera mitad del siglo XX. Se trata de la primera vez que se incorpora a los talleres una actividad distinta a la presentación de textos para ser discutidos: lo hicimos en la presunción de que por ser la primera vez que este evento se realizaba fuera de Argentina valía la pena establecer puntos de contacto y de comparación tanto entre las experiencias históricas como entre las historiográficas.

En la presentación de la mesa redonda Luis Klejzer pone de manifiesto los principales puntos por los que transitaron los dos textos presentados. Allí se destacan las posibilidades y complicaciones para ampliar el diálogo historiográfico y el intercambio de experiencias y de opciones teóricas y terminológicas. Olga Echeverría y Gerardo Caetano enfatizaron las ventajas de adoptar una perspectiva regional y comparada para el estudio de las derechas argentinas y uruguayas y abordaron algunos de los principales problemas conceptuales y metodológicos que atraviesan el campo. Entre los primeros destacaron la amplitud de la noción “derechas”, que suele demandar adjetivos específicos o cruces con otras categorías, y a nivel metodológico se refirieron a cuestiones de escalas de análisis y de disponibilidad de fuentes. Los expositores invitaron a aproximarse a estos problemas desde enfoques novedosos o dimensiones espaciales que no necesariamente coincidan con las fronteras nacionales.

La lectura conjunta de los textos de Echeverría y Caetano ofrece un valioso diagnóstico del estado del campo en ambas orillas del Río de la Plata, revelador de una historia y una historiografía hilvanadas por algunos hitos en común pero también marcadas por profundas diferencias. Así pues, es posible encontrar coincidencias en el modo en que las derechas percibieron y resignificaron fenómenos de alcance global y en

buena parte de su universo de enemigos. Sin embargo, las diferencias en los sistemas de partidos y el lugar social y el peso político de instituciones como la Iglesia Católica o el Ejército parecen haber representado parteaguas que explicarían las peculiaridades en los desarrollos específicos de Argentina y Uruguay, así como las intensidades variables en las formas de nacionalismo, autoritarismo y militarismo que marcaron el siglo XX en cada uno de los países.

Agradecimientos

Una vez más, nos complace agradecer a los expositores y público participante del taller haber contribuido a la reflexión y discusión en el transcurso de una larga y productiva jornada. Agradecemos también a las instituciones organizadoras, el IEHS, el Instituto de Geografía, Historia y Ciencias Sociales (CONICET y Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires), el Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad Nacional de General Sarmiento y la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (UdelaR) y a la Comisión Sectorial de Investigación Científica que colaboró con la financiación del evento.



Instituto del Desarrollo Humano • Universidad Nacional de General Sarmiento

Las derechas en el Cono sur, siglo XX
Actas del séptimo taller de discusión

PONENCIAS



Instituto del Desarrollo Humano • Universidad Nacional de General Sarmiento

Teléfono: (54 11) 4469-7701/02/03
Fax: (54 11) 4469-7734
e-mail: indh@ungs.edu.ar

O QUINTO EVANGELISTA OU O QUINTO COLUMNISTA?

PLÍNIO SALGADO, A SOLIDARIEDADE NAZISTA E A DIREITA PORTUGUESA NO EXÍLIO

Leandro Pereira Gonçalves

O propósito do ensaio está na análise da ida de Plínio Salgado para o exílio e os primeiros momentos em Portugal (1939-1941). Para identificar o período, buscou-se em fontes e documentações portuguesas e brasileiras, elementos que pudessem servir de base para a compreensão dos primeiros tempos de Salgado no exílio. O estudo está dividido em duas partes, que marca a chegada e fixação em busca de uma rede de sociabilidade e em segundo momento a análise referente as tentativas de acordos com a Alemanha nazista no âmbito da Segunda Grande Guerra Mundial, em 1941. Após 1942, o exilado inaugurou uma segunda fase, marcada pela concepção religiosa, que não será objeto deste estudo, mas referenciado no fim da discussão.

O exílio foi um período mais “discreto” politicamente, apesar das ações clandestinas, criando um tempo de incertezas. Com os imbróglis ocorridos no Brasil após 1937 em decorrência do golpe getulista, o líder da Ação Integralista Brasileira (AIB), Plínio Salgado e sua esposa, Dona Carmela saíram do Brasil em 22 de junho de 1939 e desembarcaram no cais de Alcântara, em Lisboa, em 07 de julho. O líder dos integralistas brasileiros oficialmente não era um exilado político, apesar de discursar aos militantes que o era como refém da ditadura de Getúlio Vargas. Ao solicitar autorização de residente ao governo português em questionário de viagem, foi perguntado o motivo do requerimento. Respondeu de próprio punho que estava em Portugal para turismo e tratamento de saúde ao lado da esposa.¹ Em versão aos militantes, disse ter aceitado as passagens pagas pelo governo para dar o entendimento de que foi deportado (Salgado, 1980a: 62). Já em Portugal, tinha a pretensão de transparecer que não era um fugitivo ou criminoso, mas tinha consciência que era impossível voltar ao Brasil no contexto do regime varguista. Seu retorno só ocorreu em 1946, quando o processo de reestruturação política no país estava realizado. Havia certeza de que era um preso, sem oficialmente o ser, era o autoexílio pliniano.

¹ Questionário de viagem para Portugal em 1939. (Arquivo Público e Histórico de Rio Claro/Fundo Plínio Salgado (APHRC/FPS)-001.006.002-b).

Antecipadamente, antes da sua partida, foram para Portugal Hermes Malta Lins e Albuquerque e Rosa Dottori Lins e Albuquerque, secretário particular do chefe integralista e respectiva esposa que acompanharam o líder durante todo o tempo do exílio. Vê-se, com esse ato, que, apesar de fazer um discurso de humildade e pobreza, mantinha o nível social e político, pois o objetivo era bem claro naquele momento, retornar o mais rápido ao Brasil. Tinha uma expectativa real de acordos com Vargas, inclusive de participar do governo getulista, obviamente sem sucesso algum.

Chegada e fixação em Portugal: buscas

Em 07 de julho de 1939, o navio saiu do Oceano Atlântico, entrou no Rio Tejo e, no cais de Alcântara, encontrou o casal Lins de Albuquerque com a imprensa portuguesa que estava presente para noticiar e fiscalizar, já que parte dos jornalistas era compactuada com o regime salazarista e tinham que saber quem era Plínio Salgado que afirmou não querer falar de política (Salgado, 1980b: 111). Sabia muito bem que qualquer palavra empregada poderia impedir uma estadia em Portugal, além de atrapalhar a busca de acordos com Vargas. A presença de Hermes Malta Lins e Albuquerque foi fundamental, pois a função do seu secretário particular não era organizar somente questões relacionadas à sua vida privada, estava ao seu lado para auxiliar nos contatos políticos, tanto é que foi identificado pela *Legião Portuguesa* como elemento suspeito e passível de investigações. Plínio Salgado afirmou: “O Lins e D. Rosa apresentam-nos vários rapazes da nova geração portuguesa” (Salgado, 1980b: 111). Parte da nova geração, não era tão nova para ele, já que, através deles, identificou elementos que consubstanciou suas ideias no Brasil, os membros do Integralismo Lusitano (IL) e do conservadorismo radical português, que estavam passando por um período de radicalização naquele momento com o fortalecimento da ditadura de António de Oliveira Salazar.

Portugal, em 1939, teoricamente era um ambiente propício para Plínio Salgado, já que a representatividade direitista poderia ser notada no governo, mas nem todos os grupos estavam em consonância com o regime. No interior do IL e do Movimento Nacional-Sindicalismo (N/S), ocorreu uma ramificação e parte dos militantes abraçou a causa salazarista, enxergando no nacionalismo corporativista, antiliberal e anticomunista, um caminho para a monarquia e, dessa forma, viram no regime uma possibilidade de praticar seus anseios. Foi o caso do jovem integralista Marcello Caetano; que, posteriormente, assumiu o posto de Presidente do Conselho de Ministros após o afastamen-

to, por motivo de doença, de António Salazar em 1968. Mas grande parte do conservadorismo radical português, expresso no IL e no N/S, enxergou o Estado Novo português como um elemento opositor, transformando-se, assim, em alvos de ataques e fiscalização do regime. O consenso era impossível, uma vez que, para parte dos militantes, o nacionalismo salazarista bastava para a representação de seus ideais; no entanto, para outros, a política governamental era uma ditadura que não compactuava com os elementos monárquicos ou sindicalistas.

Em um contexto de ausência de liberdade, Plínio Salgado desembarcou em Portugal com cautela, a fim de analisar com propriedade qual o melhor ambiente político para a consolidação dos seus ideais. Ao analisar a chegada a Lisboa, afirmou em carta para a filha, em 08 de julho de 1939: “Recusei-me a falar sobre política. É uma homenagem à hospitalidade lusitana. Peço comunicar ao Josetti que do pessoal do Martinho Nobre ninguém apareceu; convém que o Josetti faça essa comunicação pura simplesmente, sem nada pedir nem insistir”.² A dita hospitalidade nada mais era do que uma forma de impedir qualquer tipo de desavença inicial e, mais uma vez, vê-se a importância do embaixador português no desembarque de Plínio Salgado, que demorou alguns dias para se encontrar com os congêneres lusitanos, apesar de dizer dois dias depois, em uma carta ao genro: “Tenho travado relações com distintos intelectuais e pessoas de projeção no país”.³ Buscava frequentar locais com possibilidade de alcançar algum tipo de benefício. O escritor Joaquim Paço d’Arco afirmou: “Conheci Plínio Salgado e sua mulher na casa acolhedora de D. Alelaide e D. Alberto Bramão – um dos últimos salões literários de Lisboa” (Paçod’Arcos, 1986: 96-97). Em pouco tempo, já agia em torno da criação de uma rede relacional. Em 10 de julho, afirmou ao genro:

Almoçamos domingo no Estoril, com o Sr. Duarte, em cuja casa, além de pessoas do Brasil que aqui se acham, conheci um distinto professor da Faculdade de Lisboa, amigo íntimo do chefe do Governo e palestramos bastante. Hoje telefonou-me a Viscondessa de Carnaxide, convidando-me para uma recepção em casa dela, depois de amanhã. Trata-se de uma reunião de intelectuais e artistas à qual comparecerão figuras de grande destaque da sociedade portuguesa.⁴

Elisa Baptista de Sousa Pedroso, a Viscondessa de Carnaxide, era conhecida por receber nos seus salões intelectuais da literatura lusitana, bem como nomes da cultura estrangeira. Nessa residência conheceu o embaixador brasileiro em Portugal, Araújo Jorge. A residência na qual foi recebido era caracterizada por ser: “morada duma gran-

² Correspondência de Plínio Salgado a Maria Amélia, 8 jul. 1939 (Salgado, 1980b: 18)

³ Correspondência de Plínio Salgado a Loureiro Júnior, 10 jul. 1939. (Salgado, 1980b: 19)

⁴ Correspondência de Plínio Salgado a Loureiro Júnior, 10 jul. 1939. (Salgado, 1980b: 20)

de artista, feiticeira dos dedos prodigiosos, pianista cujas interpretações veem dar novas almas à alma dolorida dos músicos” (Ameal, 1922). Ele afirmou ao gênero: “Estou começando a observar e penetrar o espírito da sociedade, das instituições, do povo português”,⁵ afirmação concedida em apenas três dias no novo país.

A rapidez com que buscou a relação social o transformou, em pouco tempo, em alvo de olhares investigativos da Polícia de Vigilância e Defesa do Estado (PVDE).⁶ Havia apenas 10 dias em solo português e o líder dos integralistas buscou rapidamente aquele a que mais se assemelhava politicamente: Rolão Preto. Em 17 de julho de 1939, sua ficha completa foi levantada com dados pessoais, profissionais e políticos e em cadastro secreto foi notificado:

N. 4223. Plínio Salgado. Lisboa. O epigrafeado procurou o Dr. Rolão Preto, na Soalhreira, e brevemente vem ao Porto, ignorando-se para que fim. O Dr. Rolão Preto brevemente vem ao Norte, acompanhado de sua esposa, para batizar uma criança, filha dum indivíduo de Cête, fervoroso adepto do N.S.⁷

Rolão Preto figurava como um dos grandes alvos do regime, assim como os demais membros do IL e do N/S. Salazar criou uma verdadeira máquina política contra qualquer propaganda ou divulgação da monarquia ou qualquer outro elemento político visto como oposição. Diversos documentos eram apreendidos constantemente e levados ao conhecimento do governo que, com frequência, promovia interrogatórios, prisões, extradições e mortes. Em levantamento investigativo da PVDE, Rolão Preto era apontado como conspirador e radical. As concepções teóricas entre Rolão Preto e Plínio Salgado representavam uma proximidade indiscutível.

Ao chegar a Portugal, buscou contato justamente com o símbolo maior do fascismo português. A primeira ação foi política, havia um anseio pelo poder e o tal respeito em não falar de política estava restrito às declarações oficiais; pois, de forma clandestina, eram verificadas as relações de poder envolvendo o conservadorismo radical português. Até porque, sabia muito bem em que organização política estava se inserindo. A política salazarista não admitia ações comportamentais abertas e visíveis. A experiência política adquirida no Brasil e o conhecimento da política portuguesa forneciam-

⁵Correspondência de Plínio Salgado a Loureiro Júnior, 10 jul.1939(Salgado, 1980b: 21).

⁶ O prontuário de Plínio Salgado é limitado há apenas uma folha. Três aberturas foram feitas, mas duas (1909 e 960/44) tiveram a investigação anulada. Percebe-se que a abertura do processo, não foi aberta evidentemente pelas ações de Salgado, mas sim por quem buscou ter contatos, Rolão Preto, que era colocado como opositor direto do regime salazarista. No relatório da PVDE sobre estrangeiros existentes em Portugal (1940-1945), o nome de Plínio Salgado não foi citado. (Arquivo Nacional da Torre do Tombo/Arquivo Oliveira Salazar - ANTT/AOS/IN-8C).

⁷ Plínio Salgado. Prontuário. NT 4223. Processo 4262. (ANTT/PIDE/DGS).

lhe informações necessárias no sentido de criar um comportamento compatível com a política de Salazar, ou seja, o líder integralista era experiente a ponto de externar suas posições em uma sociedade como a de Portugal de Salazar.

A política de controle era extremamente eficiente. Além da PVDE, o Estado Novo de Salazar contava com a Legião Portuguesa,⁸ uma organização nacional, que se constituía como uma milícia e estabelecia ações investigativas de forma extremamente organizada. Foram eles que, em 11 de março de 1941, relataram: “Com Plínio Salgado⁹ e Rolão Preto há entendimentos políticos. [...] A gente de Rolão Preto anda em atividades nas áreas: Fonte Santa, Alcântara, Alto Pina e Boa Vista. Há também agentes no Barreiro e no Porto”.¹⁰ Percebe-se, portanto, que ele continuou mantendo contatos com o líder dos camisas-azuis, além de 1939 e sem notificação da PVDE, mas com conhecimento da Legião Portuguesa. Não ficou inerte nos primeiros anos de exílio, como sugerem algumas investigações até o momento (Gonçalves, 2012). Plínio afirmava que constantemente era procurado por grupos de origem conservadora em Portugal, o que não causa estranhamento tamanha a similaridade entre as políticas presentes. Em 22 de julho de 1939, afirmou à filha:

Nós aqui vamos nos ambientando e estendendo, dia a dia, a teia de novas relações. Os elementos oficiais guardam todas as reservas exteriores, bem naturais em se tratando de um país que mantém relações amistosas com o governo brasileiro, mas nem por isso tenho deixado de receber, em caráter particular, demonstrações de amizade. Fui visitado pelo Dr. Soares Franco, secretário da “Mocidade Portuguesa”, que nos convidou para uma excursão que se dará por estes dias: tenho sido diariamente procurado e gentilizado de mil maneiras pelo Dr. Figueiredo, do gabinete do Ministro da Educação, que nos tem levado a muitos lugares, tendo nos conduzido de automóvel a uma excursão a Mafra e a Sintra e nos recomendado por toda a parte; a Secretaria de Propaganda, assim como o M. de Educação tem-me mandado farto material sobre assuntos portugueses; o Gastão Bittencourt, que é jornalista e amigo do Brasil, onde já estive (representando aqui os Associados), tem sido incansável em me agradar (amanhã a senhora dele nos oferece um almoço); esse colega de imprensa é também funcionário da Propaganda aqui. Quanto à imprensa, noto absoluta reserva, e acho até certo ponto natural, porque nos países onde há censura, a imprensa envolve responsabilidades oficiais. Quanto aos representantes do Brasil aqui, têm-se portado com a maior distinção. O cônsul-geral fez-me uma visita aqui no hotel. Anteontem, a um chá que nos ofereceu a Viscondessa de Carnaxide, compareceu o nosso embaixador, Araújo Jorge, figura muito simpática e brilhante. Desejo manter boas relações com essas autoridades.¹¹

⁸ Percebe-se uma maior atenção da Legião Portuguesa com Plínio Salgado do que a PVDE que possui apenas um registro do líder integralista em Portugal. Em anotação de despacho, constam que todos os documentos da Legião foram remetidos ao Arquivo da PVDE. A Legião abriu cinco averiguações em nome de Plínio Salgado nas seguintes datas: 27 fev. 1941 – 11 maio 1941 – 04 abr. 1942 – 13 jun. 1944 – 04 jun. 1964. E ainda outro registro em nome do secretário particular de Salgado, Hermes Malta Lins e Albuquerque em 03 nov. 1948.

⁹ Nos documentos, o nome de Plínio Salgado foi grafado como Pelino Salgado.

¹⁰ Legião Portuguesa. NT 1417. 11-03-1941. Processo 1566/15. B.5 (ANTT/LP).

¹¹ Correspondência de Plínio Salgado a Maria Amélia, 22 jul. 1939 (Salgado, 1980b: 22-23).

No entanto, vê-se que a procura não ocorria unicamente dessa forma, vê-se que articulava diversos contatos e encontros em que pudesse ter algum tipo de ganho. Em carta para Afonso de Melo, agradece a recomendação que foi feita a Valentim da Silva, apontada por ele como “uma figura interessante de diplomata e homem de letras”.¹² Além das relações com a intelectualidade, mantinha contatos com membros do governo e, por mais que dissesse que os encontros não eram oficiais, obviamente a pauta era a situação política, apesar de ter a necessidade repetida de ressaltar que não tinha relações políticas com ninguém. Mas, na carta endereçada à filha, ficou claro que existiam contatos e trocas políticas entre o líder exilado e membros do Estado Novo salazarista.

Os contatos ocorriam inclusive com membros da Legião Portuguesa, milícia que tinha como o objetivo defender o patrimônio espiritual da Nação e combater a ameaça comunista e o anarquismo (Rodrigues, 1996). Eram esses os ideais plinianos, a aproximação era inevitável. Isso, entretanto, não significa confiança e a Legião seguia seus passos políticos ou ações suspeitas, conforme relatórios já mencionados. Mas independente dessas ações de controle, havia um contato amistoso. Em setembro de 1939, relatou ter ido à cidade de Azeitão participar de um almoço oferecido pelo Secretário da Legião Portuguesa¹³ e, em outubro de 1940, ao ficar doente, quem o atendeu foi o Dr. Coelho Campos, médico da Legião Portuguesa, o mesmo que emprestou um tambor da Legião para a cerimônia “Noite dos Tambores Silenciosos” em 1940.¹⁴

Nos primeiros meses em Portugal, dividia o tempo em relações com os portugueses e nas negociações com o Brasil visando a um rápido retorno. Em novembro de 1939, enviou correspondência ao Uruguai para Barbosa Lima, membro do Núcleo Integralista de Montevideu, na qual refletia as possibilidades de permanecer em um país da América do Sul, no mesmo contexto citado anteriormente, envolvendo a Argentina. Como afirmado, isso não ocorreu e o período de ansiedade por mudanças foi sendo reduzido e a adaptação com o país começou a ocorrer de forma gradual: “Se as coisas aqui na Europa continuassem como estão, francamente eu não sairia jamais de Portugal. Povo bom, clima menos rigoroso do que nos outros países no inverno. Mas o futuro é um enigma”.¹⁵ Tinha muitos receios em relação ao conflito iminente: “a guerra, por en-

¹² Correspondência de Plínio Salgado a Afonso de Melo, 21 ago. 1943 (APHRC/FPS-L 43.08.21/1).

¹³ Correspondência de Plínio Salgado a Maria Amélia, 8 set. 1939 (Salgado, 1980: 43).

¹⁴ Correspondência de Plínio Salgado a Maria Amélia, 15 out. 1940 (Salgado, 1980: 227).

¹⁵ Correspondência de Plínio Salgado a Maria Amélia e Loureiro Júnior, 4 nov. 1939 (Salgado, 1980: 74).

quanto não está sendo ferida nas trincheiras, porém nos bastidores diplomáticos”.¹⁶ Nos bastidores, continuou suas relações políticas e para isso contou com Hermes Lins e Albuquerque, realizador de todos os contatos assumindo uma espécie de imagem pública de Plínio Salgado, que passou os primeiros meses, em Portugal, dividindo espaço na criação de um círculo de amizades intelectuais e ações políticas de forma clandestina. Entretanto uma relação não estava fora da outra, pois ele e grande parte da intelectualidade portuguesa usavam a literatura como uma forma de maquiagem política, haja vista os encontros e relações estabelecidos com os “mestres” do IL, os quais tinham uma grande expressão na sociedade portuguesa, por suas criações e ações culturais no círculo conservador.

A imagem de representante do conservadorismo brasileiro, com base em um discurso cristão, era rótulo central que construía no exílio e tentava, de todas as formas, impedir a divulgação de uma imagem fascista, principalmente com o desenrolar da guerra e pela perseguição que os camisas-azuis sofriam constantemente pelo regime salazarista. Dessa forma, sua vida em Portugal foi caracterizada pela representação do cristianismo, uma brecha que encontrou para construir uma estratégia de sobrevivência, conseguindo ter ao seu lado um número considerável de seguidores, inclusive com a presença de vários membros do clero, como monsenhor Moreira das Neves, transformado em grande amigo e articulador de suas obras e conferências cristãs, e do Cardeal Patriarca de Lisboa, D. Manuel Gonçalves Cerejeira. Vê-se, portanto, que: “Salgado optou por fortalecer seus laços com o alto clero português. O que intensificava sua opção pelo catolicismo político” (Parada, 2010: 329).

No entanto, continuou com a insistência e concedeu a “cartada final”, em novembro de 1943, quando divulgou o seu último manifesto no sentido de alcançar uma aliança com Vargas. O apoio ao governo permaneceu, mas não em ações oficiais em manifestos. Esse documento possui uma importância não em relação a essa insistência cansativa, mas sim pela posição a qual teve que divulgar publicamente no sentido de negar qualquer tipo de ações com os nazistas, inimigos do Brasil no desenrolar período de beligerância. Em 1943, buscou esclarecer que não tinha nenhuma relação com o nazismo hitlerista ou com qualquer outra forma de fascismo. Mas nas atitudes e ações em Portugal não representavam essa mesma preocupação manifestada em seu discurso oficial. Os contatos com Rolão Preto, iniciados em 1939, identificados pela PVDE, não eram bem vistos, principalmente porque a relação não foi exclusiva em apenas um encontro,

¹⁶Correspondência de Plínio Salgado a Maria Amélia e Loureiro Júnior, 4 nov.1939 (Salgado, 1980: 74).

em 1941. Conforme citação anterior, a Legião Portuguesa identificou novos contatos entre os representantes dos fascismos luso-brasileiros. Não era ignorado pela polícia e, principalmente, pela política. Esse olhar mais atento para ele foi evidenciado pela milícia da Legião em vários relatos, pois havia dúvidas sobre quem ele era realmente e, principalmente, os seus objetivos em Portugal. A atitude política de ter todos ao seu lado, sem opositores e sem optar por uma determinada corrente chamou a atenção do Estado Novo português, assim seus passos foram seguidos e toda atitude suspeita foi relatada. Os contatos com Rolão Preto representavam um grande perigo à desejada calmaria.

A dependência do dinheiro vindo do Brasil chamou a atenção da Legião Portuguesa que relatou, em 11 de março de 1941, suspeitas com o destino dos valores: “Plínio Salgado espera receber do Comendador Pereira Inácio e de Sarmento Beires, certa importância, para fins políticos. [...] O dinheiro vindo do Brasil é adquirido entre certos elementos da Colônia Portuguesa de S. Paulo e Rio de Janeiro”.¹⁷ O Estado Novo lusitano, com informações das relações entre o líder dos integralistas brasileiros e membros opositores do governo, demonstrou preocupações com o destino deste capital, por isso, passou a controlar elementos que tinham proximidades ou contatos com ele, como o aviador Sarmento Beires que foi o responsável por trazer o dinheiro do Brasil.

José Manuel Sarmento de Beires foi aviador e militar do exército português e antigo opositor da ditadura militar dos anos 1920, com isso se exilou em 1928 no Brasil. O “favor” em transportar o dinheiro foi relatado pela Legião Portuguesa em 11 de março de 1941: “O Comissário do vapor brasileiro ‘Bagé’ disse que na próxima viagem deve ser passageiro daquele barco, com destino a Portugal, o aviador Sarmento Beires”.¹⁸ Percebe-se que era extremamente vigiado e algumas atitudes eram vistas como suspeitas, acarretando relatórios da Legião Portuguesa. Em documentação anterior em 27 de fevereiro de 1941, foi relatado que:

Plínio Salgado, brasileiro, Chefe dos integralistas no Brasil, encontra-se hospedado no Hotel Tívoli, com um secretário, ambos na situação de deportados políticos. Estes indivíduos correspondem-se com o ex-oficial português Sarmento Beires que está no Rio de Janeiro, e também está relacionado com portugueses e alemães que se encontram em S. Paulo (Brasil). No dia 19 do corrente foi visto na companhia de 4 indivíduos, sendo um deles um ex-capitão de nome Armando Varela, não

¹⁷ Legião Portuguesa. NT 1417. 11-03-1941. Processo 15661/15. B.5 (ANTT/LP).

¹⁸ Legião Portuguesa. NT 1417. 11-03-1941. Processo 15661/15. B.5 (ANTT/LP).

tendo sido possível identificar os outros. O Plínio Salgado enviou uma grande quantidade de impressos, para o Brasil, por mão própria.¹⁹

Ele e o secretário Hermes Lins e Albuquerque eram controlados constantemente mais pelas atitudes suspeitas do que propriamente pelos contatos físicos com grupos ou figuras políticas. A figura de Sarmiento Beires chamou a atenção da Legião Portuguesa principalmente por ser um português residente no Brasil e com contatos com outros portugueses e, principalmente, alemães, no Brasil. O período era de guerra, Portugal manteve neutralidade e Salazar não tinha interesse algum em promover o avanço de práticas políticas opositoras no seu país, por isso a atenção a todo o tipo de relação. Plínio tinha contatos com vários grupos políticos e transportava constantemente papéis e dinheiro. Isso passava a ser, na visão do Estado Novo de Salazar, algo no mínimo estranho, com isso a suspeita foi levantada.

A Legião Portuguesa tinha grande desconfiança principalmente por não saber o conteúdo e o destino do que era transportado entre Brasil e Portugal. No caso da citação anterior, presume-se que eram parte dos originais do livro *Vida de Jesus*; pois, ao confrontar com correspondências enviadas à filha e ao genro, verifica-se que durante os anos de 1940 e 1941 vários envios foram realizados visando à publicação no Brasil, em 1942, pela Editora Panorama. O livro é composto por cinco partes com aproximadamente 700 páginas datilografadas. Em setembro de 1940, relatou um dos envios: “Esse bom amigo vai ser portador da 1ª, 2ª e 3ª partes da ‘Vida de Jesus’, mais ou menos 500 páginas de almaço datilografadas, devendo as 200 restantes (4ª e 5ª partes) seguirem por avião”.²⁰

Os membros da Legião Portuguesa possuíam uma rede de informações de grande eficiência; pois, no que diz respeito a essa comunicação entre Brasil e Portugal, a milícia possuía informações detalhadas antes do desembarque em Lisboa, como em 1º de abril de 1942, quando veio no navio Bagé, Alfredo Egídio de Souza Aranha, seu amigo e financiador. No relato consta que:

No vapor brasileiro “Bagé” vem um tripulante chamado Alfredo, que consta ser do Bar, e que é portador da correspondência de importância para os elementos contrários ao regime. Traz também correspondência da mesma origem, para Plínio Salgado, chefe integralista expulso do Brasil, ou para o seu secretário.²¹

¹⁹ Legião Portuguesa. NT 1418. 27-02-1941. Processo 15661/15. B.5 – PT.1 (ANTT/LP).

²⁰ Correspondência de Plínio Salgado a Maria Amélia e Loureiro Júnior, 25 set.1940 (Salgado, 1980: 219).

²¹ Legião Portuguesa. NT 1476. 01-04-1942. Processo 1939. PT.1. Série: AGLP (ANTT/LP).

Escrevia dezenas de cartas semanalmente e, como os serviços postais eram lentos, isso lhe causava uma grande ansiedade por ficar dias sem ter notícias do Brasil: “esta semana avião logrou e deixamos, por isso, de receber as sempre desejadas cartas daí”.²² Alfredo Egídio, foi apenas o transportador, com a intenção de facilitar a comunicação, mas era algo suficiente para chamar a atenção e levantar suspeitas da Legião Portuguesa, verificando o olhar atento dos órgãos governamentais para os atos do líder integralista em solo lusitano.²³

Após a Segunda Guerra Mundial, uma investigação da Legião Portuguesa chamou a atenção, pois o alvo central não foi Plínio Salgado e sim, o secretário particular, Hermes Malta Lins de Albuquerque. Já após o exílio, em 1948, o Comando Geral da Legião Portuguesa relatou:

Hermes Malta Lins de Albuquerque: Esteve refugiado em Portugal com o Dr. Plínio Salgado por pertencer ao Partido Integralista Brasileiro, posto fora da lei pelo Presidente Getúlio Vargas. Era o chefe dos serviços de informação do Partido Integralista, e como tal acompanhou o Dr. Plínio Salgado. Anistiado, voltou ao Brasil, onde fundou uma sociedade de livros portugueses, que faliu. Hoje está separado do mesmo Partido, que se chama Partido Popular e julga-se estar demente.²⁴

O secretário de Plínio Salgado era um militante extremamente visado; pois, como analisado, cabia a ele a busca de contatos políticos. O líder integralista não tinha a intenção de associar publicamente a sua imagem a um ambiente político. Sua pretensão era criar uma imagem no sentido da intelectualidade cristã; ficando, sob a responsabilidade de Lins de Albuquerque, a prática de agir na clandestinidade em ações vistas como suspeitas, dessa forma gerando certo rótulo de preocupação no governo português. Em 1943, assumiu a embaixada do Brasil em Portugal João Neves da Fontoura, um intelectual que ao lado de Getúlio Vargas e Gustavo Barroso, pertencia à Academia Brasileira de Letras (ABL). O novo embaixador criou uma política de maior aproximação entre os dois países, como pode ser notado no momento da entrega das credenciais em Lisboa: “Quanto a nós, só o que pedimos à Nação Portuguesa é a continuação do afeto que sempre nos prodigalizou, como Mãe-Pátria, e ao qual havemos de continuar a fir-

²² Correspondência de Plínio Salgado a Maria Amélia e Loureiro Júnior, 18 set. 1940 (Salgado, 1980: 218).

²³ Após essa notificação, Plínio Salgado foi registrado em mais dois momentos, em 1944 e 1964. Na primeira por ter tido contato com *Fernando de Moraes Sarmiento Guimarães, proprietário da Sociedade Comercial Pan Exportadora e Importadora Ltda no Brasil*. Legião Portuguesa. 27-02-1941. Processo 15661/15. B.5 (ANTT/LP) e na segunda analisa o interesse de Plínio Salgado nas ações comunistas e anticomunistas contra Portugal. 04-06-1964. Processo 2670 (ANTT/LP).

²⁴ Legião Portuguesa. A.G. 10001. 03-11-1948 (ANTT/LP).

memente corresponder com o melhor da nossa alma. No Brasil, somos fiéis à devoção de Portugal”.²⁵

O Embaixador em Portugal era um defensor de Plínio Salgado (Hilton, 1983: 370). Frequentemente era convidado para cerimônias e eventos com a presença do embaixador, o que demonstrava essa boa relação, como em 27 de novembro de 1943, quando foi convidado pela Academia das Ciências de Lisboa para um evento de condecoração brasileira. O senhor e a senhora Salgado foram convidados ao “Ato solene de entrega das insígnias da Grã-Cruz da Ordem do Cruzeiro do Sul à Academia das Ciências de Lisboa”²⁶ evento que teve a presença e palavra pública do “Senhor Dr. João Neves da Fontoura, Embaixador do Brasil em Lisboa”.²⁷ A relação entre o embaixador e Salgado era tão próxima que o diplomata brasileiro insistia em afirmar ser o secretário, Lins de Albuquerque: “um homem completamente ‘desonroso e pró-alemão’” (Hilton, 1983: 370) e constantemente questionava a causa de manter ao lado do ético líder integralista um homem daquele nível.

Com o desenrolar da Segunda Guerra Mundial, em Portugal, passou a existir uma intensa perseguição a qualquer tipo de ação nazifascista, uma vez que tais práticas representavam um perigo eminente ao Estado Novo salazarista em torno à unidade e manutenção do regime. Dessa forma, certa perseguição a qualquer tipo de ato fascista e, principalmente, germanófilo foi visivelmente perseguido, como em 17 de maio de 1940 em relato da PVDE:

A propaganda alemã e italiana tem-se intensificado muito nestes dias, sobretudo a germânica. Onde agora se tem feito mas sentir e junto dos estudantes quer da Universidade quer dos vários Liceus, desta cidade. A propaganda é feita pela distribuição de elucidativos livros e panfletos que aparecem habilmente, em grandes quantidades sem se apurar até agora o seu ponto de saída. Há desconfianças que sejam alguns professores e alunos mas a manobra é tão bem feita, que ainda não foi possível localizar os seus autores. Esta propaganda tem dado resultados bem frutíferos, notando-se dia a dia, maior corrente, sobretudo de germanófilos e que por discussões combatem a Inglaterra, baseados nas doutrinas que têm bebido em tais livros e panfletos.²⁸

Nota-se que a análise da propaganda fascista, “sobretudo de germanófilos” promoveu uma relação direta com Rolão Preto, uma vez que a investigação da PVDE está

²⁵Entrega de credenciais pelo embaixador do Brasil em Lisboa, Dr. João Neves da Fontoura – 1943. (AOS/CO/NE-2A).

²⁶Correspondência da Academia das Ciências de Lisboa a Plínio Salgado, 27 nov. 1943 (APHRC/FPS-C 43.11.27/1).

²⁷Correspondência da Academia das Ciências de Lisboa a Plínio Salgado, 27 nov. 1943 (APHRC/FPS-C 43.11.27/1).

²⁸Rolão Preto. Prontuário. NT 6108. Processo 4517 (ANTT/PIDE/DGS).

arquivada no prontuário do líder dos camisas-azuis. Assim, mostra-se a associação imediata que os órgãos do governo realizavam entre nazifascismo em Portugal com os grupos radicais, como o N/S que foi originário no IL. Anteriormente foi citado que Plínio Salgado buscou, em diversos momentos, contato com Rolão Preto, sendo notificado pela PVDE e Legião Portuguesa. Em pleno auge da Segunda Guerra Mundial, o líder integralista, em 1942, tentou uma nova aproximação com Preto, conforme correspondência enviada ao camisa-azul: “Ao prezado amigo Rolão Preto, venho dizer que estive ontem em Fundão, pretendendo visitá-lo, e regressei por me haverem informado que o meu amigo residia vinte quilômetros mais adiante; era já tardinha e hoje eu teria de seguir para Lisboa”.²⁹

Estava montando táticas no exílio, articulando a todo o momento como agir em Portugal. O líder integralista não sabia previamente como queria atuar, mas sabia exatamente como agir no exílio com o objetivo de engrandecer-se na cultura política luso-brasileira. A situação de instabilidade em que o Brasil e o mundo se encontravam, promoveu a existência de um homem multifacetado, dialogando, confabulando e planejando com todos que estava ao seu redor, inclusive com grupos germanófilos. No ambiente do conservadorismo, não havia inimigos. Havia um severo olhar do governo de Salazar para os nazistas na intenção de coibir qualquer ato, principalmente por Portugal ter ficado em posição de neutralidade durante o conflito. Dessa forma, Plínio, que também estabelecia grandes diálogos com a intelectualidade salazarista, não poderia agir publicamente em qualquer ato favorável ao Eixo. Mais uma vez, coube ao seu secretário a intermediação de ligações políticas.

Percebe-se que o líder integralista agia em todos os lados, esperando a primeira possibilidade de vitória e consequentemente poder. Essa evidente relação, foi negada ele, como analisado no *Manifesto de 1943*, principalmente após a declaração de guerra do Brasil ao eixo, pois qualquer relação com o inimigo impediria um retorno ao Brasil e o papel de líder político, por estar teoricamente, lutando contra o Brasil, com isso o discurso patriótico e ufanista no citado manifesto. Em relato anterior ao citado manifesto em *Carta aberta aos meus amigos* procurou os mais diversos argumentos para negar qualquer ação germanófila e, ao analisar a beligerância mundial, disse:

em agosto de 1939, a Alemanha acendeu a guerra mundial, no que foi acompanhada pela Itália e mais tarde pelo Japão. Privado de contato e de correspondência com os meus amigos do Brasil, não fui desde logo informado de que certas ideias

²⁹ Correspondências de Plínio Salgado a Rolão Preto, 03 set.1942 (APHRC/FPS-Pi 42.09.03/1).

responsáveis³⁰ racistas de alguns antigos integralistas estavam dando ao país a impressão de que a palavra integralismo, de tão nobre sentido doutrinário e brasileiro podia ser confundida com hitlerismo³¹ e germanofilismo. Naturalmente, os velhos adversários do movimento não podiam deixar de aproveitar essa confusão em seu favor. (Salgado, 1943)

Após a guerra, até o fim da vida, negou veementemente ter possuído qualquer relação. Em Portugal, no que tange aos componentes nazifascistas e da proposta de governo salazarista, parte dos componentes se assemelhava, como a defesa do anticomunismo e de práticas conservadoras, assim como do integralismo brasileiro. Mesmo existindo certa semelhança, não é possível afirmar que havia colaborações ou qualquer tipo de simpatia do governo de Salazar com o processo de expansão nazista em terras portuguesas. Vê-se, portanto, que possíveis semelhanças não eram simplesmente capazes de criar no nacionalismo salazarista qualquer prática oposta aos valores e ideais portugueses, haja vista a extrema perseguição conduzida aos camisas-azuis.

“Solidariedade” nazista

Com o avanço do nacional socialismo alemão a partir de 1933, Adolf Hitler iniciou ações relacionadas ao expansionismo territorial e político, que culminaram com o início da Segunda Guerra Mundial, em 1939. No projeto de expansão doutrinária, Portugal era um dos alvos. Em 1941, o Comando Geral da Legião Portuguesa relatou: “1º – Há submarinos alemães a 500 metros ao longo de toda a costa portuguesa, e os alemães estão com uma atividade extraordinária, por ordens recebidas de Berlim. 2º – Têm entrado muitos jovens alemães em Portugal, os quais vivem aqui com bastante dinheiro”.³² A significativa presença alemã ascendeu um alerta ao regime salazarista que iniciou, a partir de 1937, um grande processo investigativo, tendo como principal alvo o alemão Erich Emil Schröder, que foi identificado como:

Assistente Científico da Ligação. Residente na Casa das Laranjeiras, Rua D. Afonso Henriques – Estoril. Entrou em Portugal em 20-5-941. É delegado da Polícia alemã na respectiva Legação em Lisboa. Tem exercido com extrema correção e cortesia as suas funções. Respeitado pelos próprios adversários, procede com muita cautela, não esquecendo nunca que está em país estrangeiro.³³

³⁰ No original, no lugar de “certas ideias responsáveis” consta com risco “as ideias germanófilas”

³¹ No original, no lugar de “hitlerismo” consta “totalitarismo” a ideia era clara em justificar a não participação do integralismo no modelo alemão, sistema político que era acusado naquele momento.

³² Legião Portuguesa. NT 1417. 26-02-1941. Processo 1566/15. B.5 (ANTT/LP).

³³ *Erich Emil Schröder* (ANTT/AOS/CO/IN-8C).

Conforme notificação, Erich Emil Schröder “foi oficial de Ligação da Polícia em Portugal desde novembro de 1941 até maio de 1945”³⁴ e ao lado de quatorze alemães foram alvo de investigação governamental. Tais relatos chamam atenção pela riqueza de detalhes de alguns membros do governo nazi instalado em Portugal. A Ligação da Polícia em Portugal foi um órgão nazista criado com o objetivo de estreitar os laços entre as políticas dos dois países, seguindo a mesma experimentação realizada anteriormente com Espanha e Itália. Segundo relatório final do interrogatório estabelecido pelo Centro Militar de Serviços Secretos em Portugal: “Nos princípios de 1937, a Alemanha fez acordos com a Espanha e a Itália, pelos quais eram trocadas representações das suas polícias, com o fim de apertar os laços das polícias dos três países”.³⁵ Sobre o serviço secreto nazista, faz-se necessário ressaltar que:

Os serviços de informações alemães têm as mesmas características de toda a máquina de estado nazi, com centros múltiplos para a mesma função, que não estão coordenados e correspondem a rivalidades pessoais e a uma política consciente de dividir para reinar. Na prática, há três grandes organizações e várias mais pequenas e todas operam em Portugal numa fase ou noutra. O mais importante em tamanho é o SD (*Sicherheitsdienst*), ligado ao partido, e dirigido desde 1931 por Reinhard Heydrich. O SD opera no exterior principalmente a partir da RSHA VI, herdeira da Seção III do SD. A RSHA VI é dirigida desde 1941 por Walter Schellenberg, estrela em ascensão que se destacou em três missões especiais em Portugal. Heydrich tinha chegado a um acordo com Ribbentrop, pelo qual os agentes do SD que gozam de estatuto diplomático têm completa independência e mantêm ligação direta com a sede em Berlim (Telo, 1990: 145-146).

A Península Ibérica era o grande baluarte do SD no exterior, desde 1936, principalmente com o crescimento da colônia alemã em território português e espanhol (Telo, 1990: 146). Dessa forma, visando a uma aproximação com o governo de Salazar, decidiu-se montar em Portugal uma repartição nos mesmos moldes dos outros dois países. No entanto não existia entre Hitler e Salazar nenhum tipo de acordo e, publicamente, era visível o desejo da manutenção da neutralidade de Portugal na beligerância mundial.

A relação da PVDE com o SD era intensa e um acordo de cooperação foi assinado antes da guerra. A parceria envolvia entre outros aspectos políticos a vigilância pela PVDE de judeus alemães em Portugal (Telo, 1990: 147). Após a guerra, no princípio de 1940, a polícia salazarista passou em 1940 por um processo de reestruturação com o apoio fascista da Itália e foi nesse mesmo contexto que Hitler criou em Portugal a repartição de Ajuda Científica junto da Ligação em Lisboa. Desde que não atrapalhasse

³⁴Erich Emil Schröder (ANTT/AOS/CO/IN-8C).

³⁵Erich Emil Schröder (ANTT/AOS/CO/IN-8C).

os objetivos nacionalistas e corporativistas de Salazar era possível o estabelecimento de práticas nazifascistas, assim como as liberais oriundas da histórica parceira com a Inglaterra. A neutralidade portuguesa permitia esse jogo duplo. Crê-se que essa prática de poder, causou uma enorme sedução em Plínio Salgado.

No contexto da criação policial em Portugal, o chefe da Polícia de Segurança Alemã, enviou em janeiro de 1941 Erich Emil Schröder, como oficial da Polícia de Ligação. Até março de 1941, Krim Rat Vinzer, adido alemão em Madrid, recebeu o novo delegado para o direcionamento dos trabalhos e durante esse tempo aprendeu o português e os costumes lusitanos, para logo em seguida iniciar os trabalhos em Lisboa e juridicamente não encontrou grandes problemas: “O MNE português deu-lhe autorização para ficar em Portugal durante o tempo da sua transferência”.³⁶ A missão de Schröder cresceu com o tempo e passou a existir em Portugal diversos elementos nazi espalhados pelo país, principalmente nas regiões de Lisboa (5 elementos), Portimão (1 elemento) e Porto (2 elementos) (Telo, 1990: 149). Schröder “era dependente do Dr. Zindel, chefe do Grupo Adido da SiPo³⁷ e SD³⁸ em Belim”.³⁹ Verifica-se, portanto, que a presença de Erich Schröder em Portugal não foi insignificante aos olhos nazistas, permanecendo até a crise final do conflito, em 1945, quando teve o encerramento das atividades no dia 07 de maio.

Segundo relatório secreto, os deveres e atividades da Ligação de Polícia consistia em: a) Desenvolver relações profissionais com a política portuguesa; b) Observar os alemães em Portugal e exercer rigorosa fiscalização sobre empregados e passaportes alemães; c) Censurar os impressos transportados por viajantes de Portugal para a Alemanha ou de território ocupado pela Alemanha; d) Informar da raça e política dos refugiados da Alemanha; e) Ver se os alemães em Portugal estavam de acordo com as leis de recrutamento; f) Obter publicações estrangeiras; g) Proteger as concessões mineiras de volfrâmio alemãs em Portugal; g) Observar a política portuguesa interna e externa.⁴⁰

³⁶Erich Emil Schröder. (ANTT/AOS/CO/IN-8C).

³⁷A *Sicherheitspolizei* (polícia de segurança), também abreviada como SiPo, foi o termo usado na Alemanha Nazista para descrever as agências de investigação criminal e política.

³⁸*Sicherheitsdienst* (SD), identificada como serviço de segurança, era setor do serviço de inteligência da *Schutztaffel* (SS) e do *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* (NSDAP), o Partido Nacional Socialista dos Trabalhadores Alemães, mais conhecido como Partido Nazista. Até o início da Segunda Guerra Mundial foi administrada pela SS e depois pela *Reichssicherheitshauptamt* (RSHA) que controlava as polícias. Uma de suas subdivisões do SD era a *Geheime Staatspolizei* (Gestapo) que atuava como polícia secreta do Estado.

³⁹Erich Emil Schröder (ANTT/AOS/CO/IN-8C).

⁴⁰Erich Emil Schröder (ANTT/AOS/CO/IN-8C).

Conforme investigações e depoimento contido no relatório secreto, o oficial da Ligação da Polícia alemã em Portugal não teve uma presença discreta. O objetivo era atuar em vários segmentos com o objetivo único de controlar os interesses hitleristas em território português, principalmente no contexto da guerra. A atuação marcante de Erich Emil Schröder chamou a atenção de Plínio Salgado. Como afirmado, ao mesmo tempo em que insistia em uma negociação com Getúlio Vargas para um retorno ao Brasil, articulava relações com a intelectualidade cultural portuguesa, seja essa a favor ou contra o Estado Novo de Salazar e ainda possuía interesses em estabelecer ações políticas com seus congêneres em Portugal. Plínio Salgado não negava contatos em busca de um possível poder e, no fim de 1941, o nazismo, através de Erich Schröder, pareceu ser uma dessas possibilidades, sendo necessária uma atuação extremamente discreta, pois associar-se ao nazismo seria lutar contra a pátria brasileira.

Ao analisar o relatório final do Centro Militar dos Serviços Secretos de Portugal, percebe-se que o contato e um possível planejamento em torno do poder foi arquitetado. Conforme foi verificado, o círculo de relações do líder integralista era extremamente variado em Portugal e, no fim do ano de 1941, dois jornalistas alemães, conhecidos por Bragard e Baron, apresentaram Erich Schröder a Plínio Salgado e Hermes Lins de Albuquerque. Pelo que pode ser notado do comportamento dos integralistas exilados em Portugal, vê-se que a imagem de simpatizante do nazismo foi mais associada ao secretário, uma vez que este era o responsável pelos primeiros contatos, muitas vezes públicos, preparando um encontro posterior com a presença de Plínio Salgado. Vê-se, por isso, a imagem germanófila que João Neves da Fontoura apontou para seu secretário. No entanto, o interesse do líder integralista era muito grande em uma relação com Hitler, sendo que, pouco tempo antes deste momento, disse em uma carta ao amigo Ribeiro Couto que sua intenção era: “acudir, salvar o Brasil: eis tudo! É o começo de uma salvação universal”.⁴¹ Dessa forma, enxergou no nazismo uma solução capaz de alcançar o poder no Brasil.

Segundo Schröder, os integralistas tinham um grande interesse em contatar um grande representante do SS e demonstraram esse desejo em um encontro no fim de 1941. Segundo relatório investigativo:

Mais tarde numa viagem de serviço a Berlim, Schröder abordou este assunto com membros das várias repartições da RSHA, mas nenhum deles, a exceção de Schellenberg, pareceu estar interessado. Na primavera de 1942, Schellenberg veio a

⁴¹ Correspondência de Plínio Salgado a Ribeiro Couto, 08 fev. 1941 (Fundação Casa de Rui Barbosa/Arquivos Pessoais de Escritores Brasileiros - FCRB/APEB-Pop: 28177).

Lisboa e realizou uma reunião em que estiveram presentes Salgado, Albuquerque, Baron, Bragard, Schröder e Schellenberg.⁴²

Walter Friedrich Schellenberg foi um oficial da SS que dirigiu a SD no período da Segunda Guerra Mundial e foi responsável por vários serviços de espionagem secreta com o objetivo de capturar inimigos do III Reich. Foi preso em junho de 1945, e, em 1949, condenado a seis anos de prisão, no entanto foi libertado em 1951 com problemas, seguindo para viver em Portugal, onde mudou de nome. Morreu no ano seguinte (Schellenberg, 2005). No encontro secreto realizado em Lisboa: “Salgado sugeriu a esperança duma intensa colaboração entre os integralistas brasileiros e os SS, depois de a Alemanha ganhar a guerra”⁴³ na intenção clara de ser reconhecido como a grande força política no Brasil que estaria associada à vitória do Eixo, uma vez que Vargas já demonstrava a entrada ao lado dos Aliados. Era uma aposta arriscada, por isso, continuou a prática em não promover exposições, deixando tais questões a serem tratadas de forma clandestina.

Schellenberg verificou um grande interesse nessa associação, com o objetivo de transportar a política nazi para o Brasil e consequentemente América do Sul, após a Segunda Guerra Mundial, com uma possível vitória do Eixo. Disse Schröder: “Schellenberg prometeu conseguir todo o apoio ao movimento integralista brasileiro depois da vitória alemã”.⁴⁴ Para isso o oficial da SS: “prometeu nomear um agente de ligação entre ele e Salgado. O assunto foi comunicado a Nassenstein da SD que chegou a Lisboa no verão de 1942”.⁴⁵ O objetivo de Adolf Nassenstein era levar para Berlim o maior número de informações referentes ao integralismo e ao líder, que tinha ao seu lado constantemente Hermes Lins de Albuquerque. O oficial nazista Johann Siegfried Becker:

antes de assumir a chefia suprema da espionagem nazista na Argentina, que exerceu de 1943 a 1945 – ter-se-ia também reunido com Plínio Salgado e Albuquerque em 1942. Assegurou os recursos financeiros solicitados pelos brasileiros em troca de permissão de uso de seu sistema. Becker recebeu ordem de “ampliar em Buenos Aires a veia integralista aberta em Portugal”, pondo em marcha uma conspiração que continuasse dando frutos mesmo depois de finalizado o conflito (Costa, 2005: 128).⁴⁶

⁴²*Erich Emil Schröder* (ANTT/AOS/CO/IN-8C).

⁴³*Erich Emil Schröder* (ANTT/AOS/CO/IN-8C).

⁴⁴*Erich Emil Schröder* (ANTT/AOS/CO/IN-8C).

⁴⁵*Erich Emil Schröder* (ANTT/AOS/CO/IN-8C).

⁴⁶ “ensanchar desde Buenos Aires la veta integralista abierta em Portugal” (tradução livre)

Esse outro encontro relatado não foi documentado; mas, de toda forma, os planos de Plínio Salgado foram amplamente modificados, pois em 1942, Adolf Nassenstein (além de Vollbrecht, também membro da Gestapo-SD) foi denunciado por Alexander Cadogan, através da embaixada inglesa em Portugal, ao Estado Novo salazarista que alguns portugueses e alemães estavam estabelecendo espionagens nazistas em território português (Pimentel, 2007: 36). Ao transformar o elo entre a SS e Plínio Salgado, como algo público, não restou dúvidas ao líder integralista brasileiro em eliminar o projeto e negar publicamente qualquer tipo de ação a favor do Eixo, uma vez que essa posição o transformava em opositor tanto do Brasil quanto de Portugal; onde, mesmo mantendo a neutralidade, verificava-se um sentimento oposicionista, como no telegrama encaminhado a Salazar pelo Embaixador de Portugal no Brasil, Martinho Nobre de Melo:

Exchande Telegraph comunicou: Rio de Janeiro 1 (Reuter) – O Dr. Martinho Nobre de Melo, Embaixador de Portugal no Brasil, disse ontem: ‘O Brasil e Portugal nunca se encontrarão em campos opostos’. O Dr. Nobre de Melo disse isto no seu discurso pronunciado na inauguração em Rio Grande do Sul do monumento do célebre navegador português Vasco da Gama, acrescentando: ‘O povo português nunca alinhará ao lado do Reich contra os seus irmãos americanos’.⁴⁷

Caso sua imagem fosse ainda mais associada ao nazismo, durante o período do conflito, a oposição cresceria ainda mais e era notório neste momento que ele apresentava inquietação e insegurança com as decisões políticas. Exatamente nesse momento, enviou uma carta, por um portador, ao amigo Ribeiro Couto e nela dizia que o mensageiro transmitiria em conversa sobre as “inquietações, angústias, sofrimentos”⁴⁸ e, principalmente, sobre o período de instabilidade em que vivia. É possível observá-lo receoso do perigo eminente. Em 1942, passou a ter mais certeza de que o projeto mais prudente seria o da criação de uma imagem voltada ao cristianismo; pois, dessa forma, não correria risco em torno do conservadorismo português e o ponto alto, foi o lançamento da obra *Vida de Jesus*.

A prática de bom cristão passou a ser mais do que necessária, era vital para sua sobrevivência política, pois a imagem de negociante com a Alemanha nazista foi a público ao lado de Lins de Albuquerque. Foi obrigado a criar um discurso de inocência através do *Manifesto de 1943* e continuar respondendo até o fim da vida que não teve

⁴⁷ *Embaixador de Portugal no Brasil, Dr. Martinho Nobre de Melo* (ANTT/AOS/CO/NE-2A).

⁴⁸ Correspondência de Plínio Salgado a Ribeiro Couto, 21 jun. 1942 (FCRB/APEB-Pop: 28177).

relações com o nazismo, principalmente no período da Segunda Guerra Mundial, em Portugal. Em *Carta aberta aos meus amigos* afirmou em tom de justificativa:

tantas calúnias pouco a pouco chegadas aos meus ouvidos, uma vem agora superar todas as outras, pois me aponta em entendimentos com os inimigos da minha pátria. [...] Compreendi, portanto, que só a vitória contra o nazismo poderia permitir ao Brasil desafogadamente, encarar o futuro com tranquilidade e renovada esperança. (Salgado, 1943)

Parte das informações referentes aos atos em torno da negociação e participação dele com o nazismo teve um auxílio indireto de Salazar, pois a política portuguesa praticava uma veemente censura nos órgãos oficiais da imprensa, mas não há nenhum relato de tais práticas ou acusações. Mas em periódicos alternativos e clandestinos, foi apontado como um elemento compactuante com práticas nazifascistas presentes em Portugal.

Em 1945 foi criado em Portugal o jornal: *Lanterna*, datilografado e reproduzido artesanalmente, era caracterizado como órgão antifascista. Criado em um momento em que o governo adotou estrategicamente um discurso mais democrático em relação às eleições, para tentar coibir certas oposições, os radicais de esquerda na edição de outubro de 1945, dedicou uma seção para analisar a presença de Plínio Salgado em Portugal. Com o título: *Ainda a quinta-coluna*:

Plínio Salgado foi expulso do Brasil, ferreteado de traídos, devido às suas atividades quinta-colunistas a favor do “eixo”. Veio para Portugal, porto seguro para ele e quejandos, onde continua a mesma atividade interrompida pela polícia brasileira. Foi recebido de braços abertos pelas nossas “elites”. Os seus confrades do ‘Círculo Eça de Queiroz’ – pobre Eça: - receberam-no em sessão solene. E vemo-lo agora a botar faladura no Liceu Camões, convidado pela ‘Ação católica’ a explicar aos portugueses os motivos que devemos adorar o papa e continuar escravos.⁴⁹

O jornal cita uma das dezenas de conferências que realizou, sendo essa especificamente a: *Primeiro Cristo!* proferida no Dia da Ação Católica, em 28 de outubro de 1945, no Liceu Camões, com a presença do Cardeal Patriarca Manuel Gonçalves Cerejeira. O evento foi transmitido pela Rádio Renascença e Emissora Nacional e nele será possível verificar o apoio de grande parte da intelectualidade e membros do governo e da igreja para o seu pensamento cristão. A citada conferência teve a presença do poder máximo da Igreja Católica portuguesa.

A oposição intensa na *Lanterna* representava um ato minoritário à presença de Plínio em Portugal. A imagem radical e simpatizante do nazifascismo e representante

⁴⁹ Ainda a quinta-coluna. *Lanterna*: órgão anti-fascista, Lisboa, out. 1945. *Propaganda Antifascista* (ANTT/AOS/CO/PC-3I).

da quinta-coluna não teve espaço na crítica; pois, caso fosse apontado, diversos outros elementos portugueses também o seriam, pois a relação do líder integralista em Portugal aumentava a cada dia, tendo o Círculo Eça de Queiroz uma importância no sentido de divulgar e ampliar seus ideais, que publicamente e principalmente após 1942, foram constituídos em cima de um preceito de doutrinador e profeta cristão, imagem que foi criada, estrategicamente, com base nas produções do exílio que teve na religiosidade o argumento central. Retornou a temáticas oriundas de sua terra natal, São Bento do Sapucaí, quando teve sua formação religiosa e cristã em torno do catolicismo, e foi justamente nesse sentido que um “novo” Plínio Salgado passou a ser criado em Portugal.

Considerações

O integralista sempre se ancorou no catolicismo como forma de conforto e necessidade, verifica-se que, nos momentos difíceis, a doutrina religiosa servia como suporte para o fortalecimento do autor. Ao estar foragido em 1939, iniciou a criação da sua principal obra espiritual, *Vida de Jesus*, e com ela estabeleceu uma nova fase política baseada no cristianismo português, um país de fertilidade católica, onde percebeu a existência de uma possibilidade de ascensão intelectual.

Um quinto evangelista ou um quinto colunista? Os dois. Plínio Salgado nunca deixou de ter sua prática fascista, nem mesmo deixou de ter a sua crença cristã, entretanto, no contexto em questão, quando era preciso reinventar uma nova política, ocorre uma espécie de mescla entre os “quintos”, quando o colunista e o evangelista estão juntas, lado a lado no propósito de poder e implantação de estado forte. O passado fascista, nunca foi apagado, justamente por jamais ter deixado de ser.⁵⁰

Arquivos

A) Arquivo Nacional da Torre do Tombo

Arquivo da Legião Portuguesa

Arquivo da PIDE/DGS

Arquivo Oliveira Salazar

⁵⁰ Nota de los editores: los interesados en conocer algo más sobre los márgenes de acción política que tuvieron después de 1945 aquellos actores que habían tenido oportunamente cercanías ideológicas con el Eje, recomendamos la lectura del texto de Carolina Cerrano incluido en estas actas.

B) Arquivo Público e Histórico de Rio Claro/SP – Brasil
Fundo Plínio Salgado.

D) Fundação Casa de Rui Barbosa
Arquivos Pessoais de Escritores Brasileiros

Bibliografia

- AMEAL, João (1922). “A entrevista da semana: D. Elisa Baptista de Souza Pedroso”, *Ilustração Portuguesa*, Lisboa, 14 jan.
- COSTA, Sergio Corrêa da (2005). *Crônica de uma guerra secreta. Nazismo na América: a conexão argentina*. 2. ed. Rio de Janeiro; São Paulo: Record.
- HILTON, Stanley (1983). *A guerra secreta de Hitler no Brasil*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira.
- GONÇALVES, Leandro Pereira (2012). “Entre Brasil e Portugal: trajetória e pensamento de Plínio Salgado e a influência do conservadorismo português”. 668f. Tese (Doutorado em História) – Pontifícia Universidade Católica de São Paulo.
- PAÇO D'ARCOS, Joaquim (1986). “Lembrança de Plínio Salgado”. In: CARVALHO, José Baptista (ed.). *Plínio Salgado: in memoriam*. São Paulo: Voz do oeste; Casa de Plínio Salgado, v. 2.
- PARADA, Maurício (2010). “Tempo de Exílio: Plínio Salgado, religião e política”. In: SILVA, Giselda Brito; GONÇALVES, Leandro Pereira; PARADA, Maurício (orgs.). *Histórias da Política Autoritária: integralismos, nacional-sindicalismo – nazismo – fascismos*. Recife: EdUFRPE.
- PIMENTEL, Irene (2007). “Lisboa, capital europeia da espionagem”. In: PAÇO, António Simões do (Coord.). *Os anos de Salazar: o que se contava e o que se ocultava durante o Estado Novo. O governo inglês pediu e o governo português concedeu (1943-1945)*. Lisboa: Correio da Manhã, v. 6.
- RODRIGUES, Luís Nuno (1996). *A Legião Portuguesa: a milícia do Estado Novo (1936-1944)*. Lisboa: Estampa.
- SALGADO, Plínio (1943). *Carta aberta aos meus amigos*. Lisboa, 22 out. (FCRB/APEB-Pop: 28177).
- SALGADO, Plínio (1980^a). *Minha segunda prisão e meu exílio, seguido de Diário de bordo e Poema da Fortaleza de Santa Cruz*. São Paulo: Voz do Oeste.

SALGADO, Plínio (1980b). *Tempo de exílio: correspondência familiar - I*. São Paulo: Voz do Oeste.

SCHELLENBERG, Walter Friedrich (2005). *Al servicio de Hitler: memorias del jefe de espionaje nazi*. Barcelona: Belacqua.

TELO, António José (1990). *Propaganda e guerra secreta em Portugal*. Lisboa: Perspectivas & Realidades.

¿Cómo citar este artículo?

PEREIRA GONÇALVES, Leandro, “O quinto evangelista ou o quinto colunista? Plínio Salgado, a solidariedade nazista e a direita portuguesa no exílio”, en Ernesto BOHOSLAVSKY, Magdalena BROQUETAS y Olga ECHEVERRÍA (editores), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del VII Taller de discusión*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016, pp. 10-31. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

DERECHAS CONECTADAS

¿POR QUÉ EL HERRERISMO Y EL FALANGISMO SIMPATIZARON CON EL ASCENSO DEL PERONISMO?

Carolina Cerrano

En el nacimiento del peronismo, entre 1945 y 1946, sus primeros simpatizantes extranjeros se ubicaban entre movimientos y partidos que son englobados historiográficamente dentro de la categoría de la derecha política, aunque éstos no se auto-identificaban necesariamente como tales. En anteriores investigaciones he documentado el filo-peronismo de la Falange española, tanto durante los diez años de las primeras presidencias de Perón como a lo largo de su exilio y tras su retorno a la Argentina en 1973 (Cerrano, 2014 y 2009). Por ello, en este trabajo se hará mayor hincapié en el herrerismo -una derecha conservadora y a la vez liberal- que en el falangismo -una derecha antiliberal, antidemocrática y revolucionaria. El diario *El Debate* ha sido la principal fuente de investigación para abordar cómo Luis Alberto de Herrera -quien se congratulaba de pertenecer a la clase conservadora y de ser “un sereno liberal” (Zubillaga, 1976:13-20 y 52)- y su partido acompañaron con entusiasmo el éxito político y electoral de Juan Domingo Perón. Herrera (1873-1959) fue un activo político, historiador y periodista uruguayo que dejó una extensa producción historiográfica y una señal de identidad dentro de un sector del Partido Nacional.¹ Su militancia opositora, personalista y carismática, dejó huellas profundas en la cultura política e intelectual del Uruguay de la primera mitad del siglo XX.

Cuando se estudia o se recuerda la recepción política del primer peronismo en Uruguay se sostiene que primó el rechazo, la desconfianza y el temor entre la sociedad

¹ Magdalena Broquetas (2014: cap. 1) reconstruye histórica e historiográficamente el derrotero de las derechas en el Uruguay de las primeras décadas del siglo XX. A Herrera se lo ha definido como un conservador en lo social y liberal en lo político (Barrán, 2004; Real de Azúa, 1994 y Zubillaga, 1976). El libro de Laura Realí (2016) es el más reciente y valioso aporte a la trayectoria política e intelectual de Herrera en las tres primeras décadas del siglo pasado, en las cuales pasó de ser un líder comprometido en la lucha armada por los derechos cívicos a ser un defensor de la transformación del sistema político por la vía legal, contribuyendo a la modernización de su partido.

y su dirigencia política liberal y de izquierda a excepción del herrerismo que demostró su simpatía. Por lo cual mi objetivo a largo plazo es documentar o reconstruir esa simpatía, explicar sus razones ¿por qué esta simpatía?, ¿cómo se manifestó? En esta oportunidad se reflexiona sobre cuáles fueron los aspectos del peronismo que encontraron atractivos el falangismo y el herrerismo ¿Por qué tomaron partido por esta inédita opción de la política argentina? Entonces amerita preguntarse: ¿cuáles fueron los puntos de conexión ideológica entre herrerismo, peronismo y falangismo? Y asimismo considerar dónde radicaron sus diferencias.

En esta exposición -que busca reconstruir especialmente las conexiones ideológicas entre el peronismo y el herrerismo- es valioso el trabajo de Ernesto Bohoslavsky (2015) en el *VI Taller de Discusión “Las derechas en el cono sur, siglo XX”*, quien señalaba cómo el peronismo encontró socios políticos en algunas repúblicas sudamericanas. Allí se preguntaba si los vínculos con el peronismo de algunas figuras y partidos, no siempre marginales, respondían a generosos recursos materiales -discutiendo cierta hipótesis del libro de *La Internacional Justicialista* de Loris Zanatta (2013)- o por el contrario lo que los guiaba era más bien una afinidad ideológica transnacional. Bohoslavsky agregaba “¿cuán creíbles son las versiones del batllismo sobre el herrero-peronismo?” (28) “Cuán peronistas eran los peronistas no argentinos [...] por qué se identificaban con el peronismo [...] ¿Por qué se declaraban peronistas? ¿Qué significados y qué intenciones ello conllevaba?” (29). Los herreristas no se declaraban peronistas ni podríamos definirlos como militantes peronistas. Esto no desconoce que en su órgano de prensa no ocultaron su simpatía con la emergencia del peronismo y su utilización en la política interna uruguaya. A su vez, comparto la hipótesis de que “la presencia peronista fue agigantada a los efectos de generar un escándalo político que pudiera ser usado a favor del denunciante o para reforzar identidades auto-asignadas, por ejemplo en la asunción de una uruguayidad campeona de la democracia y el republicanismo en Sudamérica” (Bohoslavsky, 2015: 28). Así pues, las difíciles relaciones de Uruguay con el gobierno emergido del golpe de Estado de 1943 y hasta el final del primer peronismo ayudaron a la reafirmación de una identidad uruguaya laica y democrática (Cerrano y López, 2016). En aquel escenario, el herrerismo reivindicó otros aspectos de la identidad oriental que la conectaban con su tradición hispana y a la vez rioplatense, como veremos más adelante.

La mayoría de los contemporáneos nacionales y extranjeros opositores a Perón y a su movimiento lo vieron como -y además alertaron sobre- una probable reedición del nazi-fascismo o versión criolla del fascismo, pero valga aclarar que esta nunca fue la interpretación que dieron quienes lo defendieron en el interior y en el exterior de la Argentina. El herrerismo y el falangismo buscaron -por motivos distintos- desvincularse de esta descalificación ¿Por qué? El herrerismo era encasillado por sus adversarios con el mote de totalitario, falangista o fascista. Incluso en la campaña electoral uruguaya de 1946 volvió a reeditarse la propaganda gráfica de divulgar efigies de Herrera y de Hitler en la vía pública. Si partimos de considerar una “amistad” o una “afinidad ideológica” con el peronismo es imposible que lo adscribieran en esta categoría descalificadora, de la que ellos mismos buscaban desvincularse por creer que era una mentira, infamia o calumnia. En este punto, es oportuno preguntarse ¿qué entendían por fascismo los herreristas y cómo se defendían de esta acusación? Un elemento interesante del caso es que para *El Debate*, el batllismo era fascista, totalitario o un poder arbitrario y despótico. A mediados de la década de los cuarenta en Uruguay -como en el resto del mundo- ser fascista era ilegítimo o una aberración política a la que unos pocos se atrevían a pertenecer y a reivindicarlo en voz alta.

Incluso la Falange que había manifestado rotundamente su admiración por la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler callaba un pasado que era memoria viva en su presente.² O sea, un partido que se había quedado sin referentes encontraba uno en el peronismo y lo utilizaría como un insumo para la política española para criticar indirectamente al franquismo. El justicialismo tenía varios atractivos. Uno de ellos era el acceso al dominio exclusivo del Estado, a diferencia de la Falange franquista que compartía el poder con otras familias políticas, y a diferencia de Herrera que en 1946 aspiraba por cuarta vez a llegar a la presidencia. A su vez, para la Falange provocaba sana envidia la nacionalización de la izquierda y la conquista de la clase trabajadora, uno de sus más frustrados anhelos (Cerrano, 2014). El herrerismo también comulgaba con este objetivo, que se tornaba inalcanzable cada vez que el batllismo afirmaba su fortaleza social y electoral.

² Sobre Falange se recomiendan los clásicos de Ellwood (1984), Payne (1997) y Rodríguez Jiménez (2000). Para abordar exhaustivamente cómo se amalgamó y sometió la Falange al franquismo durante la Segunda Guerra Mundial, véase: de Diego González (2001). Asimismo, es valiosa la obra de Saz Campos (2013) para comprender las distintas derechas -entre ellas Falange- que confluyeron en la dictadura *fascistizada* franquista.

Para partidos de diferentes tendencias ideológicas ser fascista implicaba ser enemigo de la democracia. El problema radica en qué es lo que cada uno interpretaba sobre el concepto de democracia, y cómo después de la Segunda Guerra Mundial partidos contrapuestos ideológicamente querían ser sus legítimos defensores. El franquismo hablaría de “democracia orgánica”, el comunismo de “democracia popular”, el peronismo de “democracia social”, etc. Todos pretendían representar la auténtica o verdadera democracia, y así lo hizo el herrerismo en la campaña electoral de 1946. Ampliamente reiteraron la idea de encarnar la democracia de la verdad, no la de la mentira o de los privilegios. Al respecto, un tema conectado con lo anterior y que emparenta al peronismo con el herrerismo es la búsqueda de efectivizar la justicia social. No obstante, el batllismo también promocionaba la justicia social. Entonces ¿qué similitudes o diferencias hubo entre el concepto de justicia social del batllismo con el del peronismo, el del herrerismo o el del falangismo?

En los prolegómenos del peronismo, *El Debate* simpatizó con la política exterior neutralista del golpe de Estado de 1943. La actitud argentina de resistencia y de desafío a las presiones norteamericanas, y la consiguiente defensa de su soberanía y dignidad nacional fue reivindicada con entusiasmo por el periódico y se entroncaba con un principio medular del pensamiento político de su líder Luis Alberto de Herrera.³ *El Debate* hizo campaña opositora a la política amézuquiana de no reconocimiento del gobierno de Edelmiro Farrell y del retiro del embajador uruguayo, Eugenio Martínez Thedy, siguiendo las recomendaciones estadounidenses. Con el discurso de la fraternidad rioplatense sostenía la necesidad de seguir una actitud oportunista, la de no enemistarse con el régimen argentino y fundamentalmente no actuar como un lacayo de las intenciones hegemónicas de los Estados Unidos en la región. Esta política se enlazaba con la obstrucción herrerista a la instalación de bases aeronavales norteamericanas en el Uruguay (Mercader, 1999). Asimismo, la oposición a la promulgación de un Servicio Militar Obligatorio fue otro tema que ocupó la agenda mediática del partido en aquel tiempo. La misma posición de prevención al militarismo y a ser peones de un ajedrez ajeno guió su rechazo a la doctrina intervencionista -pensada en clave argentina- del canciller Eduardo Rodríguez Larreta, que habilitaba la intervención multilate-

³ La segunda guerra influyó en las reflexiones de Herrera sobre el papel de los Estados Unidos en América del sur marcando ciertas distancias con las de principios de siglo. Sobre el líder nacionalista y su posición en relación a la política exterior del Uruguay, véase Zubillaga (1976: 88-137); Real de Azúa (1994, 35-41), Reali (2016: 39-44) y de sus biógrafos o correligionarios hagiográficos Haedo (1990), Lacalle Herrera (1978) y Velázquez (1968).

ral extranjera en caso de que hubiera gobiernos de corte totalitario. Posteriormente, los herreristas se manifestaron contrarios al *Libro Azul* de Sprullie Braden, presentado como el “mayor imperialismo que han conocido los siglos”.⁴ Falange y el franquismo también se opusieron al *Libro Azul*, por un lado, porque España era aludida como puente de las relaciones entre Argentina y la Alemania nazi, y por otro lado por considerarse como una ilegítima intervención en política interna de otro Estado.

La campaña herrerista contra Rodríguez Larreta se incrementó después del triunfo electoral de Perón. La escasez de materias primas procedentes de la Argentina - en especial el trigo- se denunció como una consecuencia de la intromisión oficialista favorable a la candidatura de la Unión Democrática en las elecciones argentinas de febrero de 1946. Así pues, casi diariamente, se pedía la renuncia de un Ministro que había exhibido abiertamente su posición contraria a Perón. Su presencia en el gabinete no contribuiría a encauzar las relaciones bilaterales y repercutía negativamente sobre el “pueblo oriental”, privado de importaciones esenciales para su supervivencia cotidiana. Por lo cual, el herrerismo, preparándose para la lucha presidencial en el mes de noviembre de ese año, utilizó el acontecimiento para señalar que su propuesta política era la única que garantizaría la convivencia armónica y enriquecedora con la Argentina. Según Alberto Methol Ferré (1967), Herrera acabó siendo el “rostro peronizante” del país cumpliendo así una “función compensatoria” frente a la posición oficial, con el objetivo de “mantener el equilibrio, no romper lazos totalmente, no cerrarle puertas al país, restablecer en caso de desnivel” (41). Desde la perspectiva de Methol, el rol compensatorio que ejerció Herrera “fue más importante” que sus simpatías hacia el peronismo. Es decir, desempeñó una función favorable a la normalización de las relaciones bilaterales futuras, evitando la animadversión argentina con los uruguayos (42).

El peronismo y el herrerismo manifestaron su afinidad en relación al anti-imperialismo norteamericano en Sudamérica, y en la construcción de un orden de posguerra basado en el respeto de la soberanía e independencia de las repúblicas, que no podían tolerar la “tutela arbitraria” de los “poderosos”.⁵ El triunfo de Perón en febrero de 1946 fue pintado como la inauguración de una nueva etapa, un “renacer” de esperanza y renovación en el continente. Las crónicas mostraban al lector que se vivía una “época de envergadura revolucionaria” caracterizada por el fin de los regímenes oligár-

⁴ Las libres naciones del sur, *El Debate*, 14/02/46: 4.

⁵ Como se explicita en el texto, este artículo entra en diálogo con el análisis sobre los vínculos e influencias del peronismo sobre actores políticos del cono sur (Brasil y Chile) de Bohoslavsky (2015).

quicos. *El Debate* consideró que el resultado electoral argentino fue acompañado a lo largo del año 1946 en otros países americanos (Brasil, Chile, Bolivia y Venezuela) y también en los Estados Unidos con el éxito de los republicanos en las elecciones legislativas de noviembre. O sea, la victoria peronista fue esgrimida como “un punto de referencia trascendental”⁶ para el “pueblo oriental” y el símbolo de un proceso que culminaría, según su mirada optimista, con el plebiscito popular que llevaría finalmente a Herrera a la presidencia del Uruguay. Hecho que como sabemos no ocurrió. La disyuntiva electoral uruguaya fue graficada como un enfrentamiento entre el pasado y el porvenir, la mirada estaba puesta en el “nuevo amanecer” como había sucedido en la Argentina peronista. Asimismo los conceptos de orden, felicidad, entusiasmo, esperanza, salvación, tranquilidad, grandeza y liberación se confrontaban con los de pesimismo, cautiverio, farsa, disolución, atraso, caos, anarquía. La contraposición conceptual reseñada fue compartida en el peronismo (Segovia, 2005). Si bien en *El Debate* se ha constatado el uso del concepto de revolución, éste no fue tan abundante como los conceptos de redención, reparación, regeneración, renovación o saneamiento, los cuales emparentaron al herrerismo con el radicalismo yrigoyenista en la lucha por los derechos cívicos y políticos, como se hará mención más adelante.

Por cierto, la “hazaña” del “pueblo argentino” y de su “novel conductor” -en un contexto de oposición nacional e internacional agresivo- se disfrutó con alegría a ambos lados del Atlántico y se constituyó como un modelo político a imitar. En el caso del franquismo y de Falange es comprensible la euforia, ya que era una garantía de que se continuaría con una relación económica, política y cultural que había crecido con el régimen militar argentino, a diferencia de la Unión Democrática que pedía la exclusión y la condena de España en el mundo de posguerra (Rein, 1995). Especialmente era un ejemplo que funcionaba aleccionador para el público español, porque era la victoria del valor y la heroicidad del “caballero hispano” que con “honor” y “gallardía” había defendido la independencia de su nación. Así también fue presentado por el herrerismo en la vecina orilla. De hecho, no sólo expresaron palabras de congratulación sino que además se acompañaron por gestos políticos como fue la participación de los legisladores del Partido Blanco -Eduardo Víctor Haedo y Felipe Amorin Sánchez- en la marcha de la Independencia y de la Justicia Social organizada por el Partido Laborista en el mes de abril de 1946.⁷ La cercanía permitió una concurrencia blanca activa en la celebración

⁶ Formuló declaraciones en Buenos Aires el Senador Eduardo Víctor Haedo, *El Debate*, 8/04/46: 1.

⁷ Ver crónicas de *El Debate*, 8 y 9/04/46: 1.

de la llegada de Perón a la primera magistratura. En los días previos al 4 de junio - fecha de la asunción del electo presidente- se anunciaba la venta de boletos en la sede del partido para viajar a Buenos Aires. Según la crónica de *El Debate*, una “embajada popular” de más de cuatrocientas personas se contraponía a la “embajada de la oligarquía”, la oficial, encabezada por el Ministro del interior debido a que el canciller Rodríguez Larreta no podía participar por su conocido anti-peronismo. Un dato demostrativo a tener en cuenta es cómo los herreristas fueron aclamados por los peronistas con los cánticos de “Viva Herrera y viva Uruguay!”.⁸

Curiosa y significativamente una de las actividades de la delegación nacionalista a la transmisión del mando fue una ceremonia en la que se depositó una ofrenda floral en la tumba de Hipólito Yrigoyen. Al respecto es importante recordar los vínculos e identificaciones tejidos entre el Partido Nacional y el radicalismo argentino en las primeras décadas del siglo pasado (Reali, 2016: 185 ss.) A raíz del golpe de Estado de 1930, el depuesto mandatario argentino encontró la amabilidad del herrerismo como la habían recibido en 1905 otros exiliados radicales (Haedo, 1990: 198-203, Reali, 2016: 189-194). El legislador y discípulo herrerista, Haedo sostuvo que la simpatía de Herrera estuvo siempre “con los gobiernos nacionales y populares” (1990: 197). Desde esta óptica, el peronismo era la continuidad natural del radicalismo. Por lo cual, tanto el radicalismo como el peronismo fueron sus socios políticos. Amerita preguntarse si el peronismo fue un quiebre de su solidaridad con el radicalismo ¿Con cuáles de los candidatos uruguayos simpatizaron los radicales de la Unión Democrática? No nos olvidemos que habían recibido un apoyo explícito del batllismo.

Hubo reciprocidades políticas entre el herrerismo y el peronismo: el líder nacionalista se refirió a Perón como “gran amigo”⁹ y Haedo lo llamó “nuestro amigo”.¹⁰ A su vez, la derecha nacionalista argentina reivindicaba públicamente a Herrera. Y el diario peronista *Época* señaló que Haedo era “amigo personal de Perón” (Oddone, 2003: 89) ¿Qué carga conceptual tenía la palabra amigo? Aristóteles en su *Ética* sostiene que la amistad es benevolencia recíproca, es decir, desear el bien del otro, no solo el propio (Libro IX, 123 y ss.) ¿Cómo trasladar el concepto de amistad a la política donde el interés ocupa un lugar no menor al momento de entablar vínculos? Para Perón, un amigo debía dar muestras fehacientes de sus sentimientos, por ello consideraba a la lealtad

⁸ Ver crónicas de *El Debate*, 4 y 5/06/46.

⁹ Agradecimiento de Herrera al saludo de cumpleaños enviado por Perón. *El Debate*, 24/07/46: 1.

¹⁰ Formuló declaraciones en Buenos Aires el Senador Eduardo Víctor Haedo, *El Debate*, 8/04/46: 1.

como un atributo significativo de su concepción de la amistad. Además fue convertido en un valor que todo peronista debía ejercer: solía decir que una lealtad amical real debía ser recíproca (cit. Cerrano, 2014: 149). Es innegable que hubo solidaridad comparada, la prensa peronista apoyó al herrerismo como la opción para la política uruguaya y también hubo rumores de involucramiento financiero y de agentes peronistas en la campaña electoral nacionalista (Oddone, 2003: 42-43; 90-96). El batllismo lo denunció y el herrerismo lo desmintió en aquel contexto y en años posteriores.

Es posible sostener que el nacionalismo, el anti-imperialismo y la oposición al panamericanismo fueron puentes de conexión ideológica entre el peronismo, el falangismo y el herrerismo, sin olvidar los matices de énfasis de cada uno. En tal sentido, la reivindicación y la utilización de la Hispanidad como un elemento de la identidad argentina y americana -en los inaugurales años del peronismo en el poder (Rein 1995)- también estuvo presente -¿en menor medida?- en la prédica herrerista de *El Debate* relativa a la identidad oriental.¹¹ En su disputa con el panamericanismo, los herreristas proponían la “recuperación de los valores hispánicos”, “rehacer la comunidad hispánica” o “la unidad de los pueblos hispánicos”.¹² Por otra parte, no hay que restar importancia a la anglofilia de Herrera como un elemento de distanciamiento con el peronismo.

El nacionalismo herrerista se presentaba como defensor de las “patrias chicas” y bastión del verdadero americanismo: el que “nos liga a lo nuestro”, a diferencia del falso que “nos liga a lo ajeno”. Ideas conectadas con el legado blanco y federal. Especialmente, desde fines de la década del treinta, el líder nacionalista, influido por el contexto internacional, continuó con su rehabilitación progresiva de las figuras de Manuel Oribe y de Juan Manuel de Rosas como baluartes de la defensa de la soberanía nacional y regional frente a las injerencias extranjeras (Reali, 2016: 222-228; Echeverría y Reali, 2016 y Rilla, 2008: 319 ss.)¹³. Entre 1945 y 1946, Herrera y Perón se mostraban des-

¹¹ Nuestra América, *El Debate*, 13/07/46: 4.

¹² El panamericanismo y nosotros, *El Debate*, 12/01/47: 3.

¹³ Nota de los editores: sobre la historiografía de Herrera y su enlazamiento con la “teoría independentista clásica” hay algunas referencias en el estudio de su discípulo Juan E. Pivel Devoto. Mariana Iglesias, “La historia política del Uruguay según Juan E. Pivel Devoto: ¿un relato de derecha?”, en Ernesto Bohoslavsky (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2011.

creídos y a la vez denunciantes del concepto de la “solidaridad americana” que acaudillaba los Estados Unidos.

En relación con lo anterior merece la pena detenerse en el lugar asignado al catolicismo en el concepto de nación de cada formación política. El contenido nacional-católico que reivindicaba Falange para España formó parte del primer Perón para la Argentina, pero no parece haber ocupado en el herrerismo de mediados de los cuarenta ni de cerca la misma intensidad. Aquí no hay que olvidarse de la incidencia y virulencia que había cobrado el proceso de secularización y de reformas durante la “república batllista” (Caetano, 2011). *El Debate* presentó la candidatura nacional a las elecciones de noviembre de 1946 como la única con capacidad de defender la religión, la familia, la moral, la libertad de conciencia y de enseñanza frente al jacobinismo y sectarismo del batllismo. El herrerismo construía su discurso en oposición a las pintadas anticlericales de sus principales adversarios políticos, el batllismo y el comunismo. Así pues, sostenía que “el Partido Nacional tenía un origen eminentemente patriótico con prescindencia de toda presencia jacobinista, masónica, materialista o liberal volteriana”.¹⁴ En un editorial del 28 de agosto fijaron su posición sobre el tema: la catolicidad era “una de las más importantes manifestaciones del ser nacional”.¹⁵ Para cooptar a los votantes católicos insistían en que no podían desperdiciar sus votos apoyando a la Unión Cívica, el partido católico, ya que no llegaría a la presidencia. Se argumentaba que con sólo acceder a escaños en el Parlamento no se frenaría la subversión de los valores ancestrales y sagrados que producía el batllismo.¹⁶ También denunciaron a los sacerdotes y religiosos que se inmiscuían en la campaña electoral participando en los locales partidarios, prensa y radio vinculadas a la Unión Cívica.¹⁷ Por su parte, la Iglesia católica uruguaya no permaneció pasiva ante los acontecimientos al igual que había sucedido en los comicios argentinos. En la carta pastoral episcopal de agosto de 1946 “Sobre deberes políticos de los católicos” recordaron la libre elección partidaria de sus feligreses. Sin embargo, se les recomendó, a la hora de emitir el sufragio, tener en cuenta: “que el programa y la actividad del partido no tenga nada contrario a las leyes de Dios y de la Iglesia”.¹⁸

¹⁴ Sobre las obligaciones políticas de los católicos, *El Debate*, 13/07/46: 3.

¹⁵ La palabra de la J.C y nuestra posición, *El Debate*, 28/08/46: 3.

¹⁶ Mujer católica...hombre católico, *El Debate*, 5/11/46: 3; El partido nacional, defensor de la creencia, *El Debate*, 7/11/46: 3; Los católicos, la presidencia y el parlamento, *El Debate*, 18/11/46: 3.

¹⁷ Los deberes políticos de los católicos, *El Debate*, 18/07/46: 1.

¹⁸ Carta pastoral colectiva: Sobre deberes políticos de los católicos, *Boletín eclesiástico*, año XXVII, nro. 335, p. 392; No usurpar un magisterio, *El Debate*, 18/11/46: 1.

El herrerismo aspiró a conquistar al votante católico, algunos seguramente lo acompañaron. ¿Cuántos otros prefirieron a la Unión Cívica u otras propuestas políticas contrarias a sus creencias religiosas? ¿Hasta qué punto influyó el temor provocado por el slogan “Herrera nazi” y la propaganda de que era amigo de un “peligroso y poderoso vecino”? El miedo y la desconfianza hacia el nuevo gobierno argentino alimentado por los medios de comunicación uruguayos —a excepción de *El Debate*— tuvieron repercusión en el electorado, no solo en el católico. Asimismo hay que considerar las vivencias de muchos, incluidas las élites políticas, que creían en la posibilidad cierta de un horizonte de nacionalismo expansivo y agresivo. En un momento en que el escenario de posguerra todavía se estaba definiendo y en el que el comunismo no era el enemigo más temible, no hay que minusvalorar el impacto del proceso político argentino en Uruguay, que no fue ajeno ni distante, y en el que su electorado tomó partido frente a las opciones de “Tamborini o Hitler”.¹⁹

Por otra parte, sería interesante indagar sobre cómo fue vista por sus adversarios y a la vez espectadores contemporáneos la figura de Herrera. Las virtudes que sus acólitos le atribuían al caudillo nacionalista no tenían límites: “el que nunca engañó al pueblo” (slogan de la campaña de 1946), maestro, centinela de la patria, máxima figura de América, genio creador, símbolo de la “resistencia al mal”. El siguiente extracto de un artículo periodístico sintetiza cómo fue pintado su liderazgo:

La apoteosis popular que le recibe donde llega, es índice irrecusable de su extraordinaria significación de prócer, de padre espiritual de las más puras idealidades cívicas [...] su pensamiento y su idea son siempre faro de inmensa luz, se recortan nítidos en el perfil del tiempo, señalando derroteros de justicia, amor y esperanza [...]. En la máxima veneración de sus virtudes, Herrera es esperanza redentora, es fe en todos los espíritus y culto en todos los corazones. El pueblo de la República, le aclama con delirio. Es el conductor [...]. Su palabra tiene el acento iluminado del rector de almas.²⁰

Esta cita no es aislada y forma parte de un conjunto de notas de exaltación cuasi-religiosa del viejo caudillo. No muy lejos de los panegíricos escritos sobre Perón en aquel tiempo. Conectado con lo anterior, es interesante señalar cómo el peronismo, el herrerismo y el falangismo se abrogaron la clarividencia de representar la esencia de la nacionalidad y del pueblo. Es decir, el discurso nacionalista y populista encarna una conexión transnacional significativa, que podría ser una parte neurálgica de sus atrac-

¹⁹ Expresión utilizada por el futuro presidente uruguayo, Luis Batlle Berres, en sus programas radiales en Ariel. Véase, Archivo General de la Nación (Uruguay), Fondo Luis Batlle Berres, caja 21, programa de radio Ariel del 20 de febrero de 1946.

²⁰ El significado patricio de Herrera, *El Debate*, 9/10/46: 3.

ciones recíprocas. No obstante es imprescindible profundizar en sus matices e importantes diferencias conceptuales y temporales, inabarcables de desarrollar dada la extensión de este trabajo. Como sostiene José Rilla (2013), Herrera como “viejo liberal conservador” estaba lejos del tronco populista al que se ceñía al peronismo, sin embargo sí compartió el “momento populista” regional y latinoamericano (18).

Siguiendo con el tema de la campaña electoral herrerista y su impacto entre sus contemporáneos, veamos cómo fueron percibidas las siguientes y recurrentes definiciones del escenario local: “batalla espiritual”, “no es una lucha de partidos sino contienda social”,²¹ “excede las ideologías y los partidarios”,²² “una lucha del bien contra el mal [...] no hay nadie que no vibre en una comunión de Patria depurada de intereses banderizos o inclinaciones ideológicas”.²³ Para ilustrar con otro ejemplo -que no es solitario-:

Se ha construido un formidable partido nacional. En su significado auténtico. El partido de la causa de la nación. Sin diferencias. Sin cintillos. Sin divisiones. Todos en uno. Uno en todos. El pueblo y Herrera. Herrera y el pueblo ²⁴

En definitiva, se constata un discurso maniqueo -también presente en el peronismo y en el falangismo- entroncado con un proyecto de construir una comunidad nacional unida y ordenada -frente a enemigos que pueden disolverla y destruirla. Aunque, es necesario aclarar que el concepto de unidad en el herrerismo, por lo menos en la campaña electoral de 1946, es bien residual y no aparece con la fuerza que lo utilizaría Perón y la Falange. Sin embargo, el tema de que el Partido Nacional garantizaría el orden sí fue insistente para contraponerse al desorden institucional, económico y social asignado al batllismo. A su vez, es importante señalar la reivindicación de la recuperación de lo espiritual -en la concepción de hombre y de sociedad- frente al materialismo, como un elemento significativo que los vincula en cierta forma en el uso del lenguaje político.

Uno de los objetivos de este trabajo fue reflexionar sobre la simpatía herrerista con el peronismo en sus orígenes. Para ello se han señalado algunos de los puntos que

²¹ El enemigo común, *El Debate*, 3/08/46: 3.

²² ¡Esa es la lucha!, *El Debate*, 5/08/46: 3.

²³ Conciencia popular, *El Debate*, 21/11/46: 3.

²⁴ Los indiferentes son enemigos, *El Debate*, 6/08/46: 3.

los emparentaron en aquel contexto. Queda pendiente un estudio exhaustivo que aborde las diferencias y las distancias ideológicas situadas históricamente y que contemple la cuestión de cómo se reconfiguró y se readaptó la prédica política a mediados del siglo XX tras la Segunda Guerra Mundial, y el fascismo y en los prolegómenos de la Guerra Fría. Ese escenario influyó inexorablemente en el viejo herrerismo, en el falangismo y en el naciente peronismo. Asimismo se han abierto -y no se han resuelto- varios temas e interrogantes para futuras investigaciones, que por un lado amplían las fuentes, y por otro el marco temporal para abordar el derrotero del filo-peronismo herrerista. Además, no deja de ser llamativo y revelador que Herrera y Perón estando tan cerca geográficamente nunca hubieran concretado una alianza política más estrecha o siquiera un encuentro personal, salvo el viaje del caudillo uruguayo al sepelio de Evita (Haedo, 1990: 39; Methol Ferré, 1967: 42). Por otra parte, cuando Perón fue derrocado el herrerismo no se desvinculó de los actos públicos masivos de celebración del triunfo de la “Revolución libertadora” en Montevideo como en el interior.²⁵ De hecho Herrera lo reconoció y lo justificó por corresponderse con el sentimiento popular de la ciudadanía de su país (Haedo, 1990: 207). Al igual que el falangismo mostraron su respeto, simpatía y alivio con Eduardo Lonardi y su lema “ni vencedores, ni vencidos”. He constatado que en la prensa falangista -por lo menos en septiembre y octubre de 1955- hubo mayor empatía con la herencia peronista que en *El Debate*. Sin embargo, ambos se plantearon contrarios a la política represiva hacia el peronismo que vino de la mano del gobierno del general Pedro E. Aramburu, por no ser un buen augurio para la política futura de la nación hermana²⁶.

Bibliografía

- ARISTÓTELES (1994), *Ética a Nicómaco* (trad. María Araujo y Julián Marías). Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- BARRÁN, José Pedro (2004), *Los conservadores uruguayos, 1870-1933*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- BOHOSLAVSKY, Ernesto (2015). “Los peronistas de Chile y Brasil, 1943-1955: ¿Una derecha sudamericana y popular?”, en Bohoslavsky, Ernesto y Echeverría, Olga (eds.)

²⁵ Ver crónicas y fotografías de *El Debate* de los días 20 y 22 de septiembre de 1955.

²⁶ Nota de los editores: los lectores preocupados por las conexiones y las diferencias entre las arenas políticas argentina y uruguayas pueden encontrar más temas de interés en los textos de Echeverría y de Caetano presentados en la mesa redonda de este taller.

Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del VI Taller de discusión, Los Polvorines, pp. 26-43, disponible en <http://www.ungs.edu.ar/derechas>

Broquetas, Magdalena (2014), *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

CAETANO, Gerardo (2011), *La república batllista*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

CERRANO, Carolina (2009). “Perón ¿Mesías o quimera”: visiones antagónicas del peronismo en la prensa del tardo-franquismo”, en Rein, Raanan y Panella, Claudio (eds.), *El retorno de Perón y el peronismo en la visión de la prensa nacional y extranjera*. La Plata: Universidad Nacional de la Plata, pp. 313-338.

CERRANO, Carolina (2014), ‘El filo-peronismo falangista. 1955-1956’, *Ayer*, n. 96 (4), pp. 131-154.

CERRANO, Carolina y LÓPEZ D’ ALESSANDRO, Fernando (2016), ‘Dictadura militar argentina 1943-1946: Temor, rechazo y desconfianza en el Uruguay’, *Anuario de Estudios Americanos* (en prensa).

DIEGO GONZÁLEZ, Álvaro de (2001), *José Luis de Arrese o la Falange de Franco*. Madrid: Actas.

ECHEVERRÍA, Olga y REALI, María Laura (2016). ‘Encuentros y disidencias políticas, ideológicas e historiográficas en los revisionismos rioplatenses (décadas de 1930 y 1940)’, en BERTONHA, João Fábio y BOHOSLAVSKY, Ernesto (eds.), *Circule por la derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.

ELLWOOD, Sheelagh M. (1984), *Prietas las filas. Historia de la Falange Española: 1933-1983*. Barcelona: Crítica.

HAEDO, Eduardo Víctor (1990), *Herrera: caudillo oriental*. Montevideo: Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay.

LACALLE HERRERA, Luis Alberto (1978), *Herrera, un nacionalismo oriental*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

MERCADER, Antonio (1999), *El año del León. 1940. Herrera, las bases norteamericanas y el complot nazi*. Montevideo: Aguilar.

METHOL FERRÉ, Alberto (1967), *El Uruguay como problema en la cuenca del Plata, entre Argentina y Brasil*. Montevideo: Diálogo.

- ODDONE, Juan (2003), *Vecinos en discordia. Argentina, Uruguay y la política hemisférica de los Estados Unidos. Selección de documentos: 1945-1955*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- PAYNE, Stanley (1997), *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español. Historia de la Falange y del Movimiento Nacional*. Barcelona: Planeta.
- REAL DE AZÚA, Carlos (1994), *Herrera, la construcción de un caudillo y de un partido*. Montevideo: Cal y Canto.
- REALI, María Laura (2016), *Herrera. La revolución del orden. Discursos y prácticas políticas*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- REIN, Raanan (1995), *La salvación de una dictadura. La alianza Franco-Perón 1946-1955*. Madrid: CSIC.
- RILLA, José (2008), *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*. Montevideo: Debate.
- RILLA, José (2013), "Senderos que se bifurcan", en Rilla, José, Brando, Oscar y Quirici, Gabriel (2013), *Nosotros que nos queremos tanto. Uruguayos y argentinos, voces de una hermandad accidentada*. Montevideo: Debate, pp. 21-101.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis (2000), *Historia de Falange Española de las JONS*. Madrid: Alianza.
- SAZ CAMPOS, Ismael (2013), *Las caras del franquismo*. Granada: Comares.
- SEGOVIA, Juan Fernando (2005), *La formación ideológica del peronismo. Perón y la legitimidad política (1943-1955)*. Córdoba: Ediciones del copista.
- VELÁZQUEZ, Carlos María (1968), *La política internacional en el pensamiento de Luis Alberto de Herrera*. Shrewsbury: Wilding.
- ZANATTA, Loris (2013), *La Internacional Justicialista. Auge y ocaso de los sueños imperiales de Perón*. Buenos Aires: Sudamericana.
- ZUBILLAGA, Carlos (1976), *Herrera. La encrucijada nacionalista*. Montevideo: Arca.

¿Cómo citar este artículo?

CERRANO, Carolina, "Derechas conectadas. ¿Por qué el herrerismo y el falangismo simpatizaron con el ascenso del peronismo?", en Ernesto BOHOSLAVSKY, Magdalena BROQUETAS y Olga ECHEVERRÍA (editores), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del VII Taller de discusión*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016, pp. 32-46. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas



Instituto del Desarrollo Humano • Universidad Nacional de General Sarmiento

Las derechas en el Cono sur, siglo XX
Actas del séptimo taller de discusión



Instituto del Desarrollo Humano • Universidad Nacional de General Sarmiento

Teléfono: (54 11) 4469-7701/02/03
Fax: (54 11) 4469-7734
e-mail: indh@ungs.edu.ar

NOTAS PARA UNA INVESTIGACIÓN SOBRE UNIVERSIDAD, DESARROLLO Y DERECHAS URUGUAYAS (1958-1973)

¿HACIA LA REACCIÓN O LA MODERNIZACIÓN DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR?

María Eugenia Jung

47

El trabajo que presento es mi proyecto de tesis del Doctorado en Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Nacional de Quilmes, en el cual me propongo reconstruir algunas de las posiciones y proyectos sobre la modernización de la educación superior que impulsaron las derechas uruguayas. Esos procesos se llevaron a cabo en el contexto de apogeo de los debates en el concierto latinoamericano y global sobre el papel de la ciencia y la tecnología y el rol de las universidades para el “desarrollo”. La propuesta prolonga una línea de investigación que se inició con mi tesis de maestría en la que analicé las actividades, formas de organización y redes que tejieron los grupos de derechistas a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta a partir de la reconstrucción histórica de la trayectoria del Movimiento pro Universidad del Norte (MUpN) fundado a fines de 1968 en Salto con el objetivo de crear otra universidad pública en esa ciudad. Nacido al calor de la crisis económica, social y política, de la creciente protesta social y la represión gubernamental de esos años, este movimiento se alineó con la derecha política, reconvirtiendo una demanda localista en una reivindicación propia al tiempo que se incorporó a los debates sobre la modernización universitaria para el “desarrollo nacional” (Jung 2014).

En Uruguay, al igual que ocurría en otros países latinoamericanos, desde mediados de los cincuenta del siglo XX actores de diversas procedencias y signos ideológicos dentro y fuera de la Universidad de la República (UDELAR) discutieron sobre la necesidad de una reorientación académica que adecuara la educación superior a las exigencias de la modernización económica y social. Al despuntar la década de 1960, azuzados por la crisis del sistema educativo y bajo la influencia del discurso desarrollista en boga, es posible detectar los primeros cuestionamientos explícitos de tiendos derechistas a la concepción de que la educación superior debía ser monopolizada por el Estado uruguayo y la Universidad de la República.

Pública y laica desde su creación en 1849, la UDELAR detentaba el monopolio de la educación superior en el país. Desde su configuración original se caracterizó por ser un “complemento de la institucionalidad estatal en el terreno de la enseñanza, con atributos monopólicos y rigurosamente centralizadores” lo cual condicionó su derrotero histórico y determinó su peculiaridad en el contexto regional (Landinelli 1989:74). De hecho, no solo mantuvo la potestad exclusiva de otorgar títulos habilitantes para el ejercicio de las profesiones hasta 1984, sino que concentró una multiplicidad de funciones que en otros países se disgregaron en un sistema diversificado de instituciones.

Tras las intensas movilizaciones estudiantiles que se desarrollaron en 1958, el Parlamento uruguayo aprobó una nueva ley orgánica que le concedió amplia autonomía política, técnica y económica, le permitió contar con total independencia del poder político central para la definición de sus lineamientos en materia educativa e institucional al tiempo que estableció la representación tripartita de los órdenes (docentes, estudiantes y egresados) en sus órganos de conducción. El cogobierno posibilitó que el movimiento estudiantil altamente politizado y en proceso de radicalización se integrara de forma activa al gobierno universitario. A partir de entonces las derechas acusaron a la principal casa de estudios de ser un foco de actuación de los “enemigos ideológicos” (marxistas, fuerzas de izquierda de todos los matices) ante las posturas opositoras al gobierno nacional que paulatinamente fueron asumiendo algunos actores y sectores universitarios desde fines de los cincuenta y, sobre todo, a lo largo de los sesenta. La percepción por parte de algunos sectores conservadores de que la Universidad de la República formaba parte del “enemigo subversivo” alentó que surgieran iniciativas de instalar otros centros de educación superior que neutralizaran el peso de la principal casa de estudios.

También la interna universitaria se vio sacudida por fuertes enfrentamientos en torno a cuál debía ser el rumbo que debía seguir esa institución, su diseño institucional y sus contenidos académicos. Los sectores “reformistas” de la UDELAR promovieron una orientación que privilegiara la investigación científica y tecnológica como vía para el desarrollo, cuyo corolario fue en 1967 el “Plan Maggiolo”. Otros sectores, en cambio, se inclinaron por fortalecer las disciplinas de aplicación inmediata en relación con los sectores productivos y el mercado o por la creación de otras universidades y la instauración de carreras cortas de carácter técnico y aplicado, que garantizaran una rápida salida laboral, alternando entre crear una Universidad Tecnológica en el

interior o institutos superiores no universitarios. Las diferentes concepciones que promovieron las derechas acerca del rol de la universidad —que solaparon distintos modelos universitarios, intereses locales y corporativos y posiciones político-ideológicas— constituyen el centro de esta investigación. En el ambiente general de radicalización que vivía el país, estas distintas visiones pusieron de manifiesto no sólo la existencia de tendencias académicas discordantes, sino también la confrontación de ideologías opuestas. Partiendo de esta breve descripción de mi objeto de estudio, las páginas que siguen se detienen sobre los principales ejes que articulan la propuesta tratando de dar cuenta de algunos de los aspectos problemáticos para su abordaje.

Cruce de campos: entre la historia intelectual, la historia de las universidades y la historia de las derechas

En Uruguay las investigaciones sobre el pasado reciente se incrementaron significativamente en los últimos treinta años, pero las referencias a las organizaciones de derecha, de profusa actividad en la década que antecedió al golpe de Estado recibieron escasa atención académica. Como bien apunta la historiadora Magdalena Broquetas esto no significa que las variadas manifestaciones de las derechas permanecieran ausentes del relato histórico, pero son pocas las investigaciones que las estudien detenidamente en la mediana y larga duración. El término en cuestión ha sido escasamente utilizado por la historiografía nacional que ha preferido el uso de las categorías conservador o conservadurismo (Broquetas 2013, 2014). Sandra McGee Deutsch advierte que esta realidad se verifica en los estudios latinoamericanistas que, sobre todo a partir de la Revolución Cubana, manifestaron una preferencia por el abordaje de la izquierda tradicional o la denominada revolucionaria (McGee Deutsch 2005:21). Rodrigo Patto (2014b) adjudica esta ausencia historiográfica a la descalificación y desprestigio que sufrieron los sectores derechistas en círculos progresistas al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Hoy se puede afirmar que se ha consolidado un campo académico en la región cuyo foco es el análisis de los discursos y las prácticas de las derechas. Seguramente esto tiene que ver, como también advierte Patto, con que en las últimas décadas, en la región y el mundo, la derecha está resurgiendo con nuevo vigor, demostrando su capacidad de renovación, de generar nuevos liderazgos y de atraer apoyo social y soporte electoral (Patto 2014b: 7-10). Sin lugar a dudas la actualidad de la temática está influyendo en ámbitos académicos,

ampliando el interés hacia los actores, organizaciones, ideas y cosmovisiones así como prácticas atribuidas a la derecha.

En Argentina existe una abundante literatura que aborda esta temática. En particular, se destaca desde el 2010 la consolidación en la Universidad Nacional General Sarmiento de un espacio interdisciplinario de intercambio y reflexión permanente sobre estos asuntos cuyos resultados se han presentado en eventos y publicaciones académicas. En Uruguay recientes investigaciones han ido conformando un campo de análisis sobre las derechas que, aunque todavía incipiente y en construcción, se aboca a la reconstrucción de sus organizaciones, sus ideas y, muy especialmente, sus prácticas violentas desde los inicios de la década de 1960 (Bucheli 2013, 2015; Bruno 2007; Broquetas 2014, 2015). Algunos de estos trabajos denotan una intención por comprender en qué momento la violencia política se instaló como parte de la realidad política uruguaya y por proveer otros ingredientes explicativos a lo que Álvaro Rico denominó el lento “camino democrático a la dictadura” (Rico 1989, 2005). Merece una referencia especial la tesis doctoral de Magdalena Broquetas (2014), que profundiza en la reacción de las derechas uruguayas en la primera mitad de la década del sesenta a factores amenazantes sobredimensionados por el contexto de la Guerra Fría. En ella se estudian numerosos movimientos sociales, grupos de presión, organizaciones y facciones políticas, desconocidos o estudiados de manera superficial hasta el momento que actuaron en un período también escasamente transitado por la historiografía uruguaya (1959-1965), dando cuenta de sus vínculos transnacionales (Broquetas 2013, 2014). En una línea similar la tesis de maestría de Gabriel Bucheli analiza la acción organizada y militante de diversas organizaciones derechistas que operaron fundamentalmente a nivel social. Su enfoque utiliza las categorías provenientes del estudio de los movimientos sociales abocadas mayoritariamente al análisis de grupos disruptivos del orden social, profundizando en la relación de estos grupos con la política. El autor pone el foco en dos “impulsos” de la reacción derechista en los períodos 1959-1962 y 1969-1973, constatando líneas de continuidad entre ambos (Bucheli 2015).

Esta propuesta dialoga con este campo de análisis pero acentúa los aspectos culturales de las derechas al centrarse, como se dijo, en sus vinculaciones con la UDELAR y en las ideas que promovió o apoyó sobre el papel de las instituciones de educación superior (en sus diversas variantes) en el “desarrollo nacional”. Como se señaló al comienzo, en el período que me ocupa la percepción de que era preciso que la UDELAR

encarara transformaciones profundas fue compartida por distintos actores de variada procedencia y origen ideológico dentro y fuera del ámbito universitario. Los grupos derechistas objetaron lo que calificaban de perfil “academicista y doctoral” y, en algunos casos, preconizaron una formación orientada a la capacitación en disciplinas técnicas y tecnológicas de aplicación inmediata a los sectores productivos que entendían eran claves para el progreso económico y social nacional.

El punto de vista elegido reconoce, por tanto, una fuerte referencia en los estudios de historia intelectual, de larga tradición en América Latina, que reflexionan acerca del papel de las universidades, intelectuales y técnicos en el marco de los procesos de modernización económica y social. Estos trabajos han priorizado el análisis de los proyectos “reformistas” que se concretaron en las universidades así como del papel de los intelectuales de izquierda, dejando de lado otras visiones sobre la situación de la enseñanza y el futuro de las instituciones de educación superior. Se destacan así los dos volúmenes de la *Historia de los intelectuales en América Latina*, los trabajos de Silvia Sigal, Oscar Terán y Claudio Suasnábar sobre las relaciones entre universidad, sociedad y política y los de Mariano Plotkin y Federico Neiburg sobre el rol de intelectuales y expertos en la institucionalización del conocimiento social. También en ese país se han desarrollando una serie de investigaciones cercanas a esta perspectiva. María Valeria Galván (Galván 2009) analiza los discursos sociales acerca de la agrupación Tacuara en el marco de la Guerra Fría formulados por los miembros de la organización y sus contemporáneos. Juan Luis Carnagui (Carnagui 2010), por su parte, se ocupa de la construcción de un sentido común sobre la “derecha peronista” durante la década de 1970. Se destaca asimismo la producción de la historiadora Laura Graciela Rodríguez, sobre las políticas educativas de la última dictadura argentina y las ideas que diversos grupos de la derecha argentina sostuvieron en relación con la universidad durante ese período (Rodríguez 2011, 2015, 2016)

Para el caso brasileño es de especial relevancia el libro de Rodrigo Patto Sá Motta (Patto 2014a) sobre las complejidades de las políticas universitarias promovidas por el gobierno autoritario en ese país. El autor demuestra que los programas implantados por los militares combinaron el impulso modernizador con las prácticas represivas en un doble movimiento: destructivo y constructivo. En México, Mónica López Macedonio (2010) muestra la incidencia que tuvo el movimiento universitario de tradición católica derechista mexicano “Los Tecos” en la creación y la posterior definición de los

cometidos académicos de una universidad privada y católica en contraposición al único centro de educación superior oficial en el Estado de Jalisco (López Macedonio, 2010).

En el ámbito uruguayo se viene consolidando desde los noventa del siglo pasado un espacio de investigación que prioriza la articulación entre política y cultura y, más exactamente, entre cultura y autoritarismo. El libro de Isabella Cosse y Vania Markarian (1996) indaga en las políticas de conmemoración histórica y los intentos del régimen de “reformular los contenidos y modalidades de la identidad nacional”, a partir de la parafernalia patriótica desplegada a propósito del sesquicentenario de la Cruzada Libertadora en 1825. Cabe mencionar especialmente un reciente trabajo de Markarian (2015) en el cual la autora analiza la política universitaria de la última dictadura (Markarian 2015). Los trabajos de Aldo Marchesi (2001, 2009) se centran en las políticas de comunicación del régimen y en la vinculación existente entre sus políticas culturales y la búsqueda de consenso. Más próxima en el tiempo se encuentra la investigación inédita de Mariana Monné (2014) sobre un conjunto de intelectuales conservadores y su relación con el proyecto autoritario entre 1973 y 1985

Es posible referir otros antecedentes importantes que acreditan la inclusión de este trabajo dentro del campo de estudios sobre las universidades y la educación superior. Los pioneros trabajos de Blanca París y Juan Antonio Oddone sobre el derrotero de UDELAR hasta la sanción de la Ley Orgánica de 1958 tienen un perfil fundamentalmente descriptivo. Blanca París avanzó en etapas posteriores en un libro póstumo que abarca desde la crisis a la intervención de esa casa de estudios por parte del gobierno autoritario en 1973 (París y Oddone 1971 y París 2012). Otros trabajos reconstruyen centros o disciplinas específicas que fueron el resultado, en su mayoría, de los esfuerzos por reconstruir su historia memoria institucional. Entre ellos cabe mencionar los volúmenes de recopilación documental realizados por el Archivo General de la Universidad (AGU) sobre el aniversario de la UDELAR en 2008. Desde el 2010 se ha avanzado en el conocimiento de la historia de la presencia universitaria en el interior del país, que asume una perspectiva que trasciende los aspectos meramente institucionales y pone a la casa mayor de estudios en relación con el medio social, incorporando las demandas, que diversos sectores y actores locales, realizaron con el objetivo de ampliar la cobertura geográfica de la educación superior.

Un conjunto de investigadores del Departamento de Ciencias de la Educación de Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación ha estudiado la relación entre educación y “desarrollo” en la década de los sesenta (Romano 2011; D’Avenia 2012,

2014), asunto que merece especial atención en la propuesta que presento. Cabe mencionar por último los estudios que en las últimas décadas se desarrollaron en el ámbito de la sociología y la ciencia política sobre el papel de la Universidad y otras instituciones productoras de conocimiento en la transición a la democracia y más recientemente sobre la relación entre el saber técnico y la política que incorporaron el concepto de "desarrollo" (Argenti, Filgueira, Sutz 1988; Sutz 1996; Arocena y Sutz 1998, 2005). En el conjunto sobresale el libro de Adolfo Garcé (2005) acerca de la experiencia de la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico en el cual examina las complejas relaciones entre saberes técnicos y formulación de políticas de Estado en un período próximo al que aquí se cubre.

Las derechas: la delimitación de los actores

En sintonía con los planteos de Sandra McGee Deutsch, se ha optado por utilizar el plural en referencia a este campo político, en el entendido de que se ajusta mejor a las distintas realidades históricas. Como advierte la autora, la derecha es sumamente heterogénea, englobando diferentes tradiciones pensamiento político y modalidades de acción. Abarca desde grupos moderados a radicales que en ocasiones han coincidido en tanto en otras han entablado tensas y ríspidas relaciones (McGee Deutsch 2005: 20). En una línea similar Alción Cheroni, en un trabajo de la década de los ochenta, destacaba la pluralidad de formas del pensamiento conservador en Uruguay, proponiendo tres grandes modelos a: el liberal, el reaccionario y el tecnocrático (Cheroni, 1986). Sergio Morresi prefiere recurrir a la metáfora de campo utilizada por Pierre Bourdieu, donde las derechas "aparecen como agentes en conflicto que pueden actuar de forma solidaria cuando el campo mismo se encuentra bajo el asedio de otros campos" (Morresi, 2011). Rodrigo Patto agrega que las "fronteras" que delimitan el espectro de las derechas constituyen un asunto polémico. Mientras la inclusión del conservadurismo clásico y el fascismo parecen concitar un extendido consenso, la ubicación dentro de este conglomerado de las vertientes liberales se vuelve más compleja habida cuenta de sus actuales implicaciones. Tampoco debe olvidarse que sus contornos se han ido delineando en cada contexto histórico particular a partir de la identificación de un enemigo real o imaginado. Sandra McGee Deutsch define a la derecha como una respuesta a "tendencias políticas igualitarias y liberadoras" y a otros factores que puedan socavar el orden social y económico (McGee Deutsch 2005: 21). En el período que me ocupa, el

anticomunismo y la lucha contra el avance izquierdista azuzado por el clima de la Guerra Fría fue fundamental “para su institución como segmento específico del campo político” (Patto 2014b: 7-10). El enfoque elegido se distancia de una concepción que enfatiza únicamente en el carácter opositor y reactivo de las derechas y deja de lado la consideración de sus propuestas y/o proyectos en relación con el rumbo que debía tomar la universidad y la educación superior (Blee y Kimberly 2010: 269-86).

En esta línea, y como fue mencionado, el punto de partida del proyecto es el reconocimiento de que hubo otras formas de pensar y concebir la modernización de la educación superior que se manifestaron dentro y fuera de la UDELAR. Se trata de incorporar al análisis del pasado reciente, y en particular en lo referente a la historia de la Universidad y la educación superior uruguaya, la visión que otros actores políticos, en este caso asociados a la derecha del espectro político nacional, tuvieron sobre los modelos universitarios y su relación con el tipo de “desarrollo” que aspiraban para el país. Se trata de complejizar y problematizar la historia de la Universidad de la República que tradicionalmente ha sido presentada como una institución homogénea y sin fisuras.

Tomando en cuenta estas puntualizaciones, en primer lugar, me propongo considerar los distintos planteos de crear otras universidades públicas y/o privadas que emergieron a lo largo de la década de 1960 en los que convergieron intereses sectoriales, político-ideológicos, corporativos y locales de distinto origen. Se destaca la propuesta proveniente de grupos de la derecha política y católicos de crear universidades privadas; proyecto que no prosperó y se concretó recién en 1984 con la instalación de la Universidad Católica del Uruguay. Concretamente, en 1961, en un contexto de alta movilización y protesta ante una crisis que empezaba a resquebrajar las bases tradicionales de la educación pública uruguaya, dirigentes vinculados a las derechas partidarias, especialmente del sector herrerista del Partido Nacional, impulsaron la creación de una “universidad libre” (lo cual significaba, como en Argentina, privada y católica), que eliminara el monopolio de la educación superior por parte del Estado y de la Universidad de la República. En la iniciativa gravitaron además los intereses de sectores de la Iglesia Católica, institución que mantuvo, según el historiador Mario Etchechury, “ambiguas relaciones” con los grupos mayoritarios del herrerismo en el gobierno (Etchechury 2004). Los impulsores de una universidad privada y católica, además de resaltar los beneficios académicos que su creación reportaría, hacían énfasis en la situación de la UDELAR, filtrada por “tendencias

extrañas a la enseñanza misma y reñidas con el espíritu de las instituciones”.¹ En abril de 1961 el presidente del Consejo Nacional de Gobierno, Eduardo Víctor Haedo, presentó ante ese organismo un proyecto de Ley de Enseñanza Libre que habilitaba la creación de centros privados de educación superior. Este proyecto expresaba claramente la intencionalidad político-ideológica de los sectores nacionalistas mayoritarios en el gobierno y de una parte del clero uruguayo de contrarrestar el peso de las corrientes de izquierda en los organismos directivos de la UDELAR. Asimismo, a lo largo de la década continuaron los debates en torno a la caótica situación universitaria debido a la alta politización de sectores estudiantiles y docentes y a la necesidad de reorientar sus contenidos académicos. En ese marco, diversos sectores derechistas se plegaron a las iniciativas de crear otras universidades en el interior del país para contrabalancear el peso de la UDELAR. En 1968 se constituyó el Movimiento pro Universidad del Norte (MUPN) en la ciudad de Salto. El MUPN expresó la deriva a la derecha de una parte de un amplio movimiento social local que desde mediados de los cuarenta se había aglutinado en torno a la demanda de instalar una universidad en la región. Dan cuenta de su filiación derechista la trayectoria de sus representantes públicos más reconocidos, los apoyos que obtuvo de variados actores sociales y políticos y de los medios de comunicación tanto como su articulación con representantes de la disidencia interna de la UDELAR, que desde comienzos de la década cuestionaban el sesgo político-ideológico que había asumido la institución. La ampliación de sus bases de apoyo y el respaldo que recibió del gobierno central posibilitaron que esta demanda se incorporara a las discusiones político-ideológicas de esos años revitalizando los debates sobre los modelos universitarios y su relación con el tipo de “desarrollo” al que aspiraban las derechas uruguayas (Jung 2013, 2014).

Examinaré los debates político-institucionales y académicos dentro del colectivo universitario sobre las alternativas de reforma con sus consiguientes diseños institucionales y funciones. La escasa bibliografía disponible se ha focalizado en los éxitos y fracasos de los planteos “reformistas” sin ahondar suficientemente en otras posturas que fueron a contrapelo de éstos. Interesa analizar cómo la radicalización creciente impactó en esos debates que se tiñeron de fuertes contenidos político-ideológicos. Esta circunstancia seguramente favoreció la “derechización” de algunos actores universitarios y la asociación de sus propuestas con las derechas. El estudio exhaustivo de las trayectorias de las corrientes intelectuales y políticas, de las

¹ *Tribuna Popular*, 4 de noviembre 1960, p. 3.

discusiones que se llevaron a cabo y de los grupos que las protagonizaron así como de dinámicas de algunos centros que componían la UDELAR, seguramente dará como resultado una comprensión más matizada, compleja y diversa de la que se dispone hasta el momento. Cabe señalar que no existió una única postura sobre estos asuntos; hubo matices y apuestas distintas en función de intereses de diversas procedencias (corporativos, locales e ideológicos). Por esa razón creemos importante prestar atención a cómo se procesaron estos debates en diversos contextos institucionales como en la interna de los espacios profesionales y disciplinares.

No se me escapan las dificultades que supone identificar a lo que aquí llamamos de manera muy amplia actores de derechas, sean éstos individuos o grupos que se posicionaron en ese campo político en el lapso de estas dos décadas. Por un lado, por que quienes participaron de ideologías derechistas (en sus múltiples vertientes) no se reconocían con esa denominación. Por otro, representaron a sectores que fueron perdiendo posiciones de poder en la conducción universitaria y, por tanto, aparecen en forma indirecta en las fuentes institucionales. Esto se complejiza si tenemos en cuenta la propia movilidad político-ideológica de los actores en el contexto de radicalización del período. En la medida que esa radicalización fue en aumento me encuentro con que individuos que originalmente habían sustentado posiciones liberales fueron desplazando sus posturas hacia el espectro de las derechas y confluyendo en argumentaciones e intereses con este campo político-ideológico. Por esa razón, como se mencionó, tomamos como punto de partida las discusiones que involucraron propuestas de reestructura académica para visualizar cómo se fueron posicionando los diversos actores en la medida que estos debates se fueron politizando y las argumentaciones empezaron a tomar un cariz cada vez más ideologizado. Registrar a los individuos y/o grupos, reconstruir sus trayectorias y la red de relaciones que establecieron con agrupaciones profesionales, partidos políticos o agrupaciones gremiales, dará pistas acerca de cómo se fue conformando el campo de las derechas en la interna universitaria.

A partir de la compulsa de fuentes de variada procedencia (documentos institucionales de la UDELAR, prensa periódica de derecha, documentación gubernamental, diagnósticos sobre el estado de la educación) se intentará establecer la relación que existió entre las posiciones y propuestas que se expresaron en la interna del colectivo universitario con los proyectos de crear otras universidades privadas y/o públicas, asociados al amplio espectro de las derechas uruguayas, que surgieron en esos

años signados por la profunda crisis económica, social y política que vivía el país. Se analizará especialmente el impacto que ejercieron sobre estos planteamientos los diagnósticos sobre el sector de los organismos técnicos y las propuestas, de inspiración desarrollista, para su reforma.

Desarrollo, desarrollismo y modernización universitaria

Las propuestas para reformar la enseñanza universitaria en Uruguay y en el resto de los países latinoamericanos estuvieron profundamente influidas por el llamado “desarrollismo”. Éste ejerció una influencia gravitante en las discusiones latinoamericanas y mundiales sobre el papel específico de las universidades en los procesos de institucionalización de la ciencia y la tecnología que formaron parte de las búsquedas de un camino alternativo al desarrollo ante el estancamiento productivo, el atraso de los países periféricos y el fracaso del modelo de crecimiento imperante hasta ese momento. Esta corriente trascendió a la escuela de pensamiento económico que le dio origen, moldeando un clima de época que permeó a distintas capas políticas e intelectuales. Algo similar señala Carlos Altamirano cuando la define como “un espíritu generalizado antes que un grupo ideológico particular”, que tuvo diversos focos de irradiación intelectual y política a los que se sumó un conjunto de instituciones de carácter regional e internacional entre las que tuvo un papel preponderante la Comisión Económica para América Latina (Altamirano 1998: 79). En ese entorno fueron particularmente influyentes las ideas del economista argentino Raúl Prebisch, aportando un cuerpo analítico aplicable a las condiciones históricas específicas de América Latina que fue difundido por esta institución. Sin duda, su esquema centro/periferia fue una de sus contribuciones más influyentes para explicar la desigual configuración de la economía mundial y el lugar que en ella ocupaba el continente debido al deterioro de los términos de intercambio en el comercio entre países periféricos y países centrales. La problemática del desarrollo económico y social se transformó entonces en objeto de debate político intelectual en el campo de las ciencias sociales al tiempo que devino una meta política presente en las agendas de organismos internacionales, gobiernos y partidos políticos. Las connotaciones de este término ampliamente popularizado se entienden en el contexto de un debate que no se constriñó a lo económico sino que fue también político (Blanco 2006: 205).

Los acontecimientos internacionales de comienzos de la década del sesenta vigorizaron la atracción por la cuestión del desarrollo. Entre ellos cabe mencionar la Revolución cubana, y su pronta incorporación al campo socialista, el programa de ayuda norteamericano impulsado por el presidente J.F. Kennedy conocido como “Alianza para el progreso” cuyo objetivo era estimular un plan de reformas económicas y sociales orientadas a superar el subdesarrollo y la miseria para evitar una expansión revolucionaria a la cubana y las encíclicas de Juan XXIII, *Mater et magistra* (1962) y *Pacem in Terris* (1963). El progreso y la mejora de las condiciones económicas y sociales de los países atrasados fueron considerados una condición necesaria para garantizar la estabilidad política y neutralizar potenciales presiones disruptivas. Debe agregarse la influencia que también ejercieron “las teorías de la modernización” de amplia circulación en la academia estadounidense, en diversos ámbitos intelectuales y políticos latinoamericanos.

Aunque ambas corrientes de pensamiento tuvieron puntos de contacto y convergencia en las ciencias sociales latinoamericanas, presentaron a su vez diferencias sustantivas, especialmente por el cuestionamiento desarrollista a la idea de que los países de la periferia superarían el atraso repitiendo la secuencia histórica de las naciones adelantadas, tal como lo proponían las teorías modernizadoras. La idea de la modernización, en cambio, resultó especialmente atractiva en la esfera política estadounidense, traducándose finalmente en recomendaciones políticas del gobierno de John F. Kennedy con el objetivo de contener el avance de un enemigo que se consideraba agresivo y oportunista (Latham 2000). De hecho, su programa de asistencia se inspiró en estas teorías y formó parte del giro de la política exterior de EEUU luego del triunfo de la Revolución Cubana, reinstalando las tensiones propias de la Guerra Fría en el continente latinoamericano. Esta política combinó el impulso al desarrollo económico dentro de los marcos del liberalismo con los programas de entrenamiento de las fuerzas de seguridad de los países de la región a través de programas de defensa interna (Aldrichi 2007: 379-407).

En otro orden, cabe señalar que ya en los sesenta y setenta la influencia del llamado “modelo de universidad latinoamericana” había alcanzado su cenit y comenzaba su paulatino declive. Las universidades públicas fueron el principal blanco de críticas cada vez más encendidas debido a su lentitud e ineficacia para satisfacer las demandas de sociedades en plena modernización, y donde sectores cada vez más vastos de las clases medias urbanas accedían (o presionaban por hacerlo) a la educación superior. La

masificación, la politización y el deterioro de la calidad académica fueron los principales cuestionamientos de que fueron objeto. Como consecuencia en la mayoría de los países latinoamericanos se implementó un proceso de diversificación institucional mediante la creación de otros centros públicos o privados de enseñanza superior e institutos no universitarios de carácter terciario. Este estado de cosas se profundizó luego de la Revolución cubana que ejerció una fuerte influencia en diversos actores universitarios que contribuyeron al proceso de polarización y radicalización de los distintos sectores universitarios. Estos procesos se dieron de manera similar en la UDELAR donde, como expresa Jorge Landinelli,

la funcionalidad de la Universidad entró en crisis, cuando ella dejó de cumplir el papel que le asignaban los grupos dominantes en relación al mantenimiento del orden social”, transformándose en un “factor crítico” y opositor de las políticas conservadoras (y autoritarias) que implementaron los gobiernos de la época (Landinelli 1989:78)

A esto se suma que en la primera mitad de 1960 el sistema educativo uruguayo empezó a manifestar los impactos de la aguda crisis económica, social y política que se venía incubando desde mediados de los cincuenta. En la enseñanza universitaria se expresó en el incremento exponencial de la matrícula y la incapacidad del sistema para cubrir la creciente demanda, la excesiva duración de las carreras, los altos niveles de deserción y el bajo nivel de egresos así como la preferencia de los estudiantes por las carreras de Derecho y Medicina (que concentraban el 56% del alumnado) y no por aquellas ligadas a las áreas productivas. Los problemas señalados respondían a una tendencia global y regional. Como advierte Carmen García Guardilla, desde la segunda mitad del siglo XX el número de estudiantes matriculados en todo el mundo se multiplicó más de seis veces. En este período las universidades latinoamericanas crecieron y se diversificaron de manera extraordinaria, aun cuando ese crecimiento fue desigual según los países (Guardilla 2008: 24).

En Uruguay, único país de América Latina con una sola universidad pública y donde la educación superior era considerada monopolio del Estado, el estudiantado universitario creció 256% de 1939 a 1957, de 4.800 estudiantes a 17.108 (Paris y Oddone 1971:254). Esta tendencia se mantuvo en los años siguientes; entre 1961 y 1968 el incremento fue de un 22% y los ingresos aumentaron un 54% de 1955 a 1966 (Markarian 2011:92-3). En 1972 la UDELAR había alcanzado los 28.453 alumnos (Nahum, Frega, Maronna y Trochón 1993:174). La masificación estudiantil trajo aparejadas las insuficiencias locativas y del cuerpo docente agravadas por la carencia de

recursos para atender la demanda. A esta problemática se sumaba la drástica contracción del gasto de educación en el presupuesto general del Estado, provocando un resentimiento de las actividades del sistema educativo en todos sus niveles y el incremento de las movilizaciones en reclamo de mayores recursos.

Ante esta situación, desde distintas tiendas arreciaron las críticas al estado de la enseñanza universitaria que se percibía deficitaria frente a los requerimientos de la modernización económica y social. Las dificultades señaladas también fueron advertidas tempranamente por el núcleo reformista de la UDELAR y constatadas unos años más tarde, por los estudios realizado por la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE). Este organismo técnico fue creado durante el primer gobierno del Partido Nacional en enero de 1960 con el cometido de “formular planes orgánicos de desarrollo económico” y recibió un renovado impulso un año más tarde luego del lanzamiento de la Alianza para el Progreso. El *Informe sobre el Estado de la Educación*, publicado en dos tomos por el Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social entre 1965 y 1966, proporcionó información sistematizada acerca del sistema educativo, actualizando “la agenda de discusión a las nuevas temáticas que requería la vinculación de la educación con la estrategia nacional de desarrollo” (D’Avenia 2011, 2012). Mientras el primer volumen ofrece un diagnóstico de la situación del sistema educativo en general y por ramas, el segundo se concentra en los planes, incluyendo tanto objetivos y metas como las medidas para alcanzarlos. A través de la Comisión y de sus técnicos se instaló el “desarrollismo en su vertiente político educativa”. Específicamente en el ámbito de la educación superior planteó severas críticas a la UDELAR, destacando la necesidad de modernizar su estructura para adaptarla a los cambios del país y del mundo. Los señalamientos más importantes referían al bajo rendimiento y eficiencia del sistema debidos a que la duración de las carreras era superior a la fijada por los planes de estudio, la desequilibrada distribución de estudiantes por área, el alto nivel de deserción estudiantil y la baja representación de sectores pobres a pesar de la gratuidad. En la misma línea el informe proponía una serie de medidas para enfrentar esta situación como la selección del alumnado de enseñanza media para racionalizar el ingreso a la UDELAR, el establecimiento de normas para regularizar los estudios universitarios, la implementación de una política de becas para alumnos con menores recursos y orientadas a las facultades científicas y tecnológicas y la creación de una Facultad de Educación.

Como señala Adolfo Garcé (2005, 84-5) los diagnósticos y recomendaciones de la CIDE junto con la idea de la planificación permearon a todos los sectores políticos y sociales. Por tanto, no es de extrañar que desde tienditas derechistas se adoptara la idea del desarrollo y su asociación con la reforma de la educación. Es claro que en el fondo de los debates sobre el futuro de la educación superior se estaba discutiendo el futuro del país y su "desarrollo" en medio de lo que era percibido como la mayor "crisis nacional". Como se dijo, la investigación pretende abordar las ideas y proyectos que promovieron o apoyaron relativas al papel que las instituciones de educación superior, en sus diversas variantes, debían desempeñar para el "desarrollo nacional". La preocupación por la reforma educativa, que se generalizó en el contexto de la crisis de los sesenta, fue de la mano con el tipo de "desarrollo" que, en particular, estos actores políticos concebían. En consonancia con ello, y bajo la influencia del desarrollismo, la discusión involucró asuntos como la relación entre país agrario e industrial, el impulso al sector agropecuario, la función del Estado y de la iniciativa privada en el desarrollo económico, el planeamiento económico y el estancamiento productivo. La investigación se propone entonces indagar cómo los sectores derechistas incorporaron la idea del desarrollo y cómo significaron su relación con la modernización universitaria tratando de vislumbrar las posibles diferencias así como las tensiones que se manifestaron a la interna de este campo político. En suma, se trata de someter al análisis histórico el concepto de "desarrollo" y conocer cómo el mismo fue apropiado y/o resignificado por este campo político en sus variadas vertientes.

Recapitulando

La investigación pretende avanzar en el conocimiento de las ideas y proyectos que las derechas uruguayas promovieron o apoyaron en relación con el papel de las instituciones de educación superior para el "desarrollo nacional" en un contexto de búsqueda de soluciones a lo que se consideraba la peor "crisis nacional". La visión de que la UDELAR precisaba cambios sustantivos fue compartida por todos los actores y sectores políticos y sociales dentro y fuera de la institución, ambientando las discusiones sobre una reorientación académica que adecuara la educación superior a los requerimientos de la modernización del país. Estas discusiones involucraron a actores de diversas procedencias y signos ideológicos que expresaron diferentes visiones sobre su futuro así como alternativas ante el estancamiento productivo y la crisis económica

y social. Las divergencias estuvieron dadas por el rumbo que esos cambios debían adoptar. Los planteos emergentes fueron permeados por los conceptos de “desarrollo” y “modernización” acuñados también por las ciencias sociales en franco crecimiento desde mediados de los cincuenta y por la decisiva influencia de los modelos provenientes de la academia y las agencias estatales norteamericanas que consideraron a la educación un sector prioritario en los procesos modernizadores. En esta línea se ubican los mencionados diagnósticos acerca de la situación del país y, particularmente, de la realidad universitaria y de las propuestas que surgieron de la experiencia de la CIDE. A partir de sus conclusiones, se intensificaron los cuestionamientos al estado de la enseñanza universitaria que se consideraba deficitaria frente a las exigencias de la “modernización”.

Los problemas señalados respondían, por otra parte, a una tendencia global y regional. La investigación, por tanto, debe tomar en cuenta que las disputas locales en torno a las funciones de la universidad no fueron ajenas a la situación de los sistemas universitarios en los países latinoamericanos y en el mundo que en esa misma época asistieron a un incremento exponencial del número de estudiantes matriculados y a una inédita diversificación y diferenciación institucional. En este sentido, se procura articular la situación del sistema educativo uruguayo y los intentos para modernizarlo con otros casos en América Latina. Queda por ahondar más en las posibles influencias recíprocas, y en cuánto estos procesos locales se vieron influenciados por la circulación de ideas, personas y agendas fuera de las fronteras nacionales.

Por último, la visualización de los actores y/o grupos que en el transcurso de estos debates asumieron posturas conservadoras y la reconstrucción de las redes que tejieron pueden constituir un punto de observación interesante para entender los cambios y reconfiguraciones que se produjeron en el seno de las derechas uruguayas en las décadas estudiadas.²

Bibliografía

ALTAMIRANO, Carlos (1998). “Desarrollo y Desarrollistas”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, n. 2

² Nota de los editores: Para los interesados en conocer más sobre algunos de los rasgos que tomaron las organizaciones derechistas en Uruguay en el mismo período, se pueden consultar los textos de Gabriel Bucheli y Magdalena Broquetas presentes en estas mismas actas.

- BLANCO, Alejandro (2006). *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina* Buenos Aires: Siglo XXI
- BLEE, Kathlee M., CREASAP, Kimberly A (2010). "Conservative and right-wing movements". *Annual Review of sociology*, n.36.
- BROQUETAS, Magdalena (2014). *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)* Montevideo: Ediciones Banda Oriental.
- BROQUETAS Magdalena (2015). "Una lucha sin fronteras: la derecha 'demócrata' y la embestida anticomunista en Uruguay de finales de la década de 1950", *Cahiers des Amériques Latines*, n.79 Disponible en: <https://cal.revues.org/3644>
- BRUNO, Mauricio (2007). *La caza del fantasma. Benito Nardone y el anticomunismo en Uruguay*. Montevideo: FHCE-Departamento de Publicaciones
- BUCHELI, Gabriel (2015). "O se está con la patria o se está contra ella". Movimientos sociales de derecha en Uruguay 1960-1974", tesis de la Maestría en Estudios Latinoamericanos-FHCE/UDELAR
- CALDELARI, María y FUNES, Patricia (1997). "La Universidad de Buenos Aires, 1955-1966: Lecturas de un recuerdo", en Enrique Oteiza (coordinador), *Cultura y política en los años 60* Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires, pp.17-41
- CARNAGUI, Juan Luis (2010). "La construcción de un sentido común sobre la 'derecha peronista' de los años '70". en *Antíteses*, v.3, n.5 <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/1933/193314445009.pdf>
- CARNAGUI, Juan Luis (2015). "¿Entre la derecha peronista y grupos paraestatales? La ofensiva de la Concentración Nacional Universitaria en la Universidad Nacional de La Plata (1973-1975)", en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (eds.) *Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del sexto taller de discusión*, Los Polvorines, pp. 66-83. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas
- CHERONI, Alción (1986). *El pensamiento conservador en Uruguay* Montevideo: Claeh.
- D'AVENIA, Lucas (2012). "La CIDE y el campo pedagógico uruguayo: actores, producción de conocimiento y agenda política". En *Seminario "Ciencia, educación y desarrollo en el Uruguay de los sesenta"*, Montevideo Departamento de Ciencias de la Educación/FHCE y Archivo General de la Universidad

D'AVENIA, Lucas (2014), "Desarrollismo y educación en Uruguay en los 60. Aproximación a la producción de conocimiento sobre educación y a la agenda de la política educativa de la CIDE" *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*. Año 5, n.5

ETCHECHURY, Mario (2004). "Entre el Colegiado y el Vaticano II. Renovación eclesial y política en el catolicismo uruguayo pre-conciliar. 1958-1962", monografía de pasaje de curso, FHCE/UDELAR.

GALVÁN, María Valeria (2009). "Discursos de los organismos de inteligencia argentinos sobre el Movimiento Nacionalista Tacuara en el marco de la primera Guerra fría". *Antíteses*, v. 2, n. 4. Disponible en <http://www.uel.br/revistas/uel/index.php/antiteses>

GALVÁN, María Valeria (2012). "Publicaciones periódicas nacionalistas de derecha: Las tres etapas de Azul y Blanco [Azul y Blanco 1956- 1960. Segunda República 1961-1963, Azul y Blanco -segunda época- 1966-1969]", tesis de Doctorado de la Universidad Nacional de La Plata

GARCÉ, Adolfo (2005). *Ideas y competencia política en Uruguay (1960-1973). Revisando el "fracaso" de la CIDE* Montevideo: Trilce.

GARCÍA GUARDILLA, Carmen (ed) (2008). *Pensadores y forjadores de la universidad latinoamericana* Caracas: CEDES, IESALC-UNESCO.

JUNG, María Eugenia (2013a). "De la Universidad del Norte a la Universidad para el desarrollo (1968-1970). Las posiciones de las derechas sobre el futuro de la educación superior". *Contemporánea: Historia y problemas del siglo XX* v.4, n.4

JUNG, María Eugenia (2013b). "La descentralización universitaria en Uruguay. Los intentos de crear una Universidad en Salto". *Avances del Cesor*, v.10

JUNG, María Eugenia (2014). "La educación superior entre el reclamo localista y la ofensiva derechista. El Movimiento pro Universidad del Norte de Salto (1968-1973)", tesis de la Maestría de Ciencias Humanas, opción Historia Rioplatense. FHCE/UDELAR

JUNG, María Eugenia (2015). "El Movimiento pro Universidad del Norte de Salto. Del reclamo localista a la ofensiva de las derechas (1968-1973)." *Passagens. Revista Internacional de Historia Política y Cultura Jurídica*, v. 3/2

JUNG, María Eugenia (2016). "Una universidad para Salto: de demanda localista a la agenda de los grupos de derecha radical (1968-1970)". *A Contracorriente*, v. 3, n.2 Disponible: <http://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/index>

LATHAM, Michael E (2000). *Modernization as Ideology. American Social Science and "Nation building" in the Kennedy Era*, Chapel Hill and London: The University of North Carolina Press.

LÓPEZ MACEDONIO, Mónica Naymich (2010). "Historia de una colaboración anti-comunista transnacional. Los Tecos de la Universidad Autónoma de Guadalajara y el gobierno de Chiang Kai-Shek a principios de los setenta" *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, v.1, n.1

MARKARIAN, Vania (2011). "Apogeo y crisis del reformismo universitario. Algunos debates en torno al 'plan Maggiolo' en la UDELAR". *Pensamiento Universitario*, n. 14

MARKARIAN, Vania (2015). "La Universidad intervenida. Cambios y permanencia de la educación superior uruguaya durante la última dictadura (1973-1984)" *Cuadernos Chilenos de Historia de la Educación*, n. 4

MCGEE DEUTSCH, Sandra (2005). *Las derechas. La extrema derecha en Argentina, Brasil y Chile, 1890-1939*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes

Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico. Comisión Coordinadora de los Entes de la Enseñanza (1966), *Informe sobre el Estado de la Educación en Uruguay. Plan de Desarrollo Educativo* Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social.

MORRESI, Sergio (2011). "Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en Argentina (1955-1983)". En Ernesto BOHOSLAVSKY (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión* Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

NIEBURG, Federico y PLOTKIN, Mariano (comp.) (2004). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.

PARIS DE ODDONE, Blanca (2010). *La Universidad de la República. Desde la crisis a la intervención*. Montevideo, Universidad de la República.

PATTO SÁ MOTTA, Rodrigo (2014a). *As universidades e o regime militar. Cultura política brasileira e modernização autoritária* Rio de Janeiro: Zahar

PATTO SÁ MOTTA, Rodrigo (2014b), "Apresentação". En *Varia História* v.30, n.42.

RICO, Álvaro (1989). 1968: *El liberalismo conservador. El discurso ideológico desde el Estado en la emergencia del 68*. Montevideo: FHCE.

RICO, Álvaro (2005). *Cómo nos domina la clase gobernante. Orden político y obediencia social en la democracia posdictadura Uruguay 1985-2005*. Montevideo: Trilce

RODRÍGUEZ, Laura Graciela (2011). *Católicos, nacionalistas y políticas educativas en la última dictadura (1976–1983)* Rosario: Prohistoria.

RODRÍGUEZ, Laura Graciela y SOPRANO, Germán (2009). “La política universitaria de la dictadura militar en la Argentina: proyectos de reestructuración del sistema de educación superior (1976–1983)” en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* disponible en <https://nuevomundo.revues.org/56023>

ROMANO, Antonio (2010). *De la Reforma al Proceso. Una historia de la enseñanza secundaria de 1955–1975* Montevideo: Trilce

SIGAL, Silvia (2002). *Intelectuales y poder en la Argentina: La década del sesenta* Buenos Aires: Siglo XXI.

SUASNÁBAR, Claudio (2004). *Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955–1976)* Buenos Aires: Manantial, Flacso.

¿Cómo citar este artículo?

JUNG, María Eugenia, “Notas para una investigación sobre universidad, desarrollo y derechas uruguayas (1958–1973) ¿Hacia la reacción o la modernización de la educación superior?”, en Ernesto BOHOSLAVSKY, Magdalena BROQUETAS y Olga ECHEVERRÍA (editores), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del VII Taller de discusión*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016, pp. 47–66. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

DEL RURALISMO AL PACHEQUISMO:

¿UNA NUEVA DERECHA POPULISTA Y AUTORITARIA?

Magdalena Broquetas

Desde hace algunos años estudio las prácticas, la ideología y las redes vinculares de las derechas uruguayas en los años sesenta, procurando inscribirlas en tradiciones ideológicas y familias políticas rastreables desde las primeras décadas del siglo XX y durante la Guerra Fría. Lo que aquí plantearé son algunas reflexiones primarias, de carácter tentativo, basadas en lo que he investigado sobre el ruralismo en el primer lustro de los años sesenta. Puntualmente, mi intención consiste en: 1) proponer la utilidad de algunas categorías analíticas y sus usos en la magra historiografía sobre el ruralismo y el pachequismo; 2) visibilizar en ambos movimientos rasgos compartidos y novedosos con respecto a sus antecesores; 3) delinear algunos ejes para el estudio conectado de ambas manifestaciones.

67

Un rompecabezas incompleto: tras la huella de las derechas en la historia y la historiografía

Aunque hay cuatro décadas de estudios sobre la crisis de los años sesenta, el autoritarismo y la dictadura, aún no hemos logrado respuestas satisfactorias ante la pregunta de por qué el golpe de Estado. Todavía manejamos explicaciones históricas insuficientes sobre los motivos, los actores sociales, los problemas y las opciones en juego en el momento del quiebre institucional y esto se debe, en buena medida, a la vacancia de estudios sobre las derechas. Sin dudas, permanece pendiente un abordaje histórico que tome en cuenta intereses, proyectos, alianzas y conflictos del vasto universo de grupos derechistas que actuaron en la época con trayectorias, propuestas y anclajes en culturas políticas diversas. Indagar en esta diversidad –y en el difuso horizonte de ideas compartido que les permitió unirse en momentos de crisis– probablemente arroje explicaciones más complejas sobre lo ocurrido en este período, así como sobre las causas y los rumbos cambiantes de la dictadura.

En esta oportunidad propondré la existencia de una vertiente derechista que, provisoriamente y aceptando la caracterización propuesta por Francisco Panizza

(1990:124) denominé “populista y autoritaria” Esta tendencia se fue estructurando entre mediados de los años cincuenta y comienzos de los setenta; sin desvincularse totalmente de los partidos políticos, les trascendió y acabó desarrollando manifestaciones novedosas en la matriz política de Uruguay. La corriente en cuestión se organizó inicialmente en torno al ruralismo (un movimiento gremial que terminó deslizándose al terreno político-partidario) y tuvo una continuación reconocible en tópicos y definiciones ideológicas, pero sobre todo en las tramas vinculares (locales y transnacionales) y en las bases sociales del pachequismo, movimiento político impulsado por y organizado en torno a Jorge Pacheco Areco, Presidente de Uruguay entre 1967 y 1972.

Parto de la hipótesis de que en el transcurso de la crisis de los años sesenta, el ruralismo tras tomar posesión de numerosos espacios del gobierno, funcionó como ámbito de convergencia de distintos grupos y actores derechistas y actuó como pivote en torno al cual se establecieron alianzas a distintos niveles. En los últimos años de la década el pachequismo habría heredado no solo parte del elenco político ruralista sino también esta plataforma de alianzas y conexiones con actores locales y transnacionales, consolidando una derecha suprapartidaria, populista y autoritaria. Para comprobar o desestimar esta hipótesis resulta fundamental estudiar detenidamente y en perspectiva histórica el trasiego de elencos, tópicos y redes vinculares desde el ruralismo hacia el movimiento identificado con la figura de Pacheco.

Problemas teórico-metodológicos: conceptos y perspectivas en discusión

La pregunta que comparto en este taller y que da título a la exposición presenta problemas de diverso tipo. Para ser más clara diría que hay problemas terminológicos y de enfoque. Entre los primeros, los tres conceptos que están dentro de la pregunta son objetables, ambiguos, polisémicos y muy generales. Desde la apertura del taller nos referimos a uno de los problemas que enfrentamos todos los que trabajamos en este campo. Me refiero al reciente uso de la categoría de análisis “derechas” que ha posibilitado empezar a considerar la diversidad de un universo de grupos sociales que hasta hace poco no estaban estudiados o, si lo estaban, no reconocían matices. Vale recordar que hasta hace muy poco tiempo la historiografía hacía un uso prácticamente indiscriminado de los conceptos “conservador” y “conservadurismo” aplicados a objetos de es-

tudio que difícilmente pueden encasillarse en esos marcos tan estrechos.¹ Volveré a referirme a esta tendencia un poco más adelante.

Sumado a esto, los conceptos “populismo” y “autoritarismo” también presentan problemas. En ambos casos se trata de términos muy amplios, aplicables a ideologías, movimientos políticos y regímenes de origen y naturaleza muy diversa. En el caso del “populismo”, si tuviéramos que consensuar algunos rasgos básicos definitorios se destaca el anti-elitismo, la apelación a la movilización social (el vínculo con las masas) y la presencia de líderes carismáticos con un discurso de fuerte componente emocional. Se trata de un concepto polisémico y ambiguo, que ha sido usado tanto por los actores de época como por los analistas para representar muy distintas realidades políticas. Hay quienes hablan de populismo de izquierda (intervencionismo, estatismo, justicia social, antiimperialismo) y populismo de derecha (promoción de medidas antidemocráticas en nombre del “pueblo” que se justifican por la creación de un clima de “emergencia”, identificación con el capitalismo). No obstante, en ambos casos la clave estaría en la comunicación y el vínculo con las masas y la idea de que preservar el poder y mantener la hegemonía política tiene que ver con la popularidad entre las masas. En Uruguay parece haber predominado el uso peyorativo del término “populismo” al que los analistas han adjudicado connotaciones negativas, con frecuencia extrapolando valoraciones propias de los actores estudiados. Un ejemplo de esta tendencia puede encontrarse en la antinomia “populismo/neobatllismo” esbozada por Germán D’Elía (1982) en su caracterización del período comprendido entre 1946 y 1958.

En el caso del “autoritarismo”, también se trata de un concepto muy amplio que admitiría más de una definición. El denominador común para los distintos usos de este concepto estaría en el exceso de autoridad y la restricción de libertades. Asimismo, la idea de autoritarismo remite al rechazo al pluralismo político, el ejercicio del poder concentrado en una persona (personalismo) o una elite reducida y al rechazo de la movilización de las masas.

En segundo lugar, me detendré en los problemas de enfoque: ¿cómo se ha estudiado hasta ahora al ruralismo y al pachequismo y en qué medida se ha atendido al vínculo entre ambos? Es necesario dilucidar esto para avanzar y proponer caminos novedosos a la hora de examinar estos fenómenos. Vayamos, entonces, a la

¹ Esta tendencia fue abordada en numerosos artículos que analizan el caso argentino presentados en ediciones anteriores de este taller.

historiografía. En Uruguay ésta ha sido fundamentalmente partidocéntrica, no ha atendido en profundidad otras manifestaciones de lo político y, como ya señalé, no ha abundado en el examen retrospectivo de las derechas (Caetano, Rilla, Pérez 1987:51-52). En la última década la historiografía latinoamericana asistió al surgimiento y consolidación de un campo de estudios sobre las derechas que paulatinamente ha ido ampliando sus arcos temporales e incorporando nuevos temas y actores sociales (a modo de ejemplo de esta diversidad pueden repasarse las actas de las seis ediciones anteriores de este taller). Dicha perspectiva supone una novedad para el caso uruguayo, donde es reciente la adopción del eje “izquierdas y derechas” para centrarse en la segunda de estas familias políticas.

A partir de la década de 1980, en un contexto signado por la última dictadura, se publicaron trabajos que examinaban actores sociales de derecha. En ese entonces el denominador común fue el uso unánime de los términos “conservador” y “conservadurismo” para analizar un universo social heterogéneo, que excedía esas nociones, y el predominio de estudios centrados en las dos primeras décadas del siglo XX (Cheroni 1986; Caetano 1992, 1993; Barrán 2004). Esta tendencia se mantuvo a lo largo de los años siguientes, avanzando hacia el período de la dictadura terrista (1933-1938) y los primeros años de la década de 1940 e incorporando al análisis nuevos fenómenos políticos y grupos sociales (Camou 1988; Caetano y Jacob 1989-1991; Oddone 1990; Alpini 1999; Aldrighi 2000; Rodríguez Ayçaguer 2009; Bruno y Duffau 2010).

Si se avanza en la cronología, la historiografía prácticamente no ha estudiado a las derechas en el período comprendido entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la crisis económica que se manifestó desde los últimos años de la década de 1950, exceptuando los estudios pioneros de Raúl Jacob (1981) sobre el movimiento ruralista y los trabajos de Carlos Zubillaga (2007, 2009 y 2015) acerca de la supervivencia de ideas y emprendimientos político-culturales filo-falangistas. Recién en la última década una serie de estudios enfocados en los años sesenta del siglo XX abrevó de esta renovación teórica global que postula el uso de la categoría “derechas” para designar y analizar sujetos y prácticas sociales muy variadas (Bucheli 2012 y 2013; Jung 2014; Broquetas 2014).

Si apenas se ha estudiado por separado el ruralismo (Jacob 1981; Bruno 2007) y el pachequismo (Panizza 1990., De Sierra 1992; Chagas y Trullen 2005, Di Girogi 2010), es aún más notorio el vacío historiográfico que encontramos al postular una lí-

nea de continuidad entre ambos movimientos y la participación de éstos en la formación de una derecha con rasgos nuevos. A comienzos de la década de 1970, en un texto pionero y que se despegaba en varios sentidos del tipo de análisis predominante en la época, Carlos Real de Azúa sugería esta continuidad, también insinuada por José Rilla en el prólogo al libro de Jorge Chagas y Gustavo Trullen. Rilla planteaba que “investigar a Pacheco y al pachequismo obliga[ba] a retroceder por lo menos hasta 1958 y dese allí a la crisis del Uruguay, de sus partidos e instituciones” (Chagas y Trullen 2005: 12). En este texto también se alude a una imagen muy elocuente en relación a la caracterización que planteamos en esta oportunidad: una anciana llora ante la noticia de la muerte de Pacheco y recuerda que “fue el único gobernante que se preocupó por los más débiles”.

Franciso Panizza, en un texto ya clásico que estudia la construcción de hegemonías en la formación política uruguaya, no vacila en identificar a Nardone y a Pacheco como nuevos ejemplos de “populismo conservador”, ambos ubicados como actores por fuera de los partidos (Panizza 1990: 122). Aunque Panizza sugiere la continuidad de las estrategias discursivas de estos dos actores, se centra fundamentalmente en la figura de Pacheco como “populista autoritario” en la medida que instaura un régimen centrado en el Poder Ejecutivo que presenta un gran desprecio hacia las maquinarias partidarias, en un contexto donde los partidos políticos estaban muy debilitados como canales de representación y el Estado dejaba de ser un espacio de articulación de alianzas y compromisos. Panizza se pregunta cómo pasó Pacheco de ser una figura marginal a ser el principal líder del Partido Colorado y el candidato más votado en las elecciones de noviembre de 1971. Debió construir una imagen y organizar una fuerza política propia y es allí donde aparece esta idea de un “populismo autoritario” ejercido desde el gobierno (Panizza 1990:122-138). Panizza también pone el foco en el uso recurrente que Pacheco hace de la metáfora de la soledad –en alusión a su reiterada frase “Solo con mi pueblo”- que lo coloca por encima y por fuera de la formación política y en relación directa con ese “pueblo” abstracto y atemporal.

Entre los antecedentes bibliográficos también debemos considerar el abordaje de Álvaro Rico, que se pregunta a nivel más teórico sobre la reestructuración conservadora de la sociedad uruguaya a fines de los años sesenta. Postula que, a diferencia del liberalismo clásico, bajo el gobierno de Pacheco se concretó el rechazo de la demanda social y su permanente sanción. Rico (1989) posiciona a 1968 como momento clave del ajuste económico y recambio del personal del Estado

La primera mitad del siglo XX: las derechas en la crisis del liberalismo

Retomemos aquí una de las preguntas guías de esta reflexión: ¿por qué pensar en una “nueva derecha”? ¿qué es lo que tiene de nuevo? Y, ¿cuáles serían los rasgos compartidos entre ruralismo y del pachequismo que nos permiten sostener una línea de continuidad y postular el carácter “populista” y “autoritario”? En las tres primeras décadas del siglo XX, en simultáneo con el asentamiento de un orden político democrático y liberal, Uruguay asistió a la conformación de lo que José Pedro Barrán ha llamado una paradójica derecha democrática en alusión a esta opción meramente circunstancial, puesto que estuvo impulsada por las clases altas, poderosos grupos económicos y la Iglesia Católica, todos ellos con un bagaje ideológico de escaso contenido democrático (contrarios al igualitarismo, desconfiados ante la participación de las masas y, partidarios del predominio del talento sobre el número). En los hechos, las garantías democráticas resultaron funcionales al freno al reformismo impulsado por los gobiernos batllistas. Sin embargo, los fundamentos de la democracia política fueron vulnerados tan pronto ésta dejó de ser una garantía para el control que estos grupos ejercían sobre el gobierno (Barrán 2004: 103-118).

En 1929, ante un nuevo impulso reformista del batllismo (creación de nuevas empresas estatales y obtención en 1930 de la mayoría en el Consejo Nacional de Administración, una de las dos ramas del Poder Ejecutivo Colegiado) la vida democrática pasó a ser un escollo para los intereses de estos mismos sectores que impulsaron una “nueva ofensiva conservadora”. La de 1930 fue una década de oro para las derechas uruguayas que recobraron el control del gobierno y desplegaron su actividad en un contexto regional e internacional favorable. En 1933 el Presidente Gabriel Terra dio un golpe de Estado, amparado en un acuerdo con sectores de ambos partidos mayoritarios y con el apoyo de las gremiales empresariales y los grandes propietarios rurales. Los sectores golpistas defendían la idea de una “revolución”.

El “terrismo” gobernó hasta 1938 y, aunque fue permeable a la influencia de los fascismos europeos, no puede decirse que haya sido un régimen fascista. El fascismo italiano, pero sobre todo el falangismo y luego el franquismo, despertaron fuertes simpatías entre jóvenes burgueses e intelectuales uruguayos que en el transcurso de los años treinta fundaron diversas agrupaciones, numéricamente poco significativas y con escasa proyección social. No obstante, lo más significativo es que en los años treinta

Uruguay no permaneció al margen de la cultura transnacional fascista y, en efecto, las derechas partidarias, de raigambre liberal conservadora, compartieron una forma de ver el mundo y ciertos valores de época con estas agrupaciones antiliberales. Entre las actitudes y creencias compartidas más extendidas se encuentran el cuestionamiento a la democracia liberal, el anticomunismo, la xenofobia, el antisemitismo y la condena al igualitarismo. Sin embargo, no encontramos bajo el terrismo un rechazo al parlamentarismo y al pluripartidismo, ni un proyecto viable de consolidación de un Estado corporativo. El elenco terrista manifestó simpatías por los fascismos, pero estuvo alejado de ellos en sus realizaciones políticas.

Entre las distintas ideologías antiliberales en boga en los años treinta, el falangismo y el franquismo tuvieron particular incidencia en la sociedad uruguaya. Como han probado Aldrichi (2000) y Zubillaga (2015) varios sectores adhirieron al alzamiento de Franco y a su tesis “cruzadista” favorable a un hispanismo que restituyera la unidad hispanoamericana sobre la base del catolicismo.

En síntesis, hasta los inicios de la Guerra Fría vamos a encontrar una derecha elitista, integrada casi exclusivamente por las clases altas y representante de sus intereses, contraria a la masificación y popularización de la política. Se trata de derechas asimiladas dentro y representadas por los partidos políticos mayoritarios -Nacional y Colorado- que desde los años treinta albergan bajo un mismo lema un amplio espectro de sectores que van desde la izquierda hasta la derecha. Sus posiciones acerca de la democracia oscilaron entre su adopción pragmática y el rechazo a esta forma de gobierno asociada con el liberalismo en crisis. No obstante, lo fundamental, y lo que establecerá la diferencia con otros contextos, fue que se consolidaron y actuaron en el período de entreguerras y expansión totalitaria, lo cual otorgó un telón de fondo propicio para el cuestionamiento del orden liberal y sus formas de democracia.

Al consolidarse la Guerra Fría, en simultáneo con el declive mundial de los fascismos y el ascenso de Estados Unidos como nueva potencia hegemónica, la cultura política dominante era otra y el mapa local de las derechas había cambiado. En él ya no había lugar público para las diversas modalidades de fascismos y extremismos ni para la crítica antidemocrática. Este marco fue propicio para el desarrollo de derechas “demócratas” y “liberales” y la construcción de enemigos “antidemocráticos” identificados con diversas manifestaciones de comunismo, nacionalismo y populismo (Bohoslavsky e Iglesias 2015:115-117).

Sin embargo, ni las derechas extremas se habían extinguido, ni los actores de época manejaron una noción monolítica sobre lo que debía ser la “democracia” y su condición de “demócratas”. En este contexto surgieron y actuaron los movimientos de-rechistas que nos ocupan y que, en distinto grado, se escabulleron de la senda liberal-conservadora tradicional. Retomo, por lo tanto, la idea de que es fundamental ensayar nuevas modalidades de estudio para comprender estos fenómenos. En el trabajo de Panizza -donde se proponen las categorías empleadas en este ensayo y se sugiere la continuidad entre ambos movimientos- encontramos un análisis del discurso y además del discurso de los referentes, de los líderes principales. Si queremos adoptar estas categorías debemos pensar en abordajes empíricos y considerar nuevos puntos de partida como la idea de una cultura política en común entre estos dos movimientos o los paralelismos en la conformación de elencos de gobiernos y la prolongación de vínculos en diferentes escalas. A continuación presentaré muy brevemente el ruralismo y el pachequismo e identificaré algunos rasgos compartidos con el objetivo de validar este camino de análisis.

Guerra Fría y condena a los totalitarismos: ¿nuevas derechas o derechas renovadas?

Los orígenes del movimiento ruralista se remontan al final de la dictadura de Terra en 1938 y los prolegómenos de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, el ruralismo tuvo su apogeo una década más tarde cuando se enfrentó a un sindicalismo numéricamente significativo y poderoso. Su base social estuvo conformada fundamentalmente por las capas medias y bajas rurales. Originalmente fue un movimiento gremial que persiguió el objetivo de democratizar la Federación Rural a impulso del terrateniente, abogado y político colorado riverista Domingo Bordaberry, quien tuvo su principal apoyo en Benito Nardone, una de las figuras que encontramos como nexo con el pachequismo. Se trató de una corriente supra-partidaria que identificó una amenaza para sus intereses en el Estado, nuevamente conducido por sectores batllistas, y en la conflictividad social en ascenso. Sobre este punto cabe señalar que desde el gobierno de Juan José de Amézaga (1943-1947) se retomaron algunos de los principales postulados del primer batllismo en materia de justicia social e intervencionismo estatal. También a partir de este momento se fue haciendo más nítida la separación entre las dos corrientes batllistas que para las elecciones nacionales de 1946 quedaron identificadas con las

listas 15 y 14. El quincismo liderado por Luis Batlle Berres, con su defensa a ultranza del modelo de industrialización por sustitución de importaciones y el dirigismo económico, fue uno de los blancos frecuentes de la virulenta prédica ruralista contra lo que interpretaban como un Estado fustigador de los productores agropecuarios y un sistema de partidos corrupto. En 1951 esta tendencia rompió definitivamente con la Federación Rural y creó la Liga Federal de Acción Ruralista, que se fue nutriendo de militantes de variada procedencia.

En su balance sobre el ruralismo antes de acceder al gobierno nacional, Raúl Jacob señala que fue un movimiento conservador pero innovador a la vez (en sus formas de movilización y organizativas y en su auto-identificación como “centrista”). Sin reconocerse plenamente como antiliberal, no hay duda de que fue una corriente crítica del liberalismo político y del parlamentarismo y, al menos en su primera etapa, defensora de un modelo económico de participación corporativa (Jacob 1981:169-172). Quienes han intentado hacer una genealogía del pensamiento conservador uruguayo, como Alción Cheroni, lo ubican como un “conservadurismo reaccionario”. Para este autor estaríamos ante un caso de “movilización tutelada”, un modelo “reaccionario” que incorpora la participación de las masas pero controlándolas, obturando cualquier salida política propia (Cheroni 1986: 147-149).

El ruralismo coincidió en sus “enemigos” con la derecha política de los Partidos Nacional y Colorado: el batllismo quincista y las izquierdas. En el año 1958, mediante una alianza con el sector herrerista del Partido Nacional, obtuvo cargos en el Senado y el Poder Ejecutivo, compuesto por un colegiado de 9 miembros.

Inmediatamente después de asumir el gobierno el acuerdo se rompió y reconfiguró. Nardone y sus seguidores se separaron del líder nacionalista, Luis Alberto de Herrera, quien falleció en ese contexto, y terminaron por alejarse definitivamente de la vertiente herrerista que reivindicó para sí el calificativo de “ortodoxo” y se reconoció heredera de esa disputa. No obstante, la alianza se reorganizó bajo el nombre de Eje herrero-ruralista, identificado con las figuras de Benito Nardone y Martín Echegoyen por el Partido Nacional.

Después de la muerte de Nardone en marzo de 1964 el ruralismo mantuvo el acuerdo con este sector del nacionalismo partidario, aunque en los años siguientes el movimiento fue perdiendo peso en la arena política. A comienzos de la década de 1970 la viuda de Nardone y algunas de las principales figuras se unieron al movimiento reeleccionista organizado en torno al Presidente Pacheco.

A continuación quisiera enumerar algunas constantes de la acción del ruralismo en el gobierno hasta comienzos de 1967, particularmente entre 1959 y 1963, período en que obtuvo la mayoría en el Consejo Nacional de Gobierno (Broquetas 2014: 199-234):

- a) Intenso reforzamiento de los lazos con la diplomacia legal y encubierta estadounidense. Benito Nardone y Juan María Bordaberry fueron los interlocutores privilegiados de la embajada de EEUU y de la CIA en Uruguay.
- b) Criminalización de la protesta social y estigmatización de los movimientos sociales. En ellos se proyectó la figura del “enemigo interno”, abonada con un fuerte discurso antisindical.
- c) Numerosos intentos por introducir modificaciones jurídicas en materia represiva o de restricción de libertades individuales.
- d) Escaso apego a la legalidad democrática (numerosas insinuaciones de golpe de Estado y arengas a las Fuerzas Armadas para que ocuparan nuevos roles)
- e) Impulso de la modernización de las fuerzas policiales (reconfiguración de las fuerzas de seguridad interna que implicó la actualización en materia de archivos y tecnología represiva y nuevas modalidades en la capacitación del personal para las tareas de inteligencia y la contención de la protesta civil).

Jorge Pacheco era un hombre históricamente ligado a la vida partidaria, en concreto al Partido Colorado, al que estaba vinculado por sus orígenes familiares y como militante del sector “vierista”, que abandonó al finalizar la década de 1940 para acercarse sus primos Batlle Pacheco, hijos de José Batlle y Ordóñez. Gracias a este vínculo se integró al diario *El Día* y al sector “catorcista” del batllismo, contrario al liderazgo y la proyección política de Luis Batlle Berres. En 1962 obtuvo una banca como diputado y por esos años jugó un importante papel en la conformación de la Unión Colorada y Batllista, el sector que acercó a la lista 14 a otros grupos de derecha del partido y sublema por el cual Pacheco fue electo Vicepresidente en 1967. Accedió a la Presidencia el 6 de diciembre de 1967 después de la súbita muerte del General Oscar Gestido. A partir de ese momento inició uno de los períodos de gobierno más controvertidos de la historia uruguaya.

Sin respaldo electoral propio, Pacheco buscó el apoyo de los distintos sectores colorados que le acompañaron hasta la adopción en 1968 de medidas prontas de seguri-

dad y la promulgación del decreto de congelación de precios y salarios que garantizó una política de choque contra la inflación. Desde entonces solo mantuvo el apoyo de la Lista 15 –que tras la muerte de Luis Batlle en 1964 cambió su tradicional orientación económica por el liberalismo– y para garantizar su gobernabilidad pactó un acuerdo con el sector herrerista Alianza Nacional, liderado por Martín Echegoyen, para ese entonces ya un sólido aliado del ruralismo.

Retomando una tendencia que ya puede reconocerse en la administración de Gestido, Pacheco reforzó el ingreso al gabinete ministerial de técnicos y empresarios sin participación político-partidaria previa (ese fue el caso, entre otros, de Jorge Peirano Facio, Carlos Frick Davie, Alejandro Vegh Villegas). Su gobierno se caracterizó por el uso reiterado de legislación de excepción (medidas prontas de seguridad, militarización de trabajadores, suspensión de garantías individuales) y el empleo de la fuerza represiva para contener la protesta social.

Entre 1969 y 1972 nombró como Ministro de Ganadería y Agricultura a Juan María Bordaberry, ruralista, hijo del fundador del movimiento, de extracción colorada blancoacevedista, senador por el herrero-ruralismo entre 1963 y 1965. Tras la muerte de Nardone, Bordaberry defendió ante sus correligionarios la permanencia de la Liga Federal de Acción Ruralista en la arena política, erigiéndose en uno de sus líderes principales. No obstante, en 1969 se unió al Partido Colorado y se transformó en un cercano colaborador del presidente Pacheco.

Al finalizar el período de gobierno, Jorge Pacheco había generado un movimiento en torno a su persona (“pachequismo” para sus defensores, “pachecato” según sus detractores) que impulsó la formación de la Unión Nacional Reelectionista. En las elecciones de 1971 no logró la cantidad necesaria de los votos para reformar la constitución y acceder a un segundo mandato constitutivo acompañado por Juan María Bordaberry como compañero de fórmula, pero fue el candidato que obtuvo mayor respaldo por parte de la ciudadanía. Con estos resultados la Presidencia de la República recayó en Bordaberry, también integrante de una fórmula sustituta, prevista en caso de que no prosperara el proyecto de reelección. Durante la dictadura Pacheco ejerció como embajador uruguayo en España, Suiza y Estados Unidos.

Para finalizar, además de volver a resaltar la incorporación al pachequismo de varias figuras relevantes que venían del ruralismo o de su marco de alianzas, quisiera dejar planteadas algunas similitudes en las prácticas y definiciones de estos movimientos y ciertas líneas de continuidad en diferentes niveles que abonan la idea de una perspectiva como la que propuse inicialmente, focalizada en el estudio de las prácticas, las trayectorias políticas, y los vínculos de dirigentes y militantes de ambas corrientes. Entre esos puntos de contacto destaco:

- 1) La forma en que conciben el rol del Estado, tanto en lo que tiene que ver con el papel que le asignan en la conducción económica –subráyese aquí el afianzamiento de vínculos con los organismos internacionales de crédito y la defensa de un modelo liberal- como en el mantenimiento del orden y la defensa irrestricta del principio de autoridad, incluso si eso supone vulnerar el Parlamento o el Poder Judicial
- 2) Una concepción que deja a los partidos políticos en un segundo plano; Pacheco emerge dentro del Partido Colorado, pero no es un “hombre de partido” y para el ruralismo los partidos tienen carácter puramente instrumental.
- 3) Apoyos sociales en común: empresarios, gremiales patronales, sectores populares (rurales en el primer caso y urbanos en el caso de Pacheco) y capas medias no politizadas, militares y policías.
- 4) Lugar preponderante otorgado a los técnicos y a las soluciones técnicas.
- 5) Voluntad de racionalizar la administración pública y el impulso a proyectos de modernización del Estado.
- 6) Estrechos vínculos con las Fuerzas Armadas
- 7) Los lazos con el gobierno de Estados Unidos y con el apoyo que la diplomacia encubierta de ese país brindaba a organizaciones paramilitares y parapoliciales locales.
- 8) Un imaginario en relación al “enemigo interno” y al diagnóstico de decadencia nacional (izquierdas partidarias, movimiento sindical, movimiento estudiantil, manifestaciones culturales “foráneas” y partidos políticos).
- 9) Constante apelación a y la defensa de las “masas”, entendiendo por tales a las mayorías silenciosas y despolitizadas.
- 10) Numerosas conexiones con derechas de la región, en particular de Argentina.

Bibliografía

- ALDRIGHI, Clara (2004). “La injerencia de Estados Unidos en el proceso hacia el golpe de Estado. Informes de la misión de Seguridad Pública y la embajada de Uruguay (1968-1973)”. En MARCHESI, Aldo, MARKARIAN, Vania, RICO, Álvaro, YAFFÉ, Jaime (coords.), *El presente de la dictadura. Estudios y reflexiones a 30 años del golpe de Estado en Uruguay*. Montevideo: Ediciones Trilce, pp. 35-50.
- ALDRIGHI, Clara (2000). “La ideología antisemita en Uruguay. Su contexto católico y conservador (1870-1940)”. En VARIOS AUTORES, *Antisemitismo en Uruguay. Raíces, discursos e imágenes (1870-1940)*. Montevideo: Ediciones Trilce, pp. 129-224.
- ALDRIGHI, Clara (2012). *Conversaciones reservadas entre políticos uruguayos y diplomáticos estadounidenses. Uruguay y Estados Unidos. 1964-1966. La diplomacia de la Guerra Fría. Selección de documentos del Departamento de Estado*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- ALDRIGHI, Clara (2007). *EL CASO MITRIONE. LA INTERVENCIÓN DE ESTADOS UNIDOS EN URUGUAY (1965-1973)*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- ALONSO, Rosa y Carlos DEMASI (1986). *Uruguay 1958-1968: crisis y estancamiento*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- ALPINI, Alfredo (1999). “Uruguay en la era del fascismo”, *Relaciones*, n. 184.
- BARRÁN, José Pedro (2004). *Los conservadores uruguayos. 1870-1933*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- BOHOSLAVSKY, Ernesto y Mariana IGLESIAS (2014). “Las guerras frías del Cono Sur: Argentina, Brasil, Chile y Uruguay (1945-1952)”. *Opsis*, vol.14.
- BROQUETAS, Magdalena (2014). *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- BRUNO, Mauricio (2007). *La caza del fantasma. Benito Nardone y el anticomunismo en el Uruguay (1960-1962)*. Montevideo: Fhce.
- BRUNO, Mauricio y Nicolás DUFFAU (2010). “El espejo francés: manifestaciones del conservadurismo uruguayo ante el régimen de Vichy”, *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, vol.1.
- BUCHELI, Gabriel (2012). “Organizaciones “demócratas” y radicalización anticomunista en Uruguay. 1959-1962”, *Contemporánea: Historia y problemas del siglo XX*, vol 3.
- CAETANO, Gerardo (1992 y 1993), *La república conservadora. 1916-1929*, 2 vol. Montevideo: Editorial Fin de Siglo.

- CAETANO, Gerardo y Raúl JACOB (1989-1991). *El nacimiento del terrismo (1930-1933)*, 3 vol. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- CAETANO, Gerardo, José RILLA, Pablo MIERES y Carlos ZUBILLAGA (1985). *De la tradición a la crisis. Pasado y presente de nuestro sistema de partidos*. Montevideo: CLAEH-Ediciones de la Banda Oriental.
- CAETANO, Gerardo, José RILLA y Romeo PÉREZ (1987). “La partidocracia uruguaya. Historia y teoría de la centralidad de los partidos políticos”, *Cuadernos del CLAEH*, n. 44.
- CHAGAS, Jorge, TRULLEN, Gustavo (2005). *Pacheco. La trama oculta del poder*. Montevideo: Rumbo Editorial.
- CHERONI, Alción (1986). *El pensamiento conservador en el Uruguay*, Montevideo: CLAEH.
- D’ ELÍÁ, Germán (1982). *El Uruguay Neo-batllista*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- DEMASI, Carlos (2001). “1968. Del neobatllismo al autoritarismo”, *Revista Encuentros*, n. 7.
- DI GIORGI, Ana Laura (2010). “¿Sólo con mi pueblo? Sobre la supuesta debilidad del respaldo político parlamentario del presidente Pacheco”. *Cuadernos de Historia Reciente*, n. 6.
- JACOB, Raúl (1981). *Benito Nardone: el ruralismo hacia el poder (1945-1958)*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- JUNG, María Eugenia (2014). “La educación superior entre el reclamo localista y la ofensiva derechista. El Movimiento pro Universidad del Norte de Salto (1968-1973)”, Tesis de Maestría en Ciencias Humanas, opción Historia Rioplatense. Montevideo: FHCE/UDELAR.
- ODDONE, Juan (1990). *Uruguay entre la depresión y la guerra. 1929-1945*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- PANIZZA, Francisco (1990). *Uruguay: batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- REAL DE AZÚA, Carlos (1988). *Partidos, política y poder en Uruguay. 1971, coyuntura y pronóstico*. Montevideo: FHCE.
- RICO, Álvaro (1988). *1968. El liberalismo conservador. El discurso desde el Estado en la crisis*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

RODRÍGUEZ AYÇAGUER, Ana María (2009). *Un pequeño lugar bajo el sol. Mussolini, la conquista de Etiopía y la diplomacia uruguaya. 1935-1938*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

ZUBILLAGA, Carlos (2015). *Una historia silenciada. Presencia y acción del falangismo en Uruguay (1936-1955)*. Montevideo: Librería Linardi y Risso.

ZUBILLAGA, Carlos (2007). “Inmigración gallega y proselitismo franquista en Uruguay (1936-1956)”, *Anuario del Centro de Estudios Gallegos*.

¿Cómo citar este artículo?

BROQUETAS, Magdalena, “Del ruralismo al pachequismo: ¿una nueva derecha populista y autoritaria?”, en Ernesto BOHOSLAVSKY, Magdalena BROQUETAS y Olga ECHEVERRÍA (editores), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del VII Taller de discusión*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016, pp. 67-81. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

¿LAS FALSAS DERECHAS?

INTEGRISMO CATÓLICO Y ANTICOMUNISMO EN MÉXICO Y ARGENTINA, 1961-1974

Luis Herrán Avila

Siguiendo la invitación de Pierre Rosanvallon a estudiar lo político a partir de una historia conceptual y contextual que considere a las ideas y representaciones como “materia estructurante de la experiencia social” (Rosanvallon 2003:46), este trabajo presenta y somete a discusión algunas ideas sobre la noción de “falsas derechas” y los vínculos transnacionales trazados por el pensamiento y los pensadores que movilizaron dicho concepto. El análisis se enfoca en la noción de “falsas derechas” como concepto político; es decir, como campo polémico establecido por y entre actores que se definieron a sí mismos, a sus compañeros de viaje y a sus enemigos, en base a una noción de autenticidad atravesada por ideas de legitimidad, ortodoxia y verdad en la manera de “ser de derechas.” Para aterrizar la discusión, se aborda la manera en que esa noción de “falsas derechas” fue articulada, implícita y explícitamente, por dos exponentes del integrismo católico latinoamericano. Me refiero al padre Joaquín Sáenz Arriaga y al doctor Carlos Disandro, quienes no sólo se erigieron como voceros y defensores de la Iglesia, la tradición, y el orden jerárquico en México y Argentina respectivamente, sino que además hicieron parte importante, y quizá poco estudiada, del mapa visible de los vínculos entre el pensamiento católico y las derechas latinoamericanas durante la Guerra Fría, particularmente a raíz del momento crítico representado por el Concilio Vaticano II.

Con el objeto de difuminar las fronteras artificiales que pudieran ser trazadas por el paralelismo o lo comparativo, se plantean tres preguntas fundamentales: ¿Qué representaban las “falsas derechas”? ¿Qué función cumplió esta noción dentro del imaginario teológico-político del pensamiento católico de derechas? ¿Qué canales de comunicación conceptual y trans-contextual establecieron sus postulantes? En torno a estas interrogantes, el análisis busca ubicar la idea de las “falsas derechas” en el marco de la lógica de la conspiración, cuyos promotores suponen validada por una percepción de la realidad social y política constantemente determinada por la acción de enemigos (Bohoslavsky 2009). Por otro lado, se enfatiza que, a pesar de su poder explicativo, el núcleo

conspirativo de “las falsas derechas” no agota ni clausura los significados contextuales, estableciendo incluso, para los casos de Sáenz Arriaga y Disandro, un interesante diálogo entre dos personajes que se imaginaron como partidarios de una tradición y una ortodoxia contextualmente disidente o “en resistencia.”

Masonería, judaísmo y el complot contra la Iglesia

Uno de los fenómenos más impresionantes, en la crisis angustiosa que padece el mundo de nuestros días, es, a no dudarlo, la falsía, el disimulo, la simulación y la hipocresía, con que hoy el mal se esconde, se disfraza y se adueña progresivamente de las instituciones más sanas y refractarias al influjo del error y del vicio. Son las infiltraciones sigilosas, imperceptibles, que después de entrar sin ser sentidas, se expanden, y se adueñan, y dominan, y corrompen, y asocian a los incautos a los ataques demoledores de los adversarios; son “las falsas derechas”, que pululan hoy en todas partes, para destruir, desde dentro, engañar a los buenos y paralizar, cuando menos, las legítimas defensas de los que luchamos o queremos luchar por la conservación y defensa de nuestro patrimonio espiritual... Las infiltraciones en la Iglesia son el peligro más grave, la amenaza más aterradora para el Catolicismo contemporáneo... Y esas infiltraciones abarcan todo el organismo viviente de la Iglesia. Infiltraciones judaicas, infiltraciones masónicas, infiltraciones comunistas, que todas ellas vienen a ser la misma cosa. Por eso el lenguaje del “progresismo” se asemeja tanto al lenguaje de la Kabala, del Talmud, de las logias y sectas esotéricas del comunismo internacional (Saénz Arriaga 1969:1)

Hacia 1969, fecha en que circuló su texto titulado *Las falsas derechas*, el padre Joaquín Sáenz tenía una amplia y polémica trayectoria como denunciante de la infiltración de “enemigos” dentro de la Iglesia. Formado como jesuita en el seminario de Loyola, este “armado caballero de la milicia ignaciana” (según palabras de su biógrafo Antonio Rius Facius) fue un opositor ferviente a las corrientes progresistas dentro del catolicismo, y, por supuesto, un detractor convencido de las políticas secularizantes del Estado posrevolucionario mexicano. En efecto, Sáenz se vinculó desde la década de 1930 al grupo de sacerdotes y seglares que formaron la Unión Nacional de Estudiantes Católicos, vinculada al Partido Acción Nacional, y a su vez con la Federación de Estudiantes de Jalisco, fundadora, en 1934, de la Universidad Autónoma de Guadalajara, emblema de la derecha católica post-cristera y de los grupos cívicos y empresariales contrarios al proyecto oficial de educación pública y laica. En la década de 1940, Sáenz se desempeñó como director de la Confederación Nacional de las Congregaciones Marianas, y más tarde como profesor en el Instituto Militarizado Oriente, de la ciudad de Puebla. Junto a los también jesuitas Jorge Vértiz y Manuel Figueroa, Sáenz fue una figura clave en el proyecto de atracción y adoctrinamiento de la juventud católica en las

ciudades de Puebla y Guadalajara, el cual produjo no pocos conflictos entre los propios jesuitas y el mundo universitario en esas ciudades (González 2005).

Entre los pupilos más destacados del padre Sáenz destacaría Ramón Plata Moreno, fundador del Frente Universitario Anticomunista en 1955 en Puebla, y más tarde cabeza visible del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), grupo de estudiantes de preparatoria y universidad seguidores con presencia en la ciudad de México, Puebla y Guadalajara. El MURO se destacó por su catolicismo militante, sus ritos de iniciación, una estructura militarizada semi-secreta, sus frecuentes intervenciones en la esfera pública a través de la prensa y la propaganda escrita, y por no pocos episodios de violencia callejera contra estudiantes izquierdistas. Marginado por el recambio generacional y doctrinario dentro de la orden jesuita y las tensiones, tanto locales como globales, entre tradicionalismo y progresismo, Sáenz renunció a la Sociedad de Jesús, y se acercó aún más los jóvenes del FUA/MURO, a su vez patrocinados por empresarios de Monterrey y Puebla y por la sociedad secreta de extrema derecha conocida como Los Tecos.

A raíz de las posturas ecuménicas del concilio Vaticano II y más concretamente del acercamiento doctrinal con el judaísmo promovido por los “progresistas”, Sáenz hizo más evidente su postura disidente con respecto a Roma y participó del grupo de sacerdotes que hicieron circular, entre la curia tradicionalista, el documento *Complotto contra la Chiesa* (1962), obra escrita supuestamente por el propio Sáenz bajo el pseudónimo de Maurice Pinay. El libro denunciaba los antecedentes “modernistas” de Paulo VI, Giovanni Montini, y sus vínculos con el judaísmo y la masonería. Al culminar el concilio, en 1965, Sáenz circuló *Con Cristo o Contra Cristo*, que denunciaba al “progresismo” por su misión destructora de la unidad de la iglesia y su desconocimiento de la llamada “doctrina inmutable.” En esos años, la noción de “progresismo” ocuparía un lugar clave en el pensamiento y postura políticos de Sáenz, condensando la lógica de la conspiración supuestamente organizada por los enemigos eternos de la Iglesia: los judíos, los masones, los comunistas, los demócrata-cristianos y los “nuevos” jesuitas (Santiago Jiménez 2014).

La Conferencia Episcopal Latinoamericana de 1968 fue, para Sáenz, la validación de sus denuncias sobre el progresismo como ariete de la subversión, dedicando los años siguientes a vincularse con agrupaciones tradicionalistas de España e Italia, al tiempo que desafiaba las reprimendas del cardenal Darío Miranda por sus ataques a la investidura papal y por sus vínculos con el MURO, grupo condenado públicamente por Mi-

randa dada su propensión a la violencia y lo que consideraba una distorsión de los principios cristianos. Eventualmente, Sáenz se alejó del MURO arguyendo que se trataba, precisamente, de una iniciativa de las falsas derechas para radicalizar al movimiento estudiantil y atraerlo hacia el bando comunista, a través de la “mano hebrea” de su líder Plata Moreno (Sáenz 1972:96).

La “aportación” más significativa de Sáenz al debate teológico global fue su defensa, tanto en México como en Europa, de las tesis del sedevacantismo, que postulaban la ilegitimidad de Paulo VI y por ende declaraba a la Santa Sede como “Sede Vacante.” En 1971 Sánchez publicó *La nueva iglesia montiniana* donde argumentaba que la aceptación de la libertad y pluralidad religiosas, y la modernización de la liturgia defendidas por Paulo VI constituían un golpe decisivo de la conspiración judeo-masónica para entregar la Iglesia a sus enemigos. Empeñado en cuestionar la legitimidad de la jerarquía emanada del papado espurio, Sáenz denunció también los avances del progresismo en México, específicamente las actividades del llamado “Obispo Rojo de Cuernavaca”, Sergio Méndez Arceo, quien colaboraba con el teólogo benedictino Gregorio Lemerrier y el sacerdote Iván Illich, en el Centro Intercultural de Documentación (CIDOC), señalado por Sáenz y sus partidarios como foco de la subversión marxista en México.

La campaña sedevacantista de Sáenz fue apoyada por la extrema derecha incrustada en la Universidad Autónoma de Guadalajara, vieja aliada de Sáenz, y que se había hecho el hábito de denunciar al progresismo católico en las páginas de la revista *Réplica* de la Federación Mexicana Anticomunista (FEMACO). *Réplica* se referiría al CIDOC como promotor del cambio violento y centro del progresismo en México, “desde el cual se conjugan los gritos zapatistas de Méndez, las alboradas freudianas de Gregorio Lemerrier, y las guerrillas a que se ha entregado el jesuita de desconocido origen Iván Illich”. En una maniobra sintomática, *Réplica* derivaría su postura frente al progresismo con base en una lectura de quienes eran sus “enemigos”, entre los que se encontraban el propio Sáenz Arriaga y el padre Julio Meinvielle, a quien la revista admiraba como “símbolo cultural de la ortodoxia argentina.” (Marcos 1969:5-10)

Tras su excomunión por edicto del cardenal Miranda, Sáenz continuó su campaña sedevacantista en un contexto de creciente polarización a raíz de la radicalización de la izquierda revolucionaria latinoamericana, el ascenso de la Teología de la Liberación y la presidencia de Salvador Allende en Chile, signos inequívocos, según Sáenz, de los

efectos de la “Populorum Progressio” de Montini, y su supuesto amparo al materialismo y la destrucción total de la ortodoxia y tradición católicas.

¡No hay duda! La iglesia está llena de infiltrados, que pugnan por hacer el juego al enemigo y reformar o reestructurar la obra divina a su antojo y capricho... Estas infiltraciones no son el fruto de una generación espontánea. Alguien las hizo. Fueron planeadas con tiempo, con paciencia, con experimentos, con dinero. Fueron realizadas con suma habilidad, con tacto exquisito, con inteligencia diabólica (Sáenz Arriaga 1969:2)

Volviendo al texto de Sáenz que motivó este trabajo, la noción de “falsas derechas” tuvo pues una función ideológica y contextual específica: le sirvió al cura sedevacantista como concepto aglutinador para definir no al enemigo sino a las fuerzas, a veces abstractas y trans-históricas, a veces concretas y contextuales, que contribuían, consciente o inconscientemente, a la acción de los enemigos que buscaban la destrucción de la Iglesia desde adentro. Así, por ejemplo, la democracia cristiana (que incluía al Partido Acción Nacional) y el movimiento sinarquista heredero de los cristeros formarían también parte de las “falsas derechas”, en tanto apelaban al legado de la Revolución mexicana y servirían, según los tradicionalistas, como preparativo al advenimiento del “socialismo comunizante.” El MURO², de indudables credenciales anticomunistas y católicas, sería también vehículo e instrumento de esa misma conspiración, en tanto su líder Ramón Plata se mantuvo al margen del sedevacantismo de Sáenz, y terminó enfrentado con el grupo de la Universidad de Guadalajara, acusado de ser agente del “falso tradicionalismo” impulsado por los demócrata-cristianos en alianza con la organización Tradición, Familia y Propiedad, del brasileño Plinio Correa. En el plano internacional, incluso Jean Ousset, líder de la agrupación franco-hispano-argentina Ciudad Católica, fue catalogado por Sáenz no como “enemigo” sino como ideólogo sin “una lucha franca” ni “confrontación abierta,” temeroso de nombrar al enemigo verdadero (Sáenz 1969:4-5).

La última publicación de Sáenz, *Sede Vacante* (1973) fue alabada, defendida y difundida de manera entusiasta en diarios de circulación nacional por los periodistas católicos Rene Capistrán Garza y Antonio Rius Facius (también biógrafo de Sáenz). Marginado de la jerarquía católica, Sáenz se convirtió en una de las influencias clave para el grupo de ideólogos y activistas de extrema derecha al frente de la Federación

² Nota de los editores: en relación a estas organizaciones y la articulación de catolicismo y derechas en México puede verse SANTIAGO JIMÉNEZ, Mario V., “El Yunque de México: ¿conspiración de ultraderecha o vertiente de las derechas conservadoras?”, en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (eds.) Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del quinto taller de discusión, Los Polvorines, 2014, pp. 62-81. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

Mexicana Anticomunista, quienes a lo largo de la década de 1970 a través de la revista *Réplica* denunciaron la infiltración y conspiración jesuíticas, los peligros del progresismo, y los diversos tipos de subversión (política, social, cultural, moral) promovidos por agentes de la conspiración marxista.

En esta veta, las conexiones del anti-progresismo mexicano y argentino no eran menores. Algunos textos de Sáenz fueron editados en 1964 por la editorial bonaerense Nuevo Orden, que también publicó obras del revisionista mexicano Salvador Borrego, de los argentinos Leonardo Castellani, Jordán Genta, Leopoldo Lugones, y Julio Meinvielle; así como textos clave de Jacques Maritain, Ramiro de Maeztu, Charles Maurras, José Antonio Primo de Rivera y Mao. El escrito *Las falsas derechas* circularía en la Argentina justo después de su publicación en *El Cruzado Español* (Barcelona) gracias a la Editorial Montonera, creada y dirigida por el Dr. Carlos Disandro.

Formado en filología y adherente a la teología neo-tomista, Disandro se desempeñó como profesor en la Universidad de La Plata, fungiendo además como ideólogo de una vertiente clave de la derecha sindical peronista. Disandro se ubicó activamente en los debates sobre la laicidad de la educación y la universidad, y, como Sáenz, fue un crítico temprano de las tendencias progresistas dentro de la Iglesia, particularmente a raíz del papado de Juan XXIII. Como han señalado los trabajos de Juan Luis Carnagui (2013) y Juan Iván Ladeuix (2007)³, Disandro desarrollaría ampliamente el tema de la “conspiración sinárquica” a través de su revista *La Hostería Volante* y otros escritos. Sin ser un concepto estrictamente original, la idea de sinarquía sirvió a Disandro para dar sentido a los cambios que se llevaban a cabo al interior del catolicismo, y que, en el imaginario de estas derechas, eran a su vez manifestación de las fuerzas que empujaban los procesos políticos y sociales a nivel global. Disandro definiría a la sinarquía como “una convergencia radical de principios de poder” contrapuestos y tendientes a la liqui-

³ Nota de los editores: sobre estos autores pueden consultarse trabajos presentados en ediciones anteriores del taller: CARNAGUI, Juan Luis, “¿Entre la derecha peronista y grupos paraestatales? La ofensiva de la Concentración Nacional Universitaria en la Universidad Nacional de La Plata (1973-1975)”, en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (eds.) *Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del sexto taller de discusión*, Los Polvorines, 2015, pp. 66- 83 y Juan Ladeuix, “Los últimos soldados de Perón: Reflexiones en torno a la violencia paraestatal y la derecha peronista a través de una experiencia local, 1973-1976”, en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (eds.) *Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del segundo taller de discusión*, Tandil, Secretaría de Investigación FCH-IEHS/UNICEN, 2012. Ambos están disponibles en www.ungs.edu.ar/derechas

dación de la Iglesia, idea que lo llevó a leer la realidad argentina de los años sesenta y setenta bajo el supuesto de una minoría poderosa que tras establecer de manera clandestina las estructuras de un Gobierno Mundial se encontraba ya en proceso de “concentración sinárquica” demostrado por la convergencia de cristianismo, judaísmo y comunismo en el progresismo católico. Al igual que el padre Sáenz, Disandro imaginó y teorizó la conspiración sinárquica como un dispositivo de explicación que abarcaba tanto a los enemigos como a los “tontos útiles”, es decir, a actores, grupos y fuerzas que, respondiendo sin saberlo a los dictados del Gobierno Mundial, allanarían el camino para la destrucción del único poder que podía hacerle frente: el de la Iglesia Católica.

Así, a mediados de la década de 1960, Disandro “confirmaba” el vínculo entre el “aggiornamiento frondiciaco” y la instauración de una tecnocracia que liquidaría al peronismo como fuerza nacional en alianza con los poderes militar, eclesiástico y civil para entregar el país al Gobierno Mundial. Disandro fue, pues, un crítico del desarrollismo que permeó las capas de la burocracia estatal y de las propias Fuerzas Armadas, desde Frondizi hasta la “Revolución Argentina” de 1966, y al cual vio como proceso ligado al progresismo y su revolución ideológica cristiana (Disandro 1973: 14). Respecto a ésta última, Disandro insistió en el papel clave de la Compañía de Jesús como “columna vertebral del magisterium sinárquico” que tenía como fin transformar a la Iglesia y al poder militar de acuerdo al designio del “evolucionismo y el desarrollismo de la Jesuit Company”. (Disandro 1973: 16) Así, el ecumenismo postconciliar y el jesuitismo serían las armas de un enemigo que

ha cuidado todas las estructuras, todas las modulaciones, todas las salidas... Todo parece previsto y calculado, todo parece de antemano propicio para el triunfo de los enemigos sinarquistas y sus mandantes o personeros de la Compañía de Jesús (Disandro 1973:28)

Conforme transcurría el onganiano, Disandro realizaba una lectura de la crisis del régimen en clave sinárquica, atribuyendo a los jesuitas el avance de “poderes superestatales, contranacionales, enemigos de la verdadera justicia social.” (Disandro 1973:39) Para 1970, Disandro afirmaba que era necesario “ponerse la careta de peronistas y montoneros nacionales” ante “la subversión jesuita, antinacional, guerrillera y anti-peronista” y el fracaso de “la falsa derecha de la gestión Onganía” (Disandro 1973:40). Así, la única salida posible de la llamada trampa sinárquica era la restauración del mo-

mento peronista de 1945, en su vertiente más nacional-soberanista, enfocada en los principios de mando, autoridad y poder como bases para fundar el Nuevo Estado Argentino. En ese sentido, Disandro representó una especie de anomalía con respecto a otras versiones “restauracionista” de la derecha en las que podrían ubicarse otras lumbreras de la extrema derecha católica como Jordán Bruno Genta y su discípulo Carlos Sacheri, para quienes el peronismo representaba, ya desde su vertiente populista de 1949, un salto atrás en la verdadera revolución nacionalista y cristiana. Disandro, por otro lado, entendió al peronismo como único posible repositorio de la “voluntad nacional” y a Perón como “caudillo político indiscutible” (Disandro 1973:48-49), el único capaz de convocar a la unificación de lo popular y lo nacional.

Pese a esa divergencia, en el ámbito de las derechas peronistas el conspiracionismo de Disandro abrevó y formó parte de un lenguaje político marcado por ciertas nociones del enemigo, la anti-patria y extranjero/anti-nacional, diseminadas desde tribunas públicas en la radio y la prensa por figuras del nacionalismo de entreguerras como Virgilio Filippo, Julio Meinvielle, Julio Irazusta y Hugo Wast, entre otros. En contraste con los usos anti-peronistas del dispositivo conspiracionista, Disandro se sirvió de la noción de sinarquía para dar cuenta de las crisis del peronismo antes y después del regreso de su líder, los cuales entendió, casi invariablemente, como resultado de una vasta confabulación de fuerzas que fraguaban la entrega de la nación a la subversión y a los intereses financieros mundiales mediante el desgaste y quebranto del peronismo “desde adentro.” El uso de la sinarquía como dispositivo explicativo permitió a Disandro (y a sus seguidores y compañeros de viaje dentro de la derecha peronista) darle un tono analítico a su manera de racionalizar la realidad nacional e internacional, desde una postura que se asumiría como ortodoxa, cuya verdad y rectitud por encima de otras se confirmaba por el hecho de asumirse en un estado de asedio y resistencia constantes ante las fuerzas de la conspiración.

Conclusión: sinarquía, falsas derechas e integristas políticos

Pese a sus distancias contextuales, las nociones de “falsas derechas” y “sinarquía” aparecen ligadas por un “parecido de familia” que remite no sólo a un ámbito lingüístico sino al tipo de imágenes e imaginarios convocados por figuras como Disandro y Sáenz para dar cuenta de las rupturas al interior de los catolicismos y los nacionalismos de la segunda mitad del siglo XX. Ambos adjudicaron un papel sobresaliente a

ciertos “sospechosos habituales” (el jesuitismo, el judaísmo, la masonería, el comunismo y el progresismo católico) como actores que determinaban, de manera inevitable y casi predestinada, las estructuras del poder político mundial, poniendo a la Iglesia y a las causas nacionales en una postura defensiva que obligaba a repensar e incluso radicalizar la función política de los integristas. En ese sentido, la fe en la victoria última, la certeza del accionar incesante de los enemigos, el pesimismo frente a la ineptitud (o incluso, complicidad) del estado liberal frente a la subversión, y la desconfianza o desprecio contra quienes no advertían lo que para ellos era una evidente elucubración de fuerzas hostiles, fueron premisas clave de la articulación entre el catolicismo integrista y el imaginario anticomunista de la década de 1960.

Por otro lado, cabría señalar, la diferencia, en término de su función retórica y de sus referentes concretos, entre las nociones de “falsas derechas” y el concepto del “enemigo.” La primera implicaba una auto-afirmación de legitimidad derivada de la identificación con una derecha auténtica y ortodoxa, en un plano ideológico que se reconocía como plural y heterogéneo (las derechas). A su vez, el “enemigo” cumplió una función de espejo identitario negativo a través del cual esa autenticidad y esa ortodoxia se reafirmaban, pero también fue un objeto de violencia y de “guerra justa” libradas por actores y grupos ungidos con la misión de salvaguardar a la verdad católica-nacional, en alianza con, pero también “a pesar de,” los Estados. Paradójicamente, aunadas a la sospecha conspiracionista, la reconocida pluralidad y heterogeneidad de las derechas implicarían a su vez la imposibilidad de un consenso total en torno al concepto del enemigo, en tanto los agentes omnipresentes de la conspiración judeo-masónico-sinárquico-jesuítica—comunista impedían y confundían activamente el pensamiento y acción unificadas de las derechas auténticas. En ese sentido, la lógica de la conspiración “explicaba” las raíces ocultas de la realidad política visible, proveyendo salidas que implicaban momentos de ruptura o de restauración radicales (el regreso de Perón; la remoción de Paulo VI) en el sentido más literal de atacar la “raíz” de los problemas.

Los traslapes y divergencias entre las formulaciones del padre Sáenz y el Dr. Disandro podrían entenderse, en parte, como resultado de estar imbricados en contextos distintos, y particularmente, en relaciones disímiles con respecto a otras fuerzas y actores que también se adherían a una identidad de derechas. Pero más allá de del “parecido de familia” esbozado por sus ideas sobre las “falsas derechas”, la ortodoxia y la verdad católico-nacionalista, Saénz y Disandro pertenecieron a círculos concéntricos de doctrina y activismo católicos a nivel latinoamericano y global movidos por la reacción

contra Vaticano II, la Teología de la Liberación, y la creciente influencia y accionar de las izquierdas. Este escribir, pensar y actuar en el contexto de la Guerra Fría fue lo que permitió que sus ideas nada novedosas sobre la restauración (de la doctrina, la tradición, la nacionalidad) fuesen un principio de intervención radical en lo político.

El análisis aquí vertido permite mantener abiertas dos interrogantes. Primero, en un nivel más general, queda claro que, además de profundizar en el estudio de estos textos y sus contextos, hace falta abordar a las derechas (sus discursos, actores y prácticas) en distintas escalas y dimensiones temporales y espaciales, dando cuenta de conexiones y vínculos, distancias, y divergencias. Los casos aquí presentados permiten sugerir un análisis que tome en cuenta que la contextualidad de estos personajes e ideas se encontraba “siempre ya” atravesada por conversaciones, conflictos y tensiones que iban y venían de lo nacional a lo transnacional y lo global (el conflicto con la democracia cristiana y los jesuitas; la presencia de entidades como la TFP, o los vínculos de la FEMACO con Sudamérica, Europa y Asia). Entonces, la reconstrucción de estos imaginarios compartidos pasa quizá por el concepto de trans-contextualidad, en tanto una idea como la de “falsas derechas” no circula de manera unidireccional, pero si se mueve y emerge en contextos distintos gracias, sin duda a la circulación de textos, pero también a la noción compartida de un conflicto de alcances globales (el complot contra la iglesia), con un enemigo inmediato (el comunismo) y la tracción explicativa de estos presupuestos con respecto a realidades inestables.

También cabría formular la interrogante sobre los impactos y diálogos paralelos en otros países o circuitos de intercambio, particularmente con respecto a sus conversaciones internas en torno a la “autenticidad” o “falsedad” de las derechas. Sería posible, entonces, pensar esas premisas o negaciones de lo auténtico-verdadero (a fin de cuentas distinciones entre ortodoxia y heterodoxia o “desviación”) como puntos de entrada para entender la pluralidad de estos actores y su percepción del conflicto permanente contra enemigos y tontos útiles como condición *sine qua non* de su subjetividad política, concebida igualmente como forma de disidencia/resistencia desde la derecha.

Fuentes

DISANDRO, Carlos (1973). *La conspiración sinárquica y el Estado argentino*. [Argentina]: Ediciones Independencia y Justicia.

PINAY, Maurice (1962), *Complotto contro la Chiesa*. Roma: D. Detti.

SÁENZ ARRIAGA, Joaquín (1966). *Con Cristo o contra Cristo*. México: Mundo Libre.

SÁENZ ARRIAGA, Joaquín (1969). *Las falsas derechas*. Mar del Plata: Editorial Montonera.

SÁENZ ARRIAGA, Joaquín (1972). *¿Cisma o fe? ¿Por qué me excomulgaron?* México: ND.

SÁENZ ARRIAGA, Joaquín (1973). *Sede Vacante: Paulo VI no es legítimo Papa*. México: Editores Asociados.

MARCOS, Diego (1969). “Información sobre el progresismo”, *Réplica* (Guadalajara), no. 14.

Bibliografía

BOHOSLAVSKY, Ernesto (2009). *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (siglos XIX y XX)*. Buenos Aires: Prometeo.

CARNAGUI, Juan Luis (2013). “El nacionalismo juvenil platense y la formación de la Concentración Nacional Universitaria (CNU), 1960-1971”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [Online] URL: <http://nuevomundo.revues.org/66038>

GONZÁLEZ, Fernando M. (2005). “Un conflicto universitario entre católicos: la fundación del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)”, *Vetas. Revista del Colegio de San Luis*. 7.20-21 (Mayo-Diciembre), pp. 9-38

SANTIAGO JIMÉNEZ, Mario (2014). “El Yunque de México: ¿conspiración de ultraderecha o vertiente de las derechas conservadoras?” en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (comps.), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Quinto Taller de Discusión*. Disponible en: <http://www.ungs.edu.ar/derechas/wp-content/uploads/2014/09/Ver.pdf>

LADEUIX, Juan Iván (2007). “El General frente a la Sinarquía. El discurso de Carlos Disandro en la formación de la Concentración Nacionalista Universitaria y su impacto en el peronismo”. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Tucumán.

RIUS FACIUS, Antonio (1980). *¡Excomulgado! Trayectoria y pensamiento del Pbro. Dr. Joaquín Sáenz Arriaga*. México: Costa-Amic Editores.

ROSANVALLON, Pierre (2003). *Por una historia conceptual de lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

¿Cómo citar este artículo?



HERRÁN ÁVILA, Luis, “¿Las falsas derechas? Integrismo católico y anticomunismo en México y Argentina, 1961-1974”, en Ernesto BOHOSLAVSKY, Magdalena BROQUETAS y Olga ECHEVERRÍA (editores), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del VII Taller de discusión*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016, pp. 82-93. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas



LA APARICIÓN DE CONTENIDOS LIBERALES EN LA CAMPAÑA DE LA LISTA 15 DEL PARTIDO COLORADO EN 1966.

¿UN GIRO A LA DERECHA?

Matías Rodríguez Metral

La temática que se plantea en esta presentación refiere a los cambios que ocurrieron en la Lista 15 del Partido Colorado durante el ejercicio de la oposición, entre 1958 y 1966. Esos cambios culminan, según la historiografía, en una renovación programática, con la inclusión en su campaña electoral de 1966 de propuestas liberales –tanto provenientes del pensamiento económico neoliberal como del liberalismo conservador–. Esta temática, conocida generalmente como el “viraje de la 15”, es la que el autor de este trabajo busca abordar en su proyecto de tesis desarrollado en la Maestría en Historia Política, de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República (Uruguay). Dicho programa de posgrado se basa en la interacción y el encuentro de la historia y la ciencia política, lo que se notará en el planteamiento de los abordajes que tratan el problema de investigación seleccionado.

Este artículo busca plantear algunas consideraciones necesarias para emprender un proyecto de investigación que tenga, como problema, ese “giro” de “la 15” durante los llamados “colegiados blancos”. Para ordenar el planteamiento, se comenzará en primer lugar por una brevísima reconstrucción del proceso de la Lista 15 durante los gobiernos del Partido Nacional. En segundo lugar, se comentarán algunos de los principales aportes de la historiografía y la ciencia política sobre la temática, ordenándolos en torno a qué factores priorizan a la hora de explicar dicho proceso de renovación. En tercer lugar, se plantearán algunas observaciones vinculados al estudio de la campaña electoral de la Lista 15 en 1966, para ver cómo se incorporan los elementos provenientes del pensamiento económico liberal. Por último, y como cierre, se compartirán algunas las principales preguntas en las cuales se centra este proyecto de investigación en curso, así como las cuestiones abiertas que quedan por resolver y los relevantes aportes planteados en este taller.

Un breve panorama sobre el tema

Entre 1958¹ y 1966 el Partido Colorado ocupó el rol de oposición política –sin desconocer su participación como minoría en el Ejecutivo colegiado vigente por la Constitución de 1952–, lo cual era una clara novedad, al menos en el siglo XX. En ese período su rival tradicional, el Partido Nacional, ejerció el gobierno. La fracción colorada mayoritaria, la Lista 15 batllista, fue la principal derrotada, ya que conducía el gobierno al momento de la cruda caída electoral de 1958. Su máximo dirigente, el ex presidente Luis Batlle Berres, siguió liderando al sector durante el primer gobierno blanco con un fuerte estilo crítico de la gestión nacionalista con el argumento de que el electorado se había “equivocado” en su opción. Volvió a ser derrotado, si bien por menor margen, en los comicios de 1962 (Alonso y Demasi, 1986: 22). Cuando falleció en 1964, Batlle Berres dejó a su fracción sin un líder claro, pero en un lugar predominante dentro de su partido para la competencia electoral de 1966.

La disputa por la sucesión se dio entre diferentes actores políticos –legisladores y miembros del Consejo Nacional de Gobierno–, entre los cuales triunfará el hijo del fallecido dirigente, Jorge Batlle Ibáñez, que, elecciones internas mediante, logró en noviembre de 1965 convertirse en líder del sector. Sin embargo, el mismo sufrió importantes desprendimientos, especialmente protagonizados por las fracciones quincistas derrotadas. En este proceso, y de la mano de un proyecto de reforma constitucional que se presentó para las siguientes elecciones, se procesó una actualización ideológica, que supuso la aparición de ideas novedosas en la propuesta política del batllismo de “la 15”.

En los últimos años se ha señalado la ausencia abordajes específicos y actualizados sobre el período de los colegiados blancos, lo que se puede hacer extensivo a la carencia estudios centrados en el Partido Colorado y su fracción quincista, pese a la relevancia que tienen tanto el período como dicho sector (Broquetas, 2014: 21). A grandes rasgos, en la producción historiográfica existente se pueden señalar tres énfasis distintos en la explicación sobre el proceso de “la 15” en relación a la estructura económica y social, a los cambios en las dirigencia y a las ideas que circulaban en el período.

Un trabajo inicial sobre la temática es el de Gonzalo Pereira, el cual, a finales de los años ochenta, analizó los cambios en los planteamientos de política económica de la

¹ Sobre este momento político particular y la articulación de los dos partidos principales puede verse, ESPECHE, Ximena, “¿Es posible el fascismo en Uruguay?: nacionalismos, izquierdas y derechas”, en Bohoslavsky, Ernesto y Echeverría, Olga (comps.) *Las derechas en el Cono sur, siglo XX. Actas del tercer taller de discusión*. Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2013. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

Lista 15, haciendo una comparación entre la propuesta proveniente del período de predominio de Luis Batlle Berres y los planteamientos de Jorge Batlle Ibáñez y Julio María Sanguinetti durante el primer gobierno tras el retorno a la democracia (Pereira, 1988). Esa obra, fundante incluso de un término con el cual en general se denomina al proceso de renovación de dicho sector –“el viraje”–, considera que la explicación de dicho cambio radica en una serie de modificaciones en la estructura económica y social del Uruguay a partir de mediados de los años cincuenta. Específicamente, Pereira señala que el “viraje” no se puede explicar sólo por la variación en la dirigencia del sector tras la muerte de Batlle Berres, sino que hay que tomar en cuenta el fortalecimiento de la oposición conservadora y la modificación del carácter del empresariado industrial, cuyos intereses se diversificaron y se vincularon al capital extranjero, llevando a “la 15” a modificar sus postulados económicos (Pereira, 1988: 121-131).

Un segundo conjunto de trabajos sobre la renovación de la Lista 15 lo explican dando relevancia, entre otros factores, a los cambios en la dirigencia política del sector. Entre otros aspectos, estos abordajes han insistido en que, de la mano de Batlle Ibáñez, se produjo una actualización ideológica –un “parricidio político”– que tendía a defender la necesidad de una economía abierta (Caetano y Rilla, 2003: 38). Esto, que también se ha caracterizado como “desideologización” respecto a la herencia del “luisismo”, llevó a “la 15” a posiciones de “centro y si se quiere, de centro-derecha” (Chasqueti, 2006: 13, 18). Por otra parte, se ha sostenido que, junto con la lucha por la sucesión y el impulso a la reforma de la carta magna, el hijo de Batlle Berres impulsó una actualización programática, incluyendo “una política libreempresista sin antecedentes en el batllismo” (Alonso y Demasi, 1986: 46), a la vez que “admiraba las ideas de Friedrich A. Hayek” (Chagas y Trullen, 2005: 99).

En tercer lugar, se pueden señalar trabajos que, sin desconocer los factores resalados anteriormente, le dan un rol significativo a las ideas y conceptos que influían en el contexto donde se da el proceso de renovación de la Lista 15. Por un lado, estudiando la influencia política de la propuesta de la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE) en los años sesenta, Adolfo Garcé señala que Batlle Ibáñez, desde el sector quincista Unidad y Reforma, impulsó la propuesta de reforma constitucional basándose en las recomendaciones de la CIDE para capitalizar un insumo político vinculado al gobierno blanco (Garcé, 2002: 122). Además, en el proceso de renovación se conformó un conjunto “eclectico” de ideas, mixtura de propuestas liberales y desarrollistas (Garcé, 2002: 147). Por otro, en un trabajo reciente Pablo Ferreira destaca que,

en el planteamiento de “la 15” y de Batlle Ibáñez, hay ideas acerca de la necesidad de ajustar la democracia, para volverla gobernable. Planteando el período del viraje como una coyuntura crítica, esta autor afirma que la disputa por el liderazgo vino acompañada de una renovación ideológica que llevó a una relectura del legado batllista. En este marco, Unidad y Reforma defendió la reforma constitucional como un medio para gobernar la democracia y, con la influencia de la escuela jurídica francesa de la Constitución gaullista de 1958, lograr que ésta se sostenga ante las demandas sociales (Ferreira, 2013: 60-65). Con este análisis, el autor señala el impacto del liberalismo conservador, enfoque que, ya a fines de los ochenta, planteaba Álvaro Rico (1989: 64). al señalar que el discurso estatal a partir de 1968 identificaba libertad con legalidad y hacía énfasis en el orden, del cual se debe encargarse el Poder Ejecutivo.

Al momento de estudiar el proceso de cambios de la Lista 15, también se puede echar mano a los estudios que, desde la ciencia política, analizan la adaptación y la renovación de los partidos políticos. Algunos comentarios sobre este campo, sin ánimo de exhaustividad, pueden ayudar a la comprensión de los cambios del sector político señalado. Desde la perspectiva politológica, dichos cambios pueden ser definidos como un proceso de adaptación política, consistente en el conjunto de modificaciones en la estrategia y en la estructura de un partido que, en reacción a diferentes factores, buscan lograr algún objetivo central, generalmente el triunfo electoral (Levitsky, 2005: 13). Los factores que llevan a estas modificaciones en los partidos están vinculados, en primer lugar, a aspectos externos, fundamentalmente en el plano electoral, aunque también se pueden vincular a aspectos económicos. Centrándonos en los aportes de esta producción politológica al tema en cuestión, se puede destacar la importancia que le dan a diferentes aspectos de un partido político en el proceso de adaptación, como el rol de las estructuras partidarias, de los liderazgos y de la ideología del sector político.

Primero, hay una fuerte coincidencia en que las características de la estructura partidaria influyen en el éxito y en el carácter del proceso de adaptación de un partido político. Cabe destacar que son varios los autores que señalan que cuanto mayor estabilidad en la organización partidaria, en el sentido de institucionalización de un partido, menor autonomía tendrán los líderes para diseñar nuevas estrategias. Especialmente, la flexibilidad en la organización partidaria facilita tanto la renovación de la dirigencia como la autonomía de éstos. Por otra parte, también se ha afirmado que la fraccionización interna, y la consiguiente competencia intrapartidaria, facilitan la renovación, con la emergencia de nuevos liderazgos que, con una coalición de apoyo, impulsan ese

rumbo (Yaffé, 2005: 18). Por último, se ha sostenido que el arraigo social de una estructura partidaria, sea a través de instituciones informales o de una fuerte identidad simbólica, facilita la renovación de un partido (Levitsky, 2005: 324 y Yaffé, 2005: 187).

Segundo, el papel de la dirigencia en el proceso de renovación es destacado por diferentes autores, con mayor o menor independencia respecto a los otros aspectos. Pero su rol es relevante, al punto que se destaca como elemento clave la existencia de una dirigencia que adopte una estrategia adecuada y que logre convencer al resto del partido de dicha opción, para que a éste su vez busque atraer al electorado (Levitsky, 2005: 13). Cabe destacar que, como se vio anteriormente, su autonomía para impulsar la renovación está vinculada a la institucionalización y la flexibilidad de las estructuras partidarias (Levitsky, 2005: 324).

Tercero, y quizás uno de los aportes más importantes, está el peso de la ideología partidaria en los procesos de adaptación de los partidos. Se ha planteado que las tradiciones políticas previas tienden a limitar las opciones estratégicas futuras, marcando qué caminos son aceptables para un partido político (Kitschelt, 1996: 255, 278). Por otra parte, en estudios sobre casos uruguayos, se ha señalado que las características de las identidades ideológicas influyen sobre las posibilidades de los actores políticos señalados. Tanto para el caso de los tupamaros como de los comunistas, se ha señalado que sus ideologías facilitaban o perjudicaban, respectivamente, el proceso de adaptación (Garcé, 2009 y 2012).

Se puede agregar que al momento de estudiar los procesos de renovación de las propuestas políticas y de las identidades de los partidos cuentan con relevancia los aspectos ideológicos, pero también el papel del pasado y las tradiciones partidarias, lo que nos lleva a los aportes de los estudios sobre los usos del pasado en la actividad política. En este aspecto, la obra de José Rilla brinda algunos conceptos que permiten ampliar las preguntas sobre el proceso de renovación de una fracción de un partido tradicional. Tal como señala el referido autor, el carácter tradicional de los partidos supuso un elemento de continuidad y de legitimación de los actores políticos, a la vez que aquellos han sido activos productores de significaciones sobre el pasado (Rilla, 2008: 46). Por tanto, estas perspectivas llevan a profundizar en la pregunta referente a cómo se relacionaron los aportes novedosos que, según la historiografía consultada, incorporó la Lista 15 hacia mediados de los años sesenta con la tradición partidaria, y qué elementos del pasado se usaron como argumentos legitimantes de dichos cambios.

Las elecciones de 1966: la introducción del liberalismo económico y el desplazamiento a la derecha

Una aproximación breve a la campaña electoral de 1966 puede ayudar a plantear algunos aspectos relevantes del proceso que se pretende estudiar. Tomo como clave analítica la introducción de elementos provenientes del pensamiento económico neoliberal entonces, lo que supuso un desplazamiento del sector a la derecha del espectro político. Cabe destacar, primeramente, que la aproximación a las derechas se debe realizar resaltando su pluralidad y, en el contexto de los primeros años sesenta, retomando los aportes de, entre otros, Magdalena Broquetas (2014), al recordar la influencia de la Guerra Fría en el proceso de construcción de la noción de un enemigo interno. Por otra parte, el abordaje al pensamiento neoliberal también debe partir del reconocimiento de su diversidad, aunque se destacan ciertos puntos en común, como la defensa de una sociedad y un mercado autorregulado, una visión instrumental de la democracia, y del rechazo a la igualdad social y económica, así como ciertas prácticas y un lenguaje específico, signados por el rol del mercado, una concepción racional del individuo, una visión negativa de los derechos, la subordinación de la igualdad a la libertad y la necesidad de difundir esas ideas (Morresi, 2008: 37).

Con estos aspectos introductorios, el análisis de la campaña de “la 15” para las elecciones de 1966, en base a la prensa partidaria —el diario *Acción*, fundamentalmente— presenta ciertos elementos significativos respecto a la clave analítica planteada. Por un lado, resaltan las continuidades con la tradición política del sector, en la crítica a la gestión del Partido Nacional y en la apelación al electorado a no cometer un nuevo “error”, votando a dicha colectividad política. Además, se hacen referencias a símbolos preciados en el quincismo, como la recurrencia a la figura de Batlle Berres y a ciertas continuidades con la identidad del batllismo, en especial la defensa a los sectores medios y populares. Pero, por otra parte, aparecen algunas innovaciones en la propuesta política del sector, especialmente en los contenidos económicos. La propuesta de reforma constitucional presentada para esa elección suponía una ruptura con la tradición batllista al plantear la eliminación del Ejecutivo colegiado, y en aspectos como la concepción de la economía, el rol del Estado, la visión sobre la inflación, la reforma agraria y el papel de los técnicos.

En primer lugar, la economía se vuelve un asunto central en la prédica del sector, a través de su medio de prensa, expresando una preocupación que iba más allá del con-

flictivo escenario económico que vivía el país. En ese sentido, se expresaba recurrentemente la necesidad de actualizar la economía, tomando en cuenta las leyes objetivas que la regulaban, y asumiendo la importancia de la libertad económica. En un análisis económico de noviembre de 1966, un periodista bajo seudónimo defendía la planificación económica “si se inspira en las leyes objetivas de la economía política y es conducida por científicos, ejecutivos y representantes de las fuerzas vivas”². Más allá del componente intervencionista, resaltaba la idea de una economía con leyes que la regulaban, y que eran objetivas, junto con el papel de los técnicos, que será abordado más adelante. Esto se puede unir a los múltiples llamados a la limitación de la intervención estatal en ese campo, resaltando la necesidad de impulsar la actividad privada, de cual dependía la que el país saliera de la crisis. Asimismo, se destacan las críticas muy duras al exceso de funcionarios estatales, considerando, así, el tamaño del Estado como un problema para lograr el crecimiento económico. En ese sentido, se llegaba a calificar al Estado y su numeroso funcionariado de “lápidas que están sostenidas por la sociedad”, y que “la mayor parte de los problemas del país se resolverán cuando invirtamos esa relación”³. Por otra parte, en esa campaña se destaca la vinculación de la inflación al gasto público y a la emisión de dinero, por lo que, para que aquella se viera contenida, se hacía necesaria una política de contención del gasto estatal. Finalmente, sobre la reforma agraria, se distanciaba de la propuesta de la CIDE al insistir en la necesidad de tomar medidas impositivas y crediticias y evitar proyectos que afecten la cuestión de la propiedad.

En segundo lugar, hay una defensa del papel de los técnicos en la acción política, haciendo reiterados llamados a incorporar, por encima de las pertenencias partidarias, a las personas con conocimientos específicos y más capaces. Este rol de los técnicos, que contenía una crítica no demasiado implícita a los dirigentes políticos tradicionales, se destacaba especialmente en la economía, a la vez que se resaltaba en el perfil de los candidatos. En el caso del candidato a presidente, Jorge Batlle Ibáñez, se le acentuaba su formación universitaria y sus conocimientos económicos, mientras que en el caso del candidato a vicepresidente, Julio Lacarte Muró, se insistía en su experiencia como diplomático.

² Arapey, “Prosperidad y estabilización: dependencia de las estructuras y no de las monedas”, *Acción*, 14 de noviembre de 1966.

³ “Planes de Gobierno: Desarrollo integral, ocupación plena, educación masiva”, *Acción*, 25 de noviembre de 1966.

Consideraciones finales

Como cierre a estas consideraciones, puede ser fructífero señalar algunas de las preguntas que son centrales en este proyecto de investigación, que incluyen a su vez a los aportes planteados en el Taller. Especialmente, esto se debe hacer teniendo en cuenta las perspectivas desarrolladas por la bibliografía repasada en este trabajo, que plantea aportes significativos. En primer lugar, no es menor la cuestión de la periodización sobre la renovación, ya que, si bien los años 1958 y 1966 pueden funcionar como marcos generales, es un objetivo rastrear las primeras críticas y revisiones sobre la derrota electoral que existieron en el sector quincista. Especialmente, esto es relevante en el período anterior 1964 cuando, bajo el liderazgo de Batlle Berres, la existencia de diversas publicaciones sobre la identidad del batllismo tiende a sugerir un proceso de redefinición de identidades. A partir de la muerte de aquel dirigente, se debe abordar cómo se construye la renovación de la propuesta política, fundamentalmente alrededor de la idea de reforma constitucional que, al suponer la eliminación del colegiado, constituía una fuerte ruptura con la tradición batllista.

En segundo lugar, se buscará identificar qué factores influyeron en la adaptación partidaria de “la 15”, teniendo en cuenta variables como los cambios en la dirigencia, el ejercicio de la oposición, la evaluación de la derrota electoral, los marcos ideológicos de los primeros años sesenta y la coyuntura económica. No se desconoce que la producción citada más arriba hace hincapié en el papel de las dirigencias y las estructuras partidarias, por lo que se deberá prestar atención a los procesos de cambios en el liderazgo partidario. En ese sentido, se buscará reconstruir cómo se forjan los nuevos liderazgos, qué trayectorias presentan, y qué coaliciones políticas se forman detrás de ellos.

En tercer lugar, y un punto fundamental de este proyecto, está el rol de las ideas políticas. En ese sentido, y sobre la base de que la historiografía ha resaltado la aparición de contenidos liberales, tanto provenientes del liberalismo conservador como del neoliberalismo económico, es necesario preguntarse, por un lado, por qué se adoptan dichas posiciones ideológicas a la hora de renovarse, y, por otro, cómo éstas se vinculan con la tradición política preexistente, tan disímil a aquellas.

Fuentes

Acción.

Bibliografía

- ALONSO, Rosa y DEMASI, Carlos (1986). *Uruguay 1958-1968 Crisis y estancamiento*. Uruguay: Ediciones de la Banda Oriental.
- BROQUETAS, Magdalena (2014). *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- CAETANO, Gerardo, RILLA, José (2003). “Los partidos políticos uruguayos en el siglo XX”. En NAHÚM, Benjamín (dir.) *El Uruguay en el siglo XX. La política*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental-Instituto de Ciencia Política.
- CHAGAS, Jorge, TRULLEN, Gustavo (2005). *Pacheco. La trama oculta del poder*. Montevideo: Rumbo Editorial.
- CHASQUETTI, Daniel (2006). *¿Cómo se renuevan los partidos políticos en Uruguay? Examen de la “resurrección” del Partido Colorado en los años sesenta*. Disponible en: <http://es.scribd.com/doc/2215085/Chasquetti-Como-se-renuevan-los-partidos-politicos-en-Uruguay> (acceso: 20 de octubre de 2015).
- FERREIRA, Pablo (2013). “La República perdida. Democracia y ciudadanía en el discurso político de los batllistas de la lista quince. 1946-1972”, tesis de Maestría, Facultad de Ciencias Sociales/UDELAR, Montevideo.
- GARCÉ, Adolfo (2002). *Ideas y competencia política en Uruguay (1960-1973)*. Montevideo: Trilce.
- GARCÉ, Adolfo (2012). *La política de la fe. Apogeo, crisis y reconstrucción del PCU, 1985-2012*. Montevideo: Fin de Siglo.
- KITSCHOLT, Herbert (1996). *The Transformation of European Social Democracy*. New York: Cambridge University Press.
- LEVITSKY, Steven (2005). *La transformación del justicialismo: del partido sindical al partido clientelista 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- MORRESI, Sergio (2008). *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*. vol. 6 de la Colección 25 años, 25 libros; Buenos Aires: Biblioteca Nacional y Universidad Nacional de General Sarmiento.
- PEREIRA, Gonzalo (1988). *El viraje de la 15. Del dirigismo económico al neoliberalismo*. Montevideo: Ediciones Gandhi.
- RILLA, José (2008). *La actualidad del pasado, usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*. Montevideo: Debate.

YAFFÉ, Jaime (2005). *Al centro y adentro. La renovación de la izquierda y el triunfo del Frente Amplio en Uruguay*. Montevideo: Linardi y Risso.

ZUBILLAGA, Carlos (1991). “Los partidos políticos ante la crisis (1958-1983)” en Caetano, Gerardo et al. *De la tradición a la crisis. Pasado y presente de nuestro sistema de partidos*. Montevideo: CLAEH-Ediciones de la Banda Oriental.

¿Cómo citar este artículo?

RODRÍGUEZ METRAL, Matías, “La aparición de contenidos liberales en la campaña de la Lista 15 del Partido Colorado en 1966: ¿Un viraje a la derecha?”, en Ernesto BOHOSLAVSKY, Magdalena BROQUETAS y Olga ECHEVERRÍA (editores), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del VII Taller de discusión*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016, pp. 94-103. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

¿FUE LA JUVENTUD URUGUAYA DE PIE UNA EXPRESIÓN DE DERECHA FALANGISTA EN EL URUGUAY DE LOS PRIMEROS AÑOS 70?

Gabriel Bucheli

En este trabajo me propongo indagar en la naturaleza ideológica y doctrinaria de la Juventud Uruguaya de Pie (JUP). La JUP fue un movimiento juvenil de derechas nacido al calor de la reacción conservadora resultante de la polarización política que vivió el Uruguay desde aproximadamente 1968. La JUP dio voz al sujeto social de derechas en un espacio simbólico fundamental en la disputa con las izquierdas: el ámbito juvenil. En su repertorio de acciones más visibles se destacó la acción estudiantil, enfrentando la hegemonía que las agrupaciones de izquierda desarrollaban en esos espacios. A partir de un cauteloso discurso de respeto a las dos tradiciones partidarias (blanca y colorada), la JUP fue afianzando desde 1972 un discurso crítico a la conducción de las dirigencias de esos partidos. Con ánimo de constituirse en un movimiento político autónomo, enunció un proyecto caratulado como “revolución nacional” de resonancias falangistas, que la llevó a apostar por el golpe militar que se concretaría en 1973.

1. El problema

¿Cuáles son los procedimientos metodológicos más adecuados para caracterizar a un movimiento social o político bajo un rótulo ideológico o doctrinario? El problema puede ser abordado por tres caminos complementarios. **Primero**, la autodefinición de la organización, lo que ella misma dice ser, e incluso lo que dice no ser. Ese posicionamiento nos habla más de la construcción del discurso de la organización y remite al uso que ella hace de determinados *conceptos* en el marco de la lucha política. Creemos que la perspectiva de la historia conceptual puede aportar insumos para comprender esos usos, pero que su contribución para definir al movimiento es bastante indirecta. **Segundo**, es necesario ubicar al movimiento en relación a los demás con los que comparte el escenario en una época o coyuntura específica; el analista no puede comprender al movimiento si no es en relación a los matices, las oposiciones y los conflictos que presenta respecto a los otros. Así, nuestra definición de la JUP como movimiento de “derecha” responde antes que nada a su ubicación espacial dentro del continuo políti-

co/ideológico de su época. El desafío pasa a ser el de precisar sus especificidades dentro del campo de “las derechas”. **Tercero**, para enfrentar este último problema, hay que hurgar en referencias doctrinarias, entendidas como categorías analíticas; esta tentativa contribuye a localizar al movimiento estudiado dentro de procesos de más larga duración. Así, una vez que definimos a la JUP como un movimiento de “derecha”, es necesaria la reflexión en torno a adjetivos como “conservador”, “reaccionario”, “fascista”, etc. En ese sentido, constatamos un proceso de construcción ideológica que, desde planteos propios del conservadurismo tradicional, fue posicionando al movimiento más cerca de posturas de matriz falangista. Ese viraje se fue evidenciando desde el segundo semestre de 1972.

2. Lo que la JUP “no era”

En términos de autodefinición, y siguiendo con la tradición de las derechas uruguayas, la JUP rechazó de plano reconocerse como una organización de “derecha”. Se desmarcó además enfáticamente del calificativo de “fascista” que le endilgó la izquierda. Negó asimismo un presunto carácter “conservador” del movimiento. El “Correo de la JUP” publicado en la página oficial del “Suplemento verde” del diario *La Mañana* fue una herramienta con la cual, a través de (pretendidos o reales) diálogos con lectores, el movimiento pautaba sus definiciones ideológicas. En febrero de 1971, a sólo cuatro meses de constituida la JUP, un estudiante montevideano preguntaba si se trataba de un movimiento de “ultra-derecha”, “porque en realidad le gustaría integrarse a nuestras filas pero algunos compañeros de estudio así lo han rotulado y a él le choca esta denominación”. La respuesta fue:

no bien surge un movimiento como la JUP, duro de boca para el dogal marxista, voces estratégicamente colocadas pretenden encasillarlo y rotularlo con los consabidos epítetos [...] lo de “izquierda” y “derecha” no son más que muletas mentales que nadie sabe lo que quieren decir. O que, para los que las utilizan han perdido un significado objetivo. Si por izquierda se entiende al máximo de participación del pueblo en la cosa pública [...] Si se entiende mayor justicia social, mejor y más justa redistribución de la riqueza nacional, etc., entonces somos izquierdistas. Si por derecha se entiende mantener el orden público y asegurar la convivencia pacífica de todos los ciudadanos; salvaguardar la soberanía y mantener los intereses del estado por encima de presiones internacionales y caseras; velar por la dignidad nacional de pie. Si se entiende mantener la continuidad de la Patria [...] si se proyecta la nación hacia el futuro sin quemar con el pasado; entonces somos derechistas. Pero en realidad no somos ni “derechistas”, ni “izquierdistas”, ni de

“centro”. Una nación no puede estar dividida arteralmente [...] como decía Martín Fierro en su biblia criolla: ‘Si se pelean los hermanos, se rebuscan los de afuera’¹

El recurso de rechazar la acusación de “fascista” fue también una constante, y fue redireccionada hacia la izquierda. En una carta anónima al “Sr. Director” de la página de la JUP, alguien que adoptaba el estilo discursivo de la JUP se preguntaba: “¿soy un facho?”. Respondía que si ser “facho” significa

Añorar un Uruguay libre de Yankees y Soviets [...] Seguir las ideas y pensamientos de Artigas [...] Luchar contra la importación de ideas [...] yo soy ‘facho’ [...] Quienes nos acusan de ‘fachos’ son esa escoria infiltrada en la enseñanza media y superior, para crear el caos y la corrupción.” Para no ser “fachos” “tienen que [...] vender la Patria [...] Hundirla cada vez más [...] Matar, robar, secuestrar y torturar.” “[...] no hay nada más Fascista [...] que los ‘hijos de tu-pac’² y sus asociados ³

Otra vez el “Correo de la JUP” fue el emisor para distanciarse de otro calificativo denostado por la JUP. Ante la pregunta de una lectora montevideana por “el acento conservador” del movimiento, el dirigente respondía:

Adoptar una actitud ante la vida sobre valores humanos dinámicos, reivindicar las virtudes morales, e impulsar las infinitas nobles posibilidades del espíritu, nunca puede considerarse una postura conservadora. Por el contrario, los jóvenes que toman este camino son los verdaderamente revolucionarios porque luchan por zafar a la humanidad del deteriorante materialismo y el descreimiento que errónea o maliciosamente se pretende erigir como elementos de evolución. Quienes no lo ven así son los grandes conservadores de los moldes que destruyen al individuo, que buscan una comunidad de siervos y timoratos.⁴

3. Lo que la JUP pretendía ser

La preocupación por definir una identidad pública mantuvo en esta etapa una relación muy marcada con “el afuera” de la organización. Ya vimos cómo, para desprenderse de ciertos calificativos no deseados, el instrumento fue la “carta de lectores”. Fue precisamente bajo el formato de explicación dada a un “*colega*” argentino, acerca de “*qué era, en concreto, la JUP*”, que la autodefinition fue explicitada de manera rotunda, amalgamando el conjunto de valores que el discurso jupista venía amasando desde su fundación. La JUP era allí definida como

una **respuesta** patriótica, simplemente surgida ante el peligroso brote antipatriótico... un movimiento auténticamente Oriental, para **defender** los principios de-

¹ *La Mañana, Edición del Interior*, 18/2/1971, p. 4.

² Es una referencia al movimiento guerrillero tupamaro (Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros), vigente en Uruguay entre 1965 y 1972.

³ *La Mañana, Edición del Interior*, 27/5/1971, p. 4.

⁴ *La Mañana, Edición del Interior*, 21/1/1971, p. 4.

mocráticos, **defender las tradiciones** activas, esas que hacen patria, y reivindicar los valores del espíritu, ante el avance del materialismo ateo y entreguista del comunismo ⁵

Esta autodefinición nos aproxima al costado “reaccionario” del movimiento. Su existencia es explícitamente presentada como “*respuesta*” en pos de “*defender las tradiciones*”. Se destacan aquí los principales aspectos doctrinarios reivindicados por la JUP: **nacionalismo, tradicionalismo, anticomunismo, democracia, espiritualismo y religiosidad**. Estas ideas fuerza traducen los siguientes binomios antagónicos de la prédica jupista: patria-foráneo; democracia-comunismo; espiritualismo-materialismo; catolicismo-atéismo. Presentamos a continuación un análisis de cómo la JUP interpretó algunas de esas referencias ideológicas.

107

i) **Nacionalismo: la patria como “identidad de destino”**

Lo “nacional” en el discurso de la JUP es inseparable de su antagónico “foráneo”. Su “nacionalismo” está cargado por el señalamiento de que las instituciones y el tejido social uruguayos padecen una penetración extranjera. En línea con los fundamentos de la doctrina de la seguridad nacional, este recurso discursivo construye al “enemigo interno”. En esa escalada foránea, el eslabón más débil era la juventud. Los jóvenes “de pie” encontraban su razón de ser en constituirse en alternativa patriótica frente a esa agresión en el campo juvenil. El momento fundacional de la Juventud Salteña de Pie (julio de 1969)⁶, consistió en un acto de desagravio al pabellón nacional como respuesta al izamiento de emblemas extranjeros en centros de estudio capitalinos (Bucheli, 2013). El nacimiento de la Juventud Uruguay de Pie (octubre de 1970) era enfáticamente anunciado desde su primer Congreso como el “despertador de la Conciencia Nacional adormecida” y “camino de la redención de nuestro país”⁷, y se tramitaba en planteos maniqueos del tipo: “¿Qué pretende la Juventud de Pie? Definiciones claras: **o se está con la patria o se está contra ella.**”⁸

Este énfasis nacionalista denota una concepción esencialista de la “patria”, asentada en el sentido heroico de su fundación, y cuya conciencia se hallaba fatalmente “adormecida”. En aquel escenario en que la derecha política enfatizaba en la liturgia pa-

⁵ *La Mañana, Edición del Interior*, 19/8/1971, p. 4.

⁶ Salto es una ciudad ubicada en el litoral norte del país, cuna de una fuerte aristocracia terrateniente.

⁷ *La Mañana, Edición del Interior*, 29/10/1970, p. 3.

⁸ *La Mañana, Edición del Interior*, 22/10/1970, p. 3. Las negritas son nuestras.

triótica, la JUP intentó volverse principal abanderada. La noción de “orientalidad” estaba en disputa, incluso en la referencia a sus héroes fundadores:

Hoy, en que se hace abuso de la palabra 'orientales', era imperioso realizar un gran acto en donde se encontrarán los auténticos orientales de todo el País, aquéllos por cuyas venas corre la sangre valiente y generosa de Artigas ⁹

Desde ese concepto esencialista de la “patria” se desconfiaba de todo gesto disidente:

una Patria es ante todo una **identidad de destino**, donde todos los ciudadanos deben mancomunar esfuerzos para realizar la grandeza que nos aguarda ¹⁰

Interesa subrayar la proximidad entre esta expresión jupista y la concepción falangista de “patria”:

la idea de una total **integridad de destino que se llama la Patria**. Con este concepto de la Patria, servida por el instrumento de un Estado fuerte, no dócil a una clase ni a un partido, el interés que triunfa es el de la integración de todos en aquella unidad (Primo de Rivera, 1934a).

En la definición de “Patria” que reivindicaba la JUP, “*etimológicamente significa tierra de nuestros padres*”¹¹, la referencia está anclada en una determinada idea de la tradición, anudada en la diáda rural/interior. Obviamente, en Uruguay, la expresión “tierra de nuestros padres” podría remitir tanto a otras geografías (a muy diversas regiones de Europa y otras del planeta) como al ámbito estrictamente urbano/capitalino. Pero todas las referencias simbólicas de la tradición que recoge la JUP corresponden al espacio telúrico nacional, que fuera escenario de las guerras heroicas del pasado, y cuna de la riqueza pecuaria que le había dado un lugar al país en la división internacional del trabajo. Así, el editorialista del “suplemento verde” subrayaba cómo los jóvenes “de pie” revitalizaban el “tradicional sentir y vivir del Uruguay”, respondiendo “con banderas patrias y estribillos en pro de la orientalidad” a lo que en Montevideo eran “agresiones, fogatas y slogans extranjerizantes”.¹²

Esas apreciaciones colocan al movimiento, en la larga duración, como un componente del ruralismo, articulador del pensamiento conservador uruguayo, y que se había tonificado bajo el liderazgo de Benito Nardone¹³ (Jacob, 1981). La vocación continuadora de la JUP con respecto a la trayectoria nardonista era explícita:

⁹ *La Mañana, Edición del Interior*, 30/9/1971, p. 3.

¹⁰ *La Mañana, Edición del Interior*, 18/2/1971, p. 4. Las negritas son nuestras.

¹¹ *La Mañana, Edición del Interior*, 18/2/1971, p. 4.

¹² *La Mañana, Edición del Interior*, 24/6/1971, p. 3.

¹³ 1906-1964. Fundador y líder de la Liga Federal de Acción Ruralista (1951). En 1958 se alió con la fracción herrerista del Partido Nacional, siendo elegido Consejero Nacional de Gobierno (1959-1963),

su recuerdo significa aprender a mirar el futuro. Por eso traemos la semblanza de la presente nota. El líder ruralista, abanderado de la causa del campo, puso todo su vigor en señalar los males del país, enjuició todo lo negativo y – a diferencia de tantos que critican– dio soluciones. Está en pie, en los corazones de todos los orientales, su alto sentimiento de patria, de artiguismo, de Dios, de la tradición, de la Iglesia, del hombre noble que dio luz a nuestra tierra y volverá a esclarecerse en esta difícil hora ¹⁴

La simbología utilizada por la JUP en sus presentaciones públicas se basaba en el rescate de la tradición rural. La presencia de caballería gaucha y de caravanas de tractores en los actos, las referencias a la poesía gauchesca en su prensa y la presentación del músico Hugo Ferrari¹⁵ como ícono cultural uruguayo, reflejan ese esfuerzo. Además, el círculo verde que rodeaba la sigla “JUP” en su bandera, sobre fondo blanco y colorado, venía a rescatar explícitamente la memoria nardonista.

ii) La cuestión del anticomunismo

El carácter anticomunista fue una de las esencias de la JUP. Un órgano de prensa amigo lo definía llanamente como “El movimiento anticomunista de la Juventud”.¹⁶ Presentamos a continuación algunas reflexiones específicas acerca del tipo de anticomunismo del que abrevó la JUP. Compartimos la afirmación de Bohoslavsky (2013: 2) en el sentido de que hay que entender el anticomunismo más que como una “reacción histórica de las clases dominantes” y como un aglutinador entre distintos aliados sociales y políticos

En primer término, el comunismo entendido como prolongación del largo brazo del imperialismo soviético alarmó a la sensibilidad del **nacionalismo** uruguayo. Pero también es cierto que un eventual posicionamiento pro-estadounidense marcaba tensiones dentro del campo de las derechas. Expresiones como “Añorar un Uruguay libre de Yankees y Soviets” o “Ni la sovietización del Uruguay, ni una estrella más para los EE.UU” son asertos que admiten al menos dos lecturas: al tiempo que permitía a la JUP posicionarse en una zona sensible donde la izquierda ganaba terreno denunciando al “imperialismo yanqui”, abría el flanco para apostrofar el expansionismo soviético y,

órgano que presidió en 1960. Su condición de operador de la estación Montevideo de la CIA ha sido evidenciada por diversas investigaciones.

¹⁴ *Nuevo Amanecer*, 28/9/1972, p. 4.

¹⁵ 1931-2015. Fue artífice del grupo folklórico “Los Nocheros”, “el más famoso número musical folclorista francamente asociado con la derecha” (Pinto, 2013: 51). Autor de “Disculpe” y “Tenía que ser”, “canciones laureadas en festivales de folklore” (*La Mañana, Edición del Interior*, 24/4/1969, p. 1). El primero de esos temas se transformó en un verdadero himno de la sensibilidad anticomunista de la época. Ferrari fue el autor del himno de la JUP.

¹⁶ *El Pueblo*, J. Batlle y Ordóñez, 24/4/1971, p. 1.

detrás de éste, al comunismo local. Desmarcándose de las tonalidades “pro-yankis” del liberal-conservadurismo local, la JUP optó por arroparse bajo las banderas de un “tercerposicionismo” que rechazaba a ambos polos, actitud propia de la derecha radical.

Un segundo componente del anticomunismo jupista fue la convicción de que la **enseñanza** estaba siendo infiltrada desde hacía tiempo por los comunistas y sus aliados. Esa prédica fue el eje de su convocatoria a nivel juvenil, concitando así la adhesión de las viejas estructuras anticomunistas del mundo adulto, tanto partidarias como sociales como ORPADE, el Ateneo, los comités “patrióticos” y “demócratas” de todo el país, etc. (véase Bucheli, 2012 y Broquetas, 2014). Otros ámbitos sacralizados de la nación estaban siendo infiltrados. Además de la enseñanza, el peligro jaqueaba también a las fuerzas armadas, al parlamento, a la iglesia católica y a esferas de la burocracia estatal. Esta cuestión puede ser colocada en una dimensión menos “ideológica”: para muchos actores ya afincados en esas estructuras, el empuje de integrantes de nuevas redes de interés implicaba una competencia indeseable en términos de poder tangible (disputa por cargos jerárquicos, prestigio social, funciones distributivas, recursos, etc.), más allá de los peligros reales que supusieran para la nación. Es notorio que el desplazamiento por la vía sumarial de los “comunistas” (en democracia pero más tajantemente luego del golpe de Estado) despejó el camino para muchos de los que los denunciaban.

Su anticomunismo también se ambientó en **la moral religiosa** y en su visión de los riesgos promovidos por el “materialismo ateo”:

Otro panorama tentador que se le ofrece al joven, es el más irrespetuoso materialismo, bajo el pretexto de mostrarlo moderno. La “nueva” filosofía descansa en la distorsión de las costumbres, el vicio, el erotismo enfermizo y desprejuiciado, la burla de las normas morales, el ateísmo irreflexivo y demoledor de todas las formas de la fe ¹⁷

La actividad **sindical**, en contexto de estanflación, también fue oportunidad para señalar a los comunistas. Si bien fue el presidente Pacheco quien encabezó la lucha contra los “responsables” de la espiral inflacionaria, la JUP aportó su cuota militante. El rechazo radical a la CNT¹⁸ y el apoyo a la fallida creación de una nueva central, la Unión Gremial Nacional de Trabajadores, constituyeron la inflexión jupista. Consideramos que esos diversos acentos discursivos explotaron favorablemente la existencia

¹⁷ *La Mañana, Edición del Interior*, 25 de marzo de 1971, p. 4.

¹⁸ Convención Nacional de Trabajadores, central sindical única nacida en 1966, de neta inspiración izquierdista.

de un fuerte anticomunismo de cuño popular y explican en parte los niveles de la adhesión que recogió la JUP¹⁹.

4. El camino de la “Revolución Nacional” y las resonancias falangistas

Eludiendo entonces los apelativos clásicos como “derecha”, “fascista” y “conservador” endilgados a su movimiento, los dirigentes desarrollaron una línea discursiva que guardaba **continuidades** con lo que nosotros optamos por llamar, de todos modos, una “derecha conservadora”, participando activamente de la densa trama de la “reacción conservadora” de 1968-1973. Su autodefinición como “nacionalista”, “demócrata”, “tradicionalista”, “anticomunista” iba en esa dirección. Sin embargo, al compás de la coyuntura política, el discurso del movimiento mostró una marcada inflexión ideológica. Se trató de una línea de **ruptura** con la trayectoria de aquella “derecha conservadora”, que transitó hacia lo que la JUP denominó “revolución nacional”. El calificativo “conservador” ya no será suficiente para comprender a la JUP. Desde esa perspectiva, que subrayaba el momento dramático que atravesaba el país, no había mucho para conservar. El enemigo ya no era exclusivamente el comunismo; había algo que funcionaba mal en el conjunto de la política y la sociedad uruguayas. El discurso se colmó entonces de proclamas fundacionales, y por ende rupturistas. A partir del segundo semestre de 1972 se volvieron cada vez más frecuentes los llamados a “forjar un nuevo orden nacional” a través de una indispensable “revolución nacional”.²⁰

Se rehúye llamar a las cosas por su nombre. Ignoran que las palabras van atando con hilos invisibles la voluntad y la decisión de los hombres. No hablar con franqueza es hacerse trampas al solitario. Hacer el juego a los enemigos encubiertos [...] El Uruguay de hoy necesita una auténtica revolución nacional, sin concesiones a ninguna fuerza foránea, excluyendo las izquierdas marxistas y eludiendo las trasnochadas derechas liberales. La revolución que propugnamos debe ser profundamente tradicionalista. Como decía Eugenio D’Ors: lo que no es tradición, es traición. Pero la tradición sin la revolución se esteriliza y muere de inanición y la revolución sin la tradición carece de raíces y de sostén popular. La revolución no es ni un régimen de fuerza ni una dictadura. Es la vitalización de un orden social y político agonizante ²¹

¹⁹ Nota de los editores: una reflexión sobre el anticomunismo en Argentina puede encontrarse en HUDSON, Carlos, “Cuba y el pánico derechista: ¿el derrocamiento de Frondizi es un golpe anticomunista o antiperonista?”, en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (eds.) *Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del sexto taller de discusión*, Los Polvorines, 2015, pp. 44-64. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

²⁰ *Nuevo Amanecer*, 22/2/1973, p. 5.15/3/1973, p. 2 y 28/6/1973 y p. 2.

²¹ Hugo Manini nos leyó este editorial de *Nuevo Amanecer* durante la entrevista realizada. Manini fue el líder principal de la JUP durante toda la existencia del movimiento.

El parentesco conceptual con la tradición falangista es notorio en esos apelativos revolucionarios, incluso en la referencia a Eugenio D'Ors²², intelectual de marcadas influencias en el universo cultural de la derecha nacionalista española (Saz Campos, 2003: 82). Estas palabras del fundador de la Falange Española guardan una fuerte sintonía con el editorial jupista recién anotado:

Pero para nosotros era [la actividad político-partidaria] muy poco. Hemos preferido salirnos de ese camino cómodo e irnos, como nos ha dicho nuestro camarada Ledesma²³, por el camino de la revolución, por el camino de otra revolución, por el camino de la verdadera revolución. Porque todas las revoluciones han sido incompletas hasta ahora, en cuanto ninguna sirvió, juntas, a la idea nacional de la Patria y a la idea de la justicia social. Nosotros integramos estas dos cosas: la Patria y la justicia social, y resueltamente, categóricamente, sobre esos dos principios inmovibles queremos hacer nuestra revolución (Primo de Rivera, 1934a).

Repasamos a continuación algunas de las novedades del discurso jupista desplegado desde el segundo semestre de 1972.

i) La denuncia de los políticos

La JUP se colocó siempre dentro del bando de los “demócratas”. Este recurso semántico se había vuelto identitario de los sectores conservadores en el marco de la guerra fría, y era entendido como antítesis tanto de “comunismo” como de “fascismo”. Pero en los tiempos de un mundo bipolar, la principal carga de ser “demócrata” era la de enfrentar el peligro de la infiltración comunista. Sin embargo, la reivindicación que de la democracia hacía la JUP denotaba un sentido crítico:

Sabemos que nuestro sistema democrático representativo es uno de los más avanzados del mundo, pero también lo sabemos plagado de imperfecciones, y por ello es que debemos perfeccionarlo ²⁴

Permeaba al discurso de la JUP un cuestionamiento a las formas en que el gobierno, los ministros, el parlamento y, en definitiva, los partidos, conducían la democracia. Un eje principal era, precisamente, con cuánta eficacia ésta controlaba al comunismo. Ese comunismo que “con su demagogia explota las fallas que tienen los hombres en democracia”²⁵. Dos asuntos de la agenda que aguzaron la crítica de la JUP con-

²² 1881-1954. Intelectual catalán comprometido con el franquismo y afiliado a Falange Española.

²³ 1906-1936. Fundador de las *Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS)* y de Falange Española, se aleja en 1935 por discrepancias teóricas.

²⁴ *La Mañana, Edición del Interior*, 26/11/1970, p. 3.

²⁵ *La Mañana, Edición del Interior*, 4/3/1971, p. 4.

tra el *statu quo* fueron la caída de la Intervención en Secundaria en junio de 1971²⁶, y la lentitud, o directamente el aplazamiento *sine die*, en el tratamiento de la creación de la Universidad del Norte (UN). Ambas estaban llamadas a ser herramientas para frenar al comunismo en la enseñanza (sobre la UN en particular, véase el trabajo de Jung incluido en estas mismas actas).

Nuestros hombres públicos, como es lógico suceda en toda democracia, recorren todos los caminos del país, en procura del apoyo de sus conciudadanos, para enfrentarse al pronunciamiento soberano del cuerpo electoral. Pero esos mismos estadistas tuvieron oportunidad cuando se trató en el Parlamento el asunto de la Enseñanza de buscar soluciones de fondo, o de denunciar clara y valientemente los peligros tremendos a que el País se veía sometido. La tienen también ahora y es su deber hablar claro en tal importante problema, en el que está en juego el futuro de la nación y de nuestros hijos, y es necesario que el pueblo esté suficientemente ilustrado sobre las ideas de sus representantes²⁷

Si bien el tono de la denuncia contra los políticos era genérico (“El pueblo es el que anda y arde en la calle; no el que representan los políticos”²⁸), la crítica jupista arreció contra algunos sectores en particular: el batllismo quincista²⁹ y, obviamente, el frenteamplismo³⁰. Véase cómo este discurso callejero de Hugo Manini, levantado por el periódico de la JUP, que critica a los políticos del Frente Amplio Rafael Michelini y Alba Roballo, ambos ex – colorados/batllistas, era un tiro por elevación para el conjunto de la “clase política”:

Pero yo digo ¡qué cinismo! (interrumpe el público y una voz: ¿a que no hablan de lo que ellos ganan?). Sí... claro, de los 700 mil pesos que ganan los parlamentarios (aplausos). No van a hablar de los privilegios que tienen [...] pero sí hablan de la miseria del pueblo, de los ricos. Pero lo hacen justamente ellos, responsables directos de toda la crisis que atraviesa el Uruguay³¹

Con respecto a la fracción liderada por Jorge Batlle, quien recibió duras críticas fue el Ministro de Educación y Cultura, Julio M. Sanguinetti, quien “no se ha dado por enterado o quizás no quiera hacerlo que en este país existe un pueblo que en su 70% clama por terminar con el actual caos” de la enseñanza, y que desoía el proyecto de la

²⁶ La Enseñanza Secundaria y Técnica, que gozaban de una tradicional autonomía, habían sido intervenidos por el PE en febrero de 1970, generándose un vasto conflicto entre las autoridades interventoras y las gremiales de docentes y estudiantes. La JUP militó en favor de la intervención.

²⁷ *La Mañana, Edición del Interior*, 4/11/1971, p. 3.

²⁸ *Nuevo Amanecer*, 25/1/1973, p. 4.

²⁹ El batllismo había sido desde el 900 una fracción colorada permeada por fuertes contenidos reformistas de talante estatista y sensibilidad social. Si bien desde 1965 había virado hacia posiciones liberal-conservadoras, la extrema derecha lo concebía como expresión de la vieja política a desterrar. Véase sobre el particular la presentación de Rodríguez Metral en este mismo taller.

³⁰ En febrero de 1971 había nacido el Frente Amplio, expresión de la alianza político-electoral de las izquierdas.

³¹ *Nuevo Amanecer*, 10/10/1972.

Universidad del Interior³². “Y la democracia callada la boca, con un Ministro de educación que no ve nada y no se juega”.³³ El fervor anti-quincista aparecía asociado a la crítica que por esos días publicaba el batllismo en su diario contra la derecha radical. El título del editorial de *Acción* “*Los segundos sediciosos*” provocó la ira de la JUP:

Es una cuenta más en el rosario de dislates de un vespertino que no es un simple periódico comercial. Es el portavoz de un sector político que, aunque esmirriado y soslayado por el pueblo, siempre se las ingenia para usurpar los resortes clave de nuestro Estado [...] El portavoz del **quincismo** anuncia presuntuoso que 'ahora que la sedición ha sido derrotada -aramos dijo el mosquito- serán los nuevos sediciosos a los que habrá que combatir'. ¿Quiénes son para los chapa-quincistas los nuevos sediciosos? Son todos aquellos que dieron su sangre por nuestra patria. Todos los que resistieron valientemente los embates del totalitarismo agresor. Todos los que no claudicaron. Los que no se vendieron, los que no se amedrentaron, los que no traicionaron ³⁴

Nótese la vocación jupista por mostrarse como parte de la columna salvadora de la patria que, aunque no se la nombrara, estaba encabezada por las Fuerzas Conjuntas. Esta visión “antipolítica” había sido un componente central del repertorio falangista originario:

Pero, además, estamos divididos en partidos políticos. Los partidos están llenos de inmundicias ... Los partidos políticos nacen el día en que se pierde el sentido de que existe sobre los hombres una verdad, bajo cuyo signo los pueblos y los hombres cumplen su misión en la vida. ... Los hombres se dividen en bandos, hacen propaganda, se insultan, se agitan y, al fin, un domingo colocan una caja de cristal sobre una mesa y empiezan a echar pedacitos de papel en los cuales se dice si Dios existe o no existe y si la Patria se debe o no se debe suicidar. Y así se produce eso que culmina en el Congreso de los Diputados (Primo de Rivera, 1934a).

ii) Por un nuevo sindicalismo

Este tramo de un discurso callejero de Manini en el barrio de Belvedere es elocuente de la concepción sindical que encarnó la JUP:

el trabajo no puede estar en manos de una patota que se llama CNT. [...] Entonces la única solución es crear un auténtico sindicalismo. Un sindicalismo nacional. Nosotros somos de los que creemos en los sindicatos. Que no vengan mañana a venir a decir que vinimos a Belvedere a hablar en contra de los obreros o de los sindicatos [...] Creemos en el sindicalismo porque sin sindicalismo no hay justicia, y porque creemos en la justicia, creemos que tiene que ser el sindicalismo, auténticamente nacional, sin injerencias extranjeras. [...] Y proponemos a los productores pequeños, a los pequeños talleristas, a los artesanos, que se agremien, que formen ligas, para poder así juntos defender su trabajo, su riqueza, su patrimonio, para no dejarse explotar por una camarilla digitada del extranjero ³⁵.

³² *Nuevo Amanecer*, 24/8/72, p. 16.

³³ *Nuevo Amanecer*, 28/9/72, p. 5.

³⁴ *Nuevo Amanecer*, 24/8/1972.

³⁵ *Nuevo Amanecer*, 21/12/1972.

Estos conceptos muestran una clara tonalidad corporativista de sustento falangista. Decía Primo de Rivera definiendo a la Falange de las J.O.N.S.:

Nuestra organización, una de cuyas bases han sido los Sindicatos obreros, quiere que los comerciantes, industriales y labradores, ingresando en los de Empresarios, demuestren que a ellos también les indigna que España sea campo abierto para toda clase de experiencias destructivas, zona neutral donde se puede hacer todo contra España misma, terreno de lucha para que los partidos se injurien y las clases se despedacen sin que el Estado se sienta guardián vigoroso de la existencia nacional (Primo de Rivera, 1934b)

hay que lograr ahora que los Sindicatos no sean asociaciones para luchar contra el capitalismo, sino órganos integrantes de la economía nacional (Primo de Rivera, 1935)

115

Cuando la CNT desarrolló la huelga general con ocupaciones contra el golpe de Estado, la JUP tituló en su semanario: "Obreros: organizarse, echar a los comunistas de las fábricas y defender el trabajo".³⁶ La Unión Gremial Nacional de Trabajadores, proto-central apadrinada por la JUP, señaló:

Ante la situación excepcional que vive el país, frente a esta huelga revolucionaria que ha desatado la ya disuelta CNT, la Unión Gremial informa que Afute (Asociación de Funcionarios de Ute) y UCM (Unión Centro de Marineros), ambos integrantes de la misma, han trabajado todo el tiempo, con una asistencia superior al 80 por ciento pese a las coacciones contra sus integrantes y a la falta de transporte nacional. Esta forma de encarar una irreparable y destructiva huelga de neto corte político que paralizó el país es la única que cabe para el bienestar de todos los habitantes de nuestra querida República Oriental del Uruguay, porque únicamente con el trabajo de todos los auténticos obreros nacionalistas es que podremos salir adelante.³⁷

Este enfoque de la huelga no distaba mucho del que manejaban las Fuerzas Armadas. Un comunicado militar a tres días de iniciada la huelga prometía garantizar

la integridad personal y colectiva de los obreros, que desde tiempo atrás, soportan la presión y la coacción de los dirigentes obreros desposeídos de sentido nacional y sólo motivados por consignas extranjeras (Rico et al., 2005: 229).

iii) Una esperanza para la JUP: las Fuerzas Armadas

A partir del segundo semestre de 1972 el discurso de la JUP se tornó cada vez más empático con las Fuerzas Armadas. Un momento relevante fue la convocatoria a los festejos del 25 de agosto, conmemorativos del día de la independencia nacional y vueltos un homenaje a las Fuerzas Armadas, que se hallaban en el medio de su exitosa tarea punitiva contra Tupamaros. La convocatoria de la JUP al acto a llevarse a cabo

³⁶ *Nuevo Amanecer*, 5/7/1973, p. 1.

³⁷ *Nuevo Amanecer*, 5/7/1973, p. 9.

en la Plaza Independencia decía: “Las fuerzas sanas del país, junto a las Fuerzas Armadas, expresarán esta fe y esta vibración [patrióticas] en una magnífica demostración de ideales, dentro de lo que ellos contienen; respeto, orden, calor de patria.”³⁸ Además de la JUP, convocaron a este acto otras 42 asociaciones y movimientos de diversa naturaleza: político-partidaria, cultural, profesional, patriótica, gremial, de padres, juvenil, femenina, etc.

El apoyo a los militares se fue haciendo cada vez explícito entre febrero y junio de 1973, en la medida que las FFAA iban mostrando su juego político. Al producirse la crisis institucional de febrero de 1973³⁹, la JUP editorializó:

Las jornadas vividas del 8 al 12 de febrero abren una nueva era para nuestro país. El gran protagonista en esta etapa que se inicia son nuestras Fuerzas Armadas con su oficialidad joven a la cabeza. Desde hace casi 100 años, el Ejército uruguayo no intervenía en las decisiones políticas. Desde el 10 de marzo de 1876 en que el presidente Varela abandona el gobierno y se refugia en la legación de Francia y el coronel Lorenzo Latorre asume el poder como gobernador provisorio, los militares se cuidan bien de no irrumpir en el escenario político. Las alteraciones del orden jurídico constitucional son llevadas a cabo por civiles. El golpe 'bueno' de 1897, lo da Lindolfo Cuestas, con el apoyo del diario El Día y de Batlle (Cuestas cueste lo que cueste), el golpe 'malo' del 31 de marzo de 1933 lo realiza el presidente Gabriel Terra, desde el Cuerpo de Bomberos con el solo apoyo de la Policía; y el golpe 'bueno' del Carnaval de 1942 lo llevó a cabo el general Alfredo Baldomir, sin mover un solo soldado. Desde febrero de 1942 a febrero de 1973, se han sucedido los hombres y los gobiernos y las constituciones usando solamente las reglas del juego que los golpistas del 42 inventaron para mantenerse en el poder. Fueron 31 años de corrupción y arbitrariedad legalizada. Salvo la presencia de hombres excepcionales que aglutinaron detrás de sí al pueblo sincero, como Luis Alberto de Herrera o Benito Nardone, todo transcurrió de acuerdo a los cánones mentales que impusieron los enemigos de la revolución de marzo ⁴⁰

Si la JUP venía insinuado una crítica a los sistemas político y de partidos uruguayo, el rechazo era ahora explicitado en el marco de un muy preciso revisionismo histórico: la reivindicación de la “revolución marzista” y la denostación del golpe “bueno” de 1942⁴¹. Ese corte le permitía trazar un paralelismo entre aquella época y la coyuntura de 1972: el contubernio entre reformistas y comunistas se plantaba otra vez de espaldas a los defensores de la nación. Pero hoy no había un Terra, un Herrera o un

³⁸ *Nuevo Amanecer*, 24/8/1972.

³⁹ En esa ocasión, las FFAA no acataron el cambio de Ministro de Defensa realizado por el Presidente Bordaberry. El conflicto terminó con un acuerdo entre ambas partes en el que las FFAA obtenían notorias concesiones.

⁴⁰ *Nuevo Amanecer*, 22/2/1973.

⁴¹ Se conoce como “revolución marzista” al golpe de Estado conservador realizado por el Pte. Gabriel Terra el 31 de marzo de 1933. El “golpe bueno” de febrero de 1942, dirigido por el presidente Alfredo Baldomir pretendió dar marcha atrás a la institucionalidad creada por el golpe anterior.

Nardone; solo quedaban “nuestras Fuerzas Armadas con su oficialidad joven a la cabeza...”

El discurso de la JUP incurrió en las mismas inflexiones que el de los militares: “¿Esta es la ruta? Maniobras, ilícitos, denuncias, corrupción, especulación, polémicas, agravios, discursos, inflación, persecución religiosa”.⁴² De allí en más, los titulares de los editoriales de la JUP fueron en una única dirección: “Las Fuerzas Armadas tutelan el trabajo”; “Ha sonado la hora de la espada”; “El ejército nacional no puede retroceder”. Consumado el golpe de Estado el 27 de junio de 1973, *Nuevo Amanecer* editorializó:

No equivocarse. El decreto del Poder Ejecutivo de disolver las cámaras y crear un Consejo de Estado es el acta de defunción de un régimen que arrastraba inexplicablemente una penosa agonía. El 27-6-73 debemos considerarlo como una de las fechas más significativas de nuestra historia. Nosotros que no tuvimos compromisos previos ni futuros, queremos hablar claro para evitar que este esfuerzo de civiles patriotas y de nuestras Fuerzas Armadas no sea castrado y esterilizado. [...] La caída del Parlamento no es la caída del régimen. Ni siquiera de los corruptos políticos que lo integraban. Un régimen muere recién cuando sobre sus escombros se levantan nuevas instituciones que encuadran a los hombres. Cuando el viejo y caduco ordenamiento es sustituido por un nuevo orden. Y el Nuevo Orden Nacional sólo es posible erigirlo con hombres nuevos que tengan Fe, que crean en la Patria y en la Justicia ⁴³

La forma en que la JUP honraba a las Fuerzas Armadas muestra también una fuerte proximidad con la herencia falangista, cuya “... actitud es el espíritu de servicio y de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida.” (Primo de Rivera, 1933).

5. La JUP y el falangismo

Las influencias falangistas en el cuerpo de ideas y el lenguaje de la JUP a partir de 1972 son notorias. ¿Cómo llegaba aquél legado hispánico a los principales referentes del movimiento?⁴⁴ Consideraremos dos factores explicativos. Por un lado, la tradición

⁴² *Nuevo Amanecer*, 21/6/1973.

⁴³ *Nuevo Amanecer*, 28/6/1973.

⁴⁴ Nota de los editores: sobre una vinculación previa entre actores políticos uruguayos y el falangismo puede verse en este mismo libro el artículo de Carolina Cerrano “Derechas conectadas ¿Por qué el herrerismo y el falangismo simpatizaron con el ascenso del peronismo?”

primoderiverista nunca había desaparecido de las escenas ideológicas nacional y latinoamericana, aún en estado de latencia o a través de orgánicas marginales (Broquetas, 2014). Por otra parte, la idea de la “revolución” como alternativa a la crisis nacional alimentó en la coyuntura 1968-1973 numerosos proyectos políticos y se volvió un concepto en disputa, notoriamente entre diversas fracciones de la izquierda. Sin embargo, frente a la mentada “revolución” de las izquierdas, dentro del repertorio ideológico de las derechas estaba disponible la “otra” revolución, la “revolución nacional”. La trayectoria larga de una suerte de falangismo uruguayo se materializó en una organización pujante como la JUP, que transitó así de la defensiva reacción liberal-conservadora al proyecto nacionalista revolucionario.

¿Son comparables las coyunturas española (c. 1933) y uruguaya (c. 1970)? Toda comparación de escenarios distantes en términos cronológicos y geográficos se vuelve una tarea riesgosa. No pretendemos aquí desarrollar tal cotejo. Pero sí resulta de interés observar que múltiples conflictos de aquella realidad uruguaya pudieron activar, o mejor dicho, reactivar las pulsiones de un pensamiento de matriz falangista. Nos parece de sumo interés la reconstrucción que del falangismo ha hecho Río Cisneros⁴⁵, apologista español de la obra de Primo de Rivera. Más allá del grado de deformación interpretativa que pueda contener, consideramos que las siguientes apreciaciones reflejan ciertos consensos que sobre el pensamiento de Primo de Rivera circularon entre las nuevas generaciones que abrazaron esa causa.

La subversión marxista y separatista en 1934 centra la polémica de José Antonio. Analiza los ingredientes de esta rebelión y no se conforma —como tienden siempre a hacer las derechas de turno— en sofocar la rebeldía aplicando estrictamente los tan amados recursos conservadores del orden público, sino que denuncia la necesidad de dar cauce y norma al espíritu **revolucionario** dentro de líneas españolas, con lealtad para los auténticos valores tradicionales, pero con inexorable rigor en la exigencia de ambiciones sociales de una política moderna (Del Río Cisneros, 1975: 8).

La clave de su posición es la actitud **revolucionaria**, actitud transformadora, dispuesta y favorable al cambio hacia un **nuevo orden** político-social (Del Río Cisneros, 1975: 11).

Notemos las proximidades de la mirada jupista con estos planteos. Primero que nada, la crítica a las “derechas de turno” que, atadas a “recursos conservadores”, son ineficaces en la defensa de los “auténticos valores” y postergan las “ambiciones sociales” del

⁴⁵ Agustín del Río Cisneros (1909-1992) fue un prolífico publicista de la causa falangista, constituyéndose en el principal compilador y editor de las obras de José Antonio Primo de Rivera y de Francisco Franco. Publicó más de una veintena de obras históricas y políticas entre las cuales *las Obras completas de José Antonio Primo de Rivera*, 1974.

proyecto nacional. Vale decir, de todos modos, que el énfasis “antipolítico” de la JUP es menos rotundo que en Primo de Rivera⁴⁶. La fuerza secular de la partidocracia uruguaya marca distancias con el caso español, constatándose ciertos rasgos de *outsider*⁴⁷ del creador de la Falange, que no encontramos en la JUP, donde el anclaje tradicionalista no permitía desmarcarse tan fácilmente de las viejas divisas.

Desde esta perspectiva “derechista revolucionaria”, el Uruguay de c. 1970-1972 vivía similar situación de “subversión” y “separatismo”, aunque con otros condimentos, que la España de c. 1933-1936. Si bien el concepto de “separatismo” guardaba para los españoles un sentido muy estricto (en referencia a las plataformas independentistas de vascos, catalanes, gallegos, etc.), la subversión uruguaya también fue presentada desde ese costado divisionista: despedazaba a la nación en clases y promovía el enajenamiento de la patria al extranjero. La “revolución nacional” suponía romper con la amenaza que se cernía sobre la unidad de la nación. Por eso, en ambos casos, la revolución era convocada “dentro de líneas nacionales”, con lealtad a los “valores tradicionales”.

¿De dónde provenían esas resonancias falangistas en el discurso jupista? ¿Estaban ocultas y latentes en algunas de sus cabezas directrices? ¿Se fueron incubando como parte del proceso de radicalización de la coyuntura? ¿Se trata acaso de un itinerario “natural” de tránsito de la reacción a la revolución por parte de las derechas cuando sienten amenazado el *statu quo*?

6. A modo de cierre

Como reflexión final, nos preguntamos: ¿cuán antagónica es la posición liberal-conservadora con el fascismo? Considero que debemos pensarlas como parte de un campo dentro del cual circulan ideas (de más democráticas a más golpistas), prácticas (de la tolerancia, pasando a la amenaza, a la violencia); donde actores individuales o grupales van asumiendo la conducción según la coyuntura. La pérdida de confianza pública que los tradicionales dirigentes de la derecha liberal y conservadora evidenciaron ante la “crisis nacional” facilitó que dentro del campo de las derechas tuvieran es-

⁴⁶ Resulta de interés el caso del entonces presidente electo devenido dictador Juan María Bordaberry. Elegido por uno de los partidos como presidente en 1971, propuso en 1976 la disolución de los mismos. El rechazo que la propuesta generó en la cúpula militar nos permite colocar ambas posturas en un continuo dentro del campo de las derechas. Con los elementos disponibles hasta ahora, consideramos que la JUP oscilaba entre esos dos extremos.

⁴⁷ Si bien el carácter de “outsider” de J. A. Primo de Rivera es discutible (era hijo de un exgobernante y fue diputado por una formación tradicional), el discurso revolucionario del que se apropió desde 1933 lo desmarca explícitamente del *establishment* de su época.

pacio los discursos radicales. Éstos, nunca desaparecidos, supervivientes dentro de redes intelectuales o de militancia semi-sumergidas, encontraron eco entre sectores que se politizaban al compás de la crisis (jóvenes, en particular del interior del país, y no solamente de clases acomodadas).⁴⁸

Fuentes

PRIMO DE RIVERA, José Antonio (1933). “Discurso de la fundación de Falange Española”, pronunciado en el Teatro de la Comedia de Madrid, 29 de octubre.

PRIMO DE RIVERA, José Antonio (1934a). “Discurso de proclamación de Falange Española de las J.O.N.S., pronunciado en el Teatro Calderón de Valladolid”, 4 de marzo.

PRIMO DE RIVERA, José Antonio (1934b). “Nacionalsindicalismo. A los comerciantes, industriales y labradores de España”, *La Nación*, 29 de noviembre.

PRIMO DE RIVERA, José Antonio (1935). “Conferencia pronunciada en San Sebastián, con motivo de la inauguración de los locales de la Falange en la calle Garibay 27”, 5 de enero.

Prensa:

La Mañana, Edición del Interior, año 1971.

Semanario *El Pueblo*, J. Batlle y Ordóñez, año 1971.

Semanario *Nuevo Amanecer*, años 1972-1974.

Bibliografía

BOHOSLAVSKY, Ernesto (2013). “El anticomunismo en Argentina y Brasil: cercanías y diferencias (1945-1966)”, ponencia presentada en las XIV Jornadas Interescuelas de Historia, Mendoza.

BROQUETAS, Magdalena (2014). *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

BUCHELI, Gabriel (2012). “Organizaciones ‘demócratas’ y radicalización anticomunista en Uruguay (1959-1962)”, *Contemporánea: Historia y problemas del siglo XX*, n. 3, pp. 31-52.

⁴⁸ Nota de los editores: aquellos interesados en organizaciones derechistas de Uruguay en los años sesenta y setenta pueden revisar las ponencias de Magdalena Broquetas y de María Eugenia Jung aquí incluidas.

BUCHELI, Gabriel, (2013). “La Juventud Salteña de Pie, expresión de un movimiento juvenil de derecha local con proyección nacional (Uruguay, 1969-1970)”, *Revista Encuentros Uruguayos*, Volumen VI, Número 1, Montevideo, pp. 157- 186.

DEL RÍO CISNEROS, Agustín (1974). *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera*. Disponible en <http://www.rumbos.net/ocja/>

JACOB, Raúl (1981). *Benito Nardone: el ruralismo hacia el poder*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

PINTO, Guilherme de Alencar (2013). *Los que iban cantando. Detrás de las voces*, Montevideo: TUMP.

RICO, Álvaro et al. (2005). *15 días que estremecieron al Uruguay. Golpe de Estado y huelga general. 27 de junio – 11 de julio de 1973*, Montevideo: Fin de Siglo.

SAZ CAMPOS, Ismael (2003). *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid: Marcial Pons Historia.

¿Cómo citar este artículo?

BUCHELI, Gabriel, “¿Fue la Juventud Uruguaya de Pie una expresión de derecha falangista en el Uruguay de los primeros años 70?”, en Ernesto BOHOSLAVSKY, Magdalena BROQUETAS y Olga ECHEVERRÍA (editores), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del VII Taller de discusión*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016, pp. 104-121. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

¿HACIA UNA NUEVO SENTIDO COMÚN SOCIAL Y POLÍTICO?

LA DERECHA NEOLIBERAL EN LOS INICIOS DE LA NUEVA DEMOCRACIA URUGUAYA (1984-1985)

Mauricio Bruno

Este texto tiene un título muy ambicioso y eso se relaciona con la etapa de ejecución del proyecto en el que se enmarca. Lo que sigue es una serie de preguntas, reflexiones y ensayos de respuesta formulados en el curso de la definición del problema a abarcar en mi tesis de Maestría, cursada en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de República. La presentación en este taller supone una instancia potencialmente fructífera para la delimitación de ese problema y el avance en mi proyecto de investigación. Por eso, la estructuraré a partir de una definición de los conceptos y una justificación de la periodización que se maneja en el título. Ello me permitirá plantear las hipótesis de las que parto, las preguntas que surgen a partir de ellas y las potenciales estrategias de investigación que podrían desarrollarse, para el caso uruguayo, en torno a un problema que atraviesa a varios países del América Latina durante las décadas de 1970 y 1980: la emergencia de un nuevo sentido común social y político neoliberal, la constitución de una derecha neoliberal y la influencia de ambos aspectos en los procesos de redemocratización.

Una de las columnas vertebrales del problema que me propongo formular son las ideas contenidas es el trabajo de Álvaro Rico, *Cómo nos domina la clase gobernante* (Rico, 2005). En ese trabajo Rico realiza un planteo que, a grandes rasgos, se podría definir de la siguiente manera: tras la dictadura se comienza a instalar en Uruguay un nuevo sentido común, un relato dominante a nivel social y político, en gran medida a partir de la palabra de los actores políticos de los partidos tradicionales, que construye y divulga una forma particular de pensar al país acorde a sus objetivos de neutralizar el disenso político. Este relato permite una síntesis entre *democracia* y *liberalismo*, proyecto que, a priori, se enfrentaba en 1985 a dificultades bastante serias, relacionados con la historia reciente del Uruguay. La síntesis entre democracia y liberalismo había sido muy desafiada en los años previos a la dictadura, tanto por las políticas autoritarias de varios gobiernos uruguayos que se sucedieron a partir de comienzos de la década 1970, como por cierta hegemonía intelectual de la izquierda, que había cuestionado las ideas

de la democracia liberal y había llevado a cabo prácticas políticas claramente divergentes con ella.¹ Esa apropiación liberal de la democracia implicó varias estrategias discursivas, según Rico: una de ellas, que me interesa recatar aquí, es la que define como la emergencia "del principio de lo fáctico", es decir, la instalación de un discurso que postula que los hechos se imponen por su propia naturaleza y que, frente a ello, la actividad política debe limitarse a ejecutar las respuestas inexorables que esos hechos plantean. En este marco, los relatos que incluyen la idea de que la práctica política debe tender a cierto paradigma de justicia social, son resignificados por ese nuevo sentido común social y político como utopías carentes de sentido.

Me interesa tender un puente entre esa idea de *nuevo sentido común* y el concepto de neoliberalismo, en el sentido de que el *principio de lo fáctico* está anclado fuertemente en el mundo de la economía. Podríamos hablar, incluso, de un *principio de lo económico*, y acá me gustaría también traer a colación un artículo de Ricardo Salvatore, titulado *Tres discursos de mercado en América Latina* (Salvatore, 1994), que más que un trabajo historiográfico propiamente dicho, es un ensayo sobre la construcción de discursos políticos en diferentes momentos de la historia de América Latina. Salvatore examina diferentes proyectos liberales operantes en América Latina, desde las reformas borbónicas hasta las propuestas neoliberales de fines del siglo XX, pasando por los proyectos de nación postulados por los liberales del siglo XIX. ¿Qué es lo particular del neoliberalismo en relación a otros discursos de reforma liberal que se propusieron en la historia de América Latina? Para Salvatore, esta particularidad consiste en que el mercado solo apareció como un sistema de alta racionalidad, al cual deben supeditarse las otras esferas de acción social -como la política y la moral- en el discurso neoliberal. La separación entre las esferas económica, política y moral es un fenómeno que comienza a producirse a comienzos del siglo XVIII, pero con el neoliberalismo la economía alcanza una autonomía plena, una separación definitiva de la política y de lo social, en el sentido de que adquiere legitimidad la idea de que puede pensarse como un saber abstracto y ajeno a las otras dimensiones.

Siguiendo con Salvatore, bajo el neoliberalismo el liberalismo abandona proyectos de integración política y cultural propios. El liberalismo siempre había funcionando en base a la idea de una alteridad, de la existencia de un *otro* que debía ser

¹Otro aporte importante para pensar este problema es el libro *Sanguinetti, la otra historia del pasado reciente*, del antropólogo Álvaro de Giorgi, que examina el rol de Julio María Sanguinetti como un "emprendedor de memoria" sobre el pasado reciente uruguayo entre aproximadamente fines de la década de 1970 y los primeros años de la de 2010 (De Giorgi, 2014).

integrado. Por ejemplo, para los liberales decimonónicos, el esquema de civilización y barbarie permitía postular un "adentro" y un "afuera" de la modernidad y, en base a ello, legitimar la pretensión de que la modernidad debía extender sus fronteras para incluir ese afuera. Durante el neoliberalismo, por el contrario, dejó de pensarse en términos de una comunidad que es necesario crear o estabilizar, sino que la sociedad comienza a pensarse como una suma de *homo economicus*, de individuos aislados. Apoyándose en esa imagen de la sociedad logra solapar las contradicciones culturales y de clase latinoamericanas.

En el contexto de la redemocratización uruguaya, a mediados de los años ochenta, algunas de las ideas que Salvatore identifica como típicos planteos neoliberales tomaron cuerpo en discursos concretos, como el de la crisis final del Estado, el de la necesidad de actualizar los Estados latinoamericanos a las prácticas modernas de gestión de la economía -que vendrían a ser las que estaban llevando a cabo los gobiernos de Reagan y Thatcher en Estados Unidos y Gran Bretaña respectivamente-, o el de la inflación entendida como un problema derivado de la antinatural intervención del Estado en la economía.

Para entender la emergencia de estos discursos, me parece importante tener en cuenta, además, algunos planteos de la politóloga uruguaya Ámparo Menéndez Carrión (Menéndez Carrión 2015), que habla del Uruguay en términos de una "polis golpeada". Menéndez Carrión propone pensar al Uruguay como el caso de una polis -en el sentido de un espacio que permite la convivencia de aquellos que son diferentes- que durante la segunda mitad del siglo XX participa de lo que podría metaforizarse como una "guerra de desgaste" contra el neoliberalismo, que propone una lógica menos republicana -y más liberal- de pensar las relaciones sociales. Si uno quisiera examinar la instalación de las ideas neoliberales en Uruguay, perfectamente podría mirar un poco más atrás y centrarse en la dictadura, que fue un momento decisivo en la instalación de esta lógica liberal. En el campo de la economía se distingue la emergencia de un grupo de técnicos que impulsó un proyecto de reforma del tradicional estatismo uruguayo, que contó con la oposición de las burocracias militares, en un proceso que Jaime Yaffé (2013) ha analizado en términos de -parafraseando a Carlos Real de Azúa- "impulso (técnico-civil de orientación neoliberal) y el freno (militar, celoso guardián del estado)".

¿Por qué, entonces, enfocar la mirada en los años 1984 y 1985? Una de las razones fue la voluntad de trabajar la forma en que se fue procesando esa guerra de desgaste, esa dinámica de impulsos y frenos, en un contexto de democratización.

Pensar cómo se desarrolló un proceso de "privatización" de toma de decisiones relativas a asuntos públicos -como el manejo de la economía- en el marco de un régimen que abre las puertas de la participación política. Y 1984 fue el año de las elecciones en Uruguay y, además, un año de fuerte efervescencia política, pensando el concepto de "política" como el ámbito de construcción de iniciativas para transformar la realidad. Incluso fue un período que puede pensarse a través de la clave conceptual de "momento populista" (Laclau 2005), si entendemos a "la democracia" -la demanda que estaba en boca de todos los partidos políticos y las organizaciones sociales- como un significativo vacío que, en ese momento, articuló las variadas demandas de un amplio marco opositor a la dictadura.

Por otro lado, durante ese período también existieron actores que cuestionaron esa "efervescencia democrática", esa idea de que la práctica política debía retomar una iniciativa perdida durante la dictadura con el fin de recuperar al país. Y por eso me pareció importante examinar al semanario *Búsqueda*, puesto que se trataba de un actor clave en el rechazo a esa idea y que ejerció ese rechazo en nombre de un relato que, algunos años después, sería parte fundamental del *nuevo sentido común social y político* del que habla Rico.

También elegí *Búsqueda* tras preguntarme de dónde partían las ideas que postulaban la necesidad de implementar reformas de corte neoliberal en Uruguay. Si bien la historiografía uruguaya ha privilegiado un modelo interpretativo que confiere a los partidos y al Estado la iniciativa en la construcción de proyectos políticos -y la lectura del mencionado trabajo de Rico, consignada más arriba, también enfoca su mirada en la palabra de los actores públicos- algunas ideas fuerza del discurso neoliberal, así como la lectura de algunos textos que han estudiado el fenómeno en otros países (Morresi 2008), me llevaron revisar otros actores con capacidad de construcción de agenda política, que se vinculan con los partidos y que proponen ideas para la construcción política. Por otro lado, todo esto se relaciona con otra pregunta: ¿cuál es esa "derecha neoliberal"? ¿Cuál es el objeto del que estoy hablando? Ese es el gran problema que encuentro aquí y las diferentes respuestas que, a modo de hipótesis, puedo ensayar ante él implican diferentes estrategias de investigación.

Búsqueda es una publicación que comenzó a publicarse en 1972, como una revista especializada en economía. Funcionó durante toda la dictadura y lo hizo en buena medida como un lugar en el cual ciertos especialistas podían participar de una esfera pública restringida a aquellos que, en líneas generales, compartían los objetivos de

saneamiento político que se proponía el régimen, aunque no le profesaran una adhesión monolítica (Marchesi 2013: 344). En 1982 cambió de formato, comenzó a incluir mucha más información general -incluso deportiva-, sin dejar de ser una publicación dirigida a la elite económica y social, a aquellas personas a las que había explicarle, según Ramón Díaz -uno de los fundadores de *Búsqueda*- “por qué las cosas no funcionan” en el Uruguay (Marchesi 2013: 345).

Enfoqué la mirada en noviembre de 1984, bajo la hipótesis de que el contexto electoral funcionó como un ámbito fructífero para el debate sobre el futuro del país. Lo que encontré fue a un actor consciente de la necesidad de divulgar ideas de reforma neoliberal en el marco de un país cuyo sistema político no mostraba señales de querer implementar esas reformas. Por ejemplo, la idea de “adaptarse al mundo”, de que la globalización era un fenómeno que se imponía a todos y de que las ideas modernas que eran, explícitamente, las que desarrollaban Ronald Reagan en Estados Unidos o Margaret Thatcher en Gran Bretaña. Por otro lado, una voluntad de definir explícitamente cuáles eran los límites de lo posible dentro de los que deberían manejarse los gobernantes: qué se podía y que no se podía hacer en política. Y cómo ese margen de posibilidades era factible de ser medido a partir de análisis objetivos realizados por especialistas de la Ciencia económica. Además de esto, *Búsqueda* rechazó, también explícitamente, la idea de que la tarea de la actividad política era aproximar a la sociedad a cierto paradigma, y esto es la base de una discusión clave que llevaron a cabo contra el programa económico de los candidatos con más chances de ganar las elecciones de 1984 -Julio María Sanguinetti por el Partido Colorado y Alberto Zumarán por el Partido Nacional, sin mencionar al Frente Amplio-. *Búsqueda* cuestionó la imposición de una agenda “socialdemócrata” o “keynesiana” en todos los partidos, una agenda que interpretaba como la formulación de una utopía demagógica, pues apuntaba a reconstruir el Uruguay de la mano de una fuerte intervención del Estado, lo cual solo podía redundar en un gran fracaso. Esa idea de la tarea de la política era aproximar a la sociedad un determinado paradigma -el de la “justicia social”, en este caso- para *Búsqueda* era el germen de males mayores a los que buscaba remediar.

Por otro lado, analizar la producción discursiva de *Búsqueda* permite trabajar a la dimensión discursiva del saber económico y seguir el proceso mediante el cual fue colonizando otro tipo de discursos, es decir, cómo la economía comenzó a funcionar como un campo de producción de metáforas para pensar la política. No me refiero aquí a la formulación de un modelo teórico específico, a la transposición de un marco

conceptual formulado en el campo de la Ciencia económica empleado para pensar el campo político, cómo hizo Anthony Dows (Dows 1957), sino a formulaciones mucho más elementales, a metáforas y símbolos que circunscriben el campo político dentro de los límites de una supuesta “lógica económica”. Me refiero, por ejemplo, a la concepción de la legitimidad constitucional como un “capital” que debía ser administrado

con parsimonia, con esmero, con cariño”, porque si no “se pierde, como la fortuna del pródigo [...] “un capital incipiente, que debemos invertir con discriminación y prudencia, y vigilar con trabajo asiduo, para que llegue a ser una gran fortuna, a cuyo amparo la república pueda sentirse segura de su libertad”²

127

El semanario, por otra parte, formuló una interpretación bastante particular sobre el estado crítico de la economía uruguaya en el contexto del final de la dictadura. A contrapelo de las interpretaciones de los economistas de la Concertación Nacional Programática (CONAPRO³), para *Búsqueda* lo ocurrido en dictadura no había sido un proceso regresivo de la distribución del ingreso, sino una disminución del producto. Lo primero no podía verificarse científicamente, lo segundo sí. Por eso, apuntalar el crecimiento económico debía ser la primera prioridad del gobierno y lo otro -los frutos de ese beneficio para los sectores más desfavorecidos- derivaría del derrame de ese crecimiento.

Otra cuestión de agenda que fue interpretada a través de esta óptica fue la problemática de la deuda externa. *Búsqueda* dio cuenta de la existencia de un debate, en el campo político, acerca de cómo enfrentar el endeudamiento. Por un lado, la CONAPRO proponía realizar acuerdos políticos entre los países deudores, para renegociar en conjunto las condiciones de ese endeudamiento. Esta postura fue rechazada por *Búsqueda*, apuntando a que la solución al problema no podía ser política, sino que debía restringirse al ámbito de la gestión económica, puesto que pasaba por aplicar un programa económico “serio”, “coherente”, “racional”, que fuera reconocido y aprobado por los organismos acreedores. Así planteaba el problema Ricardo Peirano, un colaborador habitual del semanario:

Es que, en última instancia, el problema no se reduce a la buena o mala voluntad del gobierno sino a que adopte o no las medidas correctas aunque sean dolorosas, inspire credibilidad, distribuya equitativamente el sacrificio, y haga, no tanto un gobierno de concertación, sino uno de verdadera unidad nacional, lo cual es algo

² *Búsqueda*, 21 de noviembre de 1984.

³ La CONAPRO fue una instancia de intercambio e interacción entre actores políticos y sociales, que aspiraba lograr una plataforma base para la obra del nuevo gobierno. Con respecto al campo económico, se proponía implementar medidas tendientes a una distribución del ingreso más equitativa, luego de años de descenso del salario real.

diferente ⁴

De esa forma, Peirano delimitaba los márgenes desde los cuales podía pensarse el problema. Lo que quedaba fuera de ese campo podía dirimirse fácilmente bajo los adjetivos de “irracionalidad”, “irresponsabilidad”, “demagogía”, “infantilismo”, etc.

Ahora bien, partiendo del análisis de discurso de *Búsqueda* inmediatamente previo a las elecciones de 1984, me surgieron una serie de preguntas relativas a la forma de proyectar esa investigación inicial y transformarla en una de más largo alcance. Una de esas preguntas fue un cuestionamiento acerca del propio objeto de estudio. ¿La construcción de un sentido común neoliberal debe buscarse en una revista especializada en economía, una publicación dirigida a las elites políticas y empresariales, o debería rastrearse en otro tipo de productos culturales, con una vocación más masiva? Por ejemplo la televisión o la producción publicitaria, que divulgan nuevos modelos de consumo, vinculados con la creciente apertura comercial de las décadas de 1980 y 1990. Esta pregunta implica discutir los márgenes del concepto de “derecha neoliberal”, para aceptar (o no) la inclusión de actores sociales cuya incidencia en el espacio público no está originada principalmente por una vocación política (como podrían ser, por ej. las empresas publicitarias) pero que a la vez son fundamentales para la construcción del sentido común neoliberal.

Otro camino, que apunta en la dirección contraria a la anterior, es enfocar en el rol de los think tanks, que para el caso argentino fue bastante importante, por lo menos durante la emergencia del menemismo: me refiero a los vínculos que el Partido Justicialista estableció, en la segunda mitad de la década de 1980, con ciertos grupos que pensaban la política económica desde un saber especializado. Ese lazo permitió, más adelante, que algunos de estos especialistas pasaran a ocupar lugares importantes en la conducción económica del país, como fue el caso de Domingo Cavallo.

Por otro lado ¿el objeto de estudio deben ser los economistas? Me refiero a los economistas en su rol de intelectuales, es decir aquellas personas que producen y difunden un discurso, que reciben y adaptan ideas de otros lugares y que las usan para formular políticas públicas. Y además ¿cuáles son los circuitos de esas ideas? ¿Cuáles fueron las redes que se establecieron entre políticos, economistas, periodistas y técnicos de gestión pública? No hay que olvidar que este fue un momento de fuerte debate en torno a cuál debía ser el rol a jugar por el Estado en la nueva democracia, y además la

⁴ *Búsqueda*, 21 de noviembre de 1984.

idea de “modernizar el Estado” cobra mucha fuerza. Y finalmente, ¿cuáles son los nodos que vinculan a esos diferentes actores? Cada una de estas preguntas implica estrategias de investigación, acceso a fuentes y periodizaciones distintas. Un desafío a futuro es jerarquizar estas opciones y definir un curso de investigación.

Fuentes

Búsqueda, “El proceso ha muerto, ¡Viva la República!”, 21 de noviembre de 1984, p. 2.

Búsqueda, “La propuesta multipartidaria (V). Por: Jorge Caumont”, 21 de noviembre de 1984, p. 20.

129

Bibliografía

ÁLVAREZ, Emiliano (2007). "Los intelectuales del 'Proceso'. Una aproximación a la trama intelectual de la última dictadura militar", *Políticas de la Memoria*, N° 6/7. Verano 2006/2007

DE GIORGI, Álvaro (2014). *Sanguinetti, la otra historia del pasado reciente*, Montevideo: Fin de Siglo.

LACLAU, Ernesto (2005). *La razón populista*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.

MARCHESI, Aldo (2013). “Una parte del pueblo uruguayo, feliz, contento, alegre’. Los caminos culturales del consenso autoritario durante la dictadura”. En DEMASI, Carlos, MARCHESI, Aldo, MARKARIAN, Vania, RICO, Álvaro y YAFFÉ, Jaime, *La dictadura cívico-militar, 1973-1985*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, pp. 323-398.

MORRESI, Sergio Daniel (2008). *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*, Buenos Aires: Universidad Nacional Sarmiento.

MENÉNDEZ CARRIÓN, Ámparo (2015). *Memorias de ciudadanía. Avatares de una polis golpeada. La experiencia uruguaya*. Montevideo: Fin de Siglo.

RICO, Álvaro (2005). *Cómo nos domina la clase goberante. Orden político y obediencia social en la democracia posdictadura. Uruguay (1985-2005)*, Montevideo: Trilce.

SALVATORE, Ricardo (1994). 'Tres discursos de mercado en América Latina, 1750-1990', *Revista de Historia de América*, n. 117.

YAFFÉ, Jaime (2013). “Proceso económico y política económica durante la dictadura (1973-1984)”. En DEMASI, Carlos, MARCHESI, Aldo, MARKARIAN, Vania, RICO, Álvaro y YAFFÉ, Jaime, *La dictadura cívico-militar, 1973-1985*, Montevideo: Ediciones

de la Banda Oriental.

¿Cómo citar este artículo?

BRUNO, Mauricio, “¿Hacia un nuevo sentido común social y político? La derecha neoliberal en los inicios de la nueva democracia uruguaya (1984-1985)”, en Ernesto BOHOSLAVSKY, Magdalena BROQUETAS y Olga ECHEVERRÍA (editores), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del VII Taller de discusión*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016, pp. 122-130. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas



Instituto del Desarrollo Humano • Universidad Nacional de General Sarmiento

Las derechas en el Cono sur, siglo XX
Actas del séptimo taller de discusión

131

MESA REDONDA



Instituto del Desarrollo Humano • Universidad Nacional de General Sarmiento

Teléfono: (54 11) 4469-7701/02/03
Fax: (54 11) 4469-7734
e-mail: indh@ungs.edu.ar

PRESENTACIÓN DE LA MESA REDONDA

Luis Alberto Klejzer

En la edición del año 2016 el Taller de Discusión “Las derechas en el cono sur, siglo XX” decidió incluir entre sus actividades una mesa redonda. Ello constituyó una innovación para un espacio de reflexión y formación que hasta aquí había consistido esencialmente en la presentación y debate de ponencias. Esa novedad se superpuso con otra, la proveniente de que por primera vez el Taller se realizaba fuera de Argentina. De allí que los organizadores tomaran la decisión de que la mesa redonda se concentrara en una perspectiva a la vez historiográfica e histórica y en el análisis de los casos argentino y uruguayo y de sus conexiones históricas. Los participantes convocados fueron la argentina Olga Echeverría y el uruguayo Gerardo Caetano, ambos conocedores de la historia política de sus países, pero a la vez familiarizados con algunos de los problemas historiográficos más relevantes del país vecino (un breve detalle de sus antecedentes puede encontrarse en el apartado “Sobre los autores” incluido al final de estas actas).

En su exposición, Caetano plantea en primer lugar, la relevancia de interpelar las historiografías nacionales en clave regional y comparativa a partir de algunos de los desafíos planteados por la historia conceptual. En este sentido, hace un interesante trabajo de definición de las derechas uruguayas de principio del siglo XX que parte de las interpretaciones de la Revolución francesa y la tríada compuesta por Libertad, Igualdad y Fraternidad. De esta manera, para el estudioso del batllismo, el herrerismo fue la primera representación de la derecha uruguaya que expresó un “antijacobinismo” local. Posteriormente sugiere que, de acuerdo a la percepción de las ideologías europeas y los acontecimientos internacionales, es posible distinguir a una derecha liberal conservadora del nazi-fascismo y que la principal amenaza que aquellas detectaban en los primeros años del siglo XX fue el batllismo.

En segundo lugar plantea la importancia de analizar las redes y vinculaciones existentes entre las derechas en el nivel rioplatense. Para ello repasa ciertas interpretaciones históricas que se han hecho entre las corrientes políticas uruguayas y argentinas. De esta manera, al poner de manifiesto las dificultades para estudiar comparativamente a Argentina y Uruguay por sus disimilitudes geográficas, Caetano describe el accionar y

el peso de los nacionalismos, del laicismo, la legitimidad del sistema de partidos y la vinculación de la derecha con las Fuerzas Armadas en ambos países. Finalmente propone continuar la clave comparativa y exhorta a los investigadores rioplatenses a encontrarse con más frecuencia.

En su exposición, Echeverría presenta una breve pero intensa revisión de los estudios historiográficos sobre las derechas de Argentina en la primera mitad del siglo XX. Se trata de un actor que, pese a haber sido estudiado por numerosos investigadores argentinos y extranjeros, pareciera suscitar menor interés que las izquierdas. Echeverría divide el estudio de las derechas de principios de siglo XX en distintos períodos: en los años que van de 1950 a 1970 se buscaba analizar las derechas vinculándolas con los golpes de estados, el origen del peronismo y la militarización del escenario político. Un segundo período abarca la década de 1980 y se caracteriza por el predominio del análisis del nacionalismo de entreguerras y su relación con el fascismo. Un tercer período en la década de 1990 incluyó obras de varios autores extranjeros que estudian a las corrientes conservadoras de principios del siglo XX. Finalmente hay una serie de historiadores que estudian el antisemitismo, las cercanías de los conservadores con el fascismo y se interesan por investigar a las derechas latinoamericanas en clave comparativa.

A posteriori hace una descripción de las derechas en la primera mitad del siglo XX argentino definiéndolas como precarias y dotadas de múltiples identidades surgidas frente a los procesos modernizadores y la incorporación del país a las redes del comercio internacional. En el último tramo de su exposición, la historiadora plantea la importancia de investigar a las derechas latinoamericanas desde una perspectiva comparada. En este sentido, comparte con Bohoslavsky la necesidad de encontrar lo particular de las experiencias históricas, más que las regularidades o las tipologías. Asimismo plantea las dificultades que se presentan a la hora de practicar la historia comparada. En este sentido, la sumatoria de casos nacionales dificulta el acceso físico y lingüístico de las fuentes, mientras que la imposibilidad de comparar totalidades impone el análisis de aspectos o dimensiones puntuales. Por ello el principal peligro es realizar comparaciones abstractas o mecánicas que ignoran la diversidad y la contingencia presentes en los desarrollos de las sociedades y la vida política.

Las dos intervenciones aquí incluidas pueden ser de gran utilidad para todos los interesados en acercarse a la historia comparada en América latina. Tanto Caetano como

Echeverría proponen ciertas pistas para acercarse de una manera no normativa al estudio de las derechas argentina y uruguaya, pero también de sus conexiones históricas. Las dos intervenciones nos recuerdan que la historia de cualquier comunidad política es tanto la de las posteriores generaciones de seguidores y detractores de sus ideas como la de los historiadores que las estudian.

¿Cómo citar este artículo?

KLEJZER, Luis Alberto, "Presentación de la mesa redonda", en Ernesto BOHOSLAVSKY, Magdalena BROQUETAS y Olga ECHEVERRÍA (editores), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del VII Taller de discusión*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016, pp. 132-134. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

ALGUNAS PISTAS PARA EL ESTUDIO DE LAS DERECHAS RIOPLATENSES

Gerardo Caetano

Me gustaría empezar enfatizando la relevancia de la clave regional para nuestros estudios historiográficos. Esto parece trivial, pero no lo es porque en definitiva lo venimos reclamando desde hace mucho tiempo, aunque lo venimos haciendo muy lentamente. Una investigación como la de Magdalena Broquetas, que se expresa en su último libro (Broquetas 2014), pone de relieve hasta qué punto trabajar en clave regional permite revisar sabidurías convencionales instaladas y enriquecer los abordajes. Y de manera particular, cuando se quiere indagar en el flujo más abarcativo de corrientes de pensamiento y de actores, la adopción de una perspectiva regional habilita renovar la heurística, enriquecer las preguntas, romper con las restricciones del provincianismo y de los esencialismos, nos obliga a pensar en matrices interpretativas más amplias y aún en claves de periodización muy diferentes.

Por eso, lo primero que quiero decir es que este tipo de ejercicios resultan absolutamente centrales, decisivos y que tenemos que estar a la altura de las exigencias. Por cuanto me parece que, como pensábamos ya hace algún tiempo, las historiografías nacionales tal como las entendimos, ya no dan más rédito, necesitan ser interpeladas en clave regional y en clave comparativa. Para eso, incluso para seguir haciendo “historia uruguaya” o “historia argentina”, nos tenemos que encontrar mucho más. Hay que ser imaginativos para hallar las formas concretas en procura de viabilizar estos intercambios en clave más cotidiana.

Cuando uno trabaja sobre el tema de las derechas, el primer desafío es conceptual. ¿Qué significa ser de derecha? ¿Cuándo se auto-perciben como de derecha los actores que estudiamos? Por ejemplo, en el caso de la historiografía uruguaya, durante mucho tiempo, los historiadores hablábamos de “los conservadores” porque partíamos de registrar y respetar la auto-percepción de los actores que estudiábamos. Y yo creo que fue tardíamente que se incorpora la clave y la categoría de las derechas. Hay cosas bien interesantes en esto: cuando rastree los primeros momentos en que el continuo “derecha-izquierda” es reconocido por lo menos en forma primaria por los actores, me encuentro con los conflictos ideológicos que tenían que ver con la interpretación de la Revolución Francesa y con su disputada traducción en clave más local. Esto resulta bastante claro en el Novecientos en ambas márgenes del Río de la Plata. Cuando se di-

ce “La revolución” creo que hasta 1930 es prioritariamente la “Revolución Francesa”. Incluso para entender la prédica de una figura tan relevante en la política uruguaya del siglo XX como Luis Alberto de Herrera y al movimiento que supo generar, el herre-rismo, el libro clave en términos doctrinarios es *La Revolución Francesa y Sudamérica*, (Herrera 1910). El texto inaugural de Herrera en términos de su primera exposición ideológica no casualmente fue ese, en el que, como era costumbre en la época, afirmó el basamento histórico de sus ideas políticas y sociales en una visión “antijacobina” de la revolución, la que utilizó como premisa de prevención frente a lo que juzgaba como pe- ligrosos avances de un “republicanismo” radical, con fuertes y “peligrosas” proyec-ciones en el terreno moral. De esta manera refería el núcleo de lo que a su entender sepa- raba las aguas en materia de la principal contienda política e ideológica: la interpreta- ción de lo que por entonces tirios y troyanos calificaban como la “gran revolución”. Esto no sólo pasa, al menos en Uruguay, en el caso de Herrera. Se da lo mismo en José Irureta Goyena, nuestro “Bossuet laico” al decir de Carlos Real de Azúa, el gran ideó- logo de las clases conservadoras por casi medio siglo. Sobre el particular, Irureta Go- yena señaló en una famosa conferencia –con un título que ya adelantaba toda una defi- nición de fondo, *El peligro de la fraternidad*– pronunciada en 1944 en su discurso de in- greso a la Academia Nacional de Letras, de la que fue fundador e integrante connotado:

“La libertad y la igualdad se complementan a la manera del tornillo y de la tuerca; la fraternidad, en cambio, se antepone a la finalidad que estas persiguen [...] Las dos primeras son fuerzas individualistas; la última es medularmente socialista. El socialismo lleva al marasmo; el individualis- mo a la Roca del Taigeto. [...] Es imprescindible cambiar el alma humana si se pretende cambiar de sistema... [...] Ahora se habla de la solidaridad, que es otro subterfugio de que se valen los sociólogos para disimular su aversión al vocablo más noble que haya brotado de los labios de un ser humano, desde que el mundo existe: la palabra caridad. El socialismo, el comunismo, el anarquismo, el sindicalismo, son doctrinas que pretenden sustituir el equilibrio del triángulo místico de ‘libertad, igualdad y frater- nidad’, por el huracán que simboliza el vértice de la fraternidad. En la exaltación con que las masas claman por la democracia, en forma crip- togmática y quizá más intuitiva que consciente, se esconde la esperanza de esa superposición. [...] La democracia, que es una forma de organiza- ción de los poderes públicos, se está convirtiendo en el símbolo de go-

biernos izquierdistas, subversivos y revolucionarios, cuyo cometido ha de ser el de echar por tierra el régimen capitalista, de cepa burguesa y estructura netamente liberal” (en Real de Azúa 1964, p. 146)

Irureta Goyena lo decía de manera concluyente, con su retórica siempre clara y elocuente: “Es imprescindible cambiar el alma humana si se pretende cambiar de sistema...”. Allí radicaba uno de los núcleos de la controversia en torno a los modelos de ciudadanía que debían prevalecer, con su pleito moral consiguiente. La “fraternidad”, o su sinónimo vernáculo y más contemporáneo de la “solidaridad” o del “solidarismo”, tan caros al reformismo batllista y a otros progresismos del Novecientos, rompían el equilibrio “aceptable” del ya clásico “triángulo místico de libertad, igualdad y fraternidad”. Como telón de fondo del “terror” conservador, reaparecían las discusiones, plenamente vigentes, en torno a la interpretación histórica de la Revolución Francesa, convergiendo en la prevención de que la democracia podía “servir de estandarte” para ocultar tras de sí el advenimiento de “gobiernos izquierdistas”.

Yo creo que acá hay una clave bien importante, en el caso del Uruguay al menos, en la manera en que miran y conmemoran la Revolución Francesa, para desde allí asumir una suerte de registro primordial de “derechas” y de “izquierdas”, polaridad traducida a menudo por la contienda entre “conservadores” y “reformistas” o “revolucionarios”. Es sobre esa primera plataforma de asunción de la controversia principal que las derechas luego se auto-percibirán en contraste con la Revolución Rusa y todos sus sucedáneos en el caso rioplatense, en especial los sindicatos, los movimientos anarquistas y los partidos socialistas y luego comunistas, aunque también la polaridad surgirá en controversia con los movimientos “reformistas radicales” como el batllismo, al que en el caso uruguayo tildarán de “jacobinismo”.

Hay que advertir luego los modos en que se procesan las primeras recepciones del fenómeno del ascenso de los fascismos europeos, en particular del italiano. Por lo menos en el caso uruguayo, pero con seguridad también en el caso argentino, por lo menos en los años 20 no hay que asociar de inmediato a quienes halagan al primer fascismo con las posiciones extremistas que luego respaldarían sin dobleces a las potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial. Esto ha llevado a menudo a ciertos equívocos en el estudio de las derechas de aquella época. Winston Churchill, por ejemplo, al comienzo hace grandes elogios de Mussolini y aun de Hitler, a quienes celebra como dique frente al estalinismo. Algo muy similar hacen en el Río de la Plata figuras muy conno-

tadas de lo que podemos llamar el pensamiento conservador de la época, pero luego, esos mismos, en el momento decisivo de finales de los años treinta, se juegan por Occidente y contra el fascismo. Es también el caso de Churchill.

En hitos internacionales de esa envergadura es que se ve la necesidad imperiosa de saber registrar con precisión el ámbito plural de las derechas. No son lo mismo los “liberales conservadores” que los “fascistas”. Son derechas diferentes entre sí, polaridad que con el tiempo se resignificaría de maneras diversas en el ámbito rioplatense. Los primeros, por su animosidad extrema al comunismo, llegaron a simpatizar inicialmente con Mussolini y hasta con Hitler, pero luego se distancian de ellos frente a sus extremismos de toda índole para hacer causa común con la causa de los Aliados contra el nazi-fascismo. Esas derechas desde un inicio son diferentes a los auténticos fascistas y pro-nazis, que incluso radicalizaron su apoyo en los años treinta y durante la guerra, al quedar por demás claro todo lo que estaba en juego en términos ideológicos. De allí que otra pista importante en esa indagatoria sobre la primera auto-percepción de las derechas y sobre la pluralidad de su campo político e ideológico apunte a estudiar con precisión, sin rigideces ni anacronismos, su recepción de las ideas europeas y su percepción afinada de los acontecimientos internacionales.

En el estudio de un proceso complejo como fue la primera reacción en América Latina y del Río de la Plata frente al ascenso inicial de los fascismos europeos se pueden perfilar aciertos o equívocos que pesan a la hora de discernir a las derechas “liberal-conservadoras” y las derechas “nazi fascistas”. En ese necesario discernimiento de derechas menos homogéneas y más plurales se juega mucho sobre la profundidad de su conocimiento, al igual que en el registro y el seguimiento de su aceptación o no de inscribir su pensamiento y su acción en dialécticas y antagonismos conexos de algún modo con el continuo derecha-izquierda.

Por cierto que no todo se juega en la recepción del contexto internacional. La interpretación y las formas de intervención en los procesos más locales por supuesto que también son de enorme trascendencia. Sobre este particular, resulta evidente que en el caso uruguayo, la referencia principal sobre la que se diseña el continuo derecha-izquierda durante las primeras tres décadas del siglo es el batllismo. Cuando los voceros y líderes de derecha hablan por entonces del jacobinismo y del “inquietismo”, cuando advierten sobre la posibilidad efectiva de afectación de intereses y de propuestas morales que hieren lo que llaman “el orden del sistema”, refieren antes que a nadie al batllismo. Por supuesto que denuncian por “agitadores” y “revolucionarios” a anarquistas, socialistas

y luego a comunistas, pero saben bien que en el terreno de las amenazas concretas, el objetivo principal era “frenar” al “impulso” reformador del primer batllismo de José Batlle y Ordóñez.

Una buena pregunta en clave regional es comparar cuánto hay de parecido con esto en la reacción de las derechas argentinas frente al ascenso del radicalismo yrigoyenista. En todos estos temas, estudiar las redes de pensamiento y de acción resulta vital. Así como ha podido comprobarse la enorme relevancia de rastrear las redes ideológicas de las izquierdas rioplatenses y, por ejemplo, estudiar la correspondencia, los vínculos formales e informales en términos de praxis política, las solidaridades transfronterizas, a través de un archivo tan emblemático como el del CEDINCI, estoy seguro que algo similar ocurre respecto a las derechas rioplatenses. La primera confirmación en este sentido es la plena identificación de que también hay redes ideológicas y solidaridades efectivas a nivel de las derechas, algo que hasta hace poco tiempo muchos creían que solo era posible entre las izquierdas. La profundización de esta línea de investigación sin duda que modificará muchas visiones instaladas en nuestras historiografías nacionales más clásicas.

Yo conozco bien el archivo personal de Luis Alberto de Herrera, en especial entre 1900 y 1940, y puedo confirmar que el líder nacionalista tenía corresponsales argentinos muy importantes y persistentes. El archivo de Herrera fue entregado por la familia Herrera a un gran historiador uruguayo, herrerista además, como Juan Pivel Devoto, quien ordenó –y expurgó– el archivo para luego incorporarlo a las colecciones del Museo Histórico Nacional, que él mismo dirigió desde 1940 hasta 1982. Ese archivo no se radicó en el Archivo General de la Nación, como creo hubiera correspondido. Herrera era un historiador, era también un político que hacía doctrina y que sabía utilizar legítimamente el relato histórico como clave de su accionar político y de sus formas de elaboración ideológica. De allí por ejemplo que tuviese la práctica noble –tan “agradecida” por los historiadores– del “copiador de cartas”, lo que nos permite reconstruir sus redes de correspondencia de manera integral. Claro, a veces la “intervención” del que construye el archivo y expurga lo que entiende que debe verse y lo que no, complica mucho las cosas. Cuando el tema en la correspondencia de los años veinte era el fascismo, pueden encontrarse las cartas que le llegaban a Herrera, incluso conminándolo a que hiciera en Uruguay lo que Mussolini había hecho en Italia. Pero lamentablemente no están las respuestas que Herrera –que contestaba todas las cartas y a veces guardaba hasta los borradores– con seguridad escribió.

Aun con esas dificultades, en la revisión de los archivos personales existentes en los repositorios públicos más reconocidos de Argentina y de Uruguay –no solo de Buenos Aires y Montevideo– pueden encontrarse muchas redes y vínculos de primera importancia. De todos modos, también aquí hay que ser plenamente conscientes de que hay un problema de escala que compromete la comparación. Comparar al Uruguay con la Argentina, o con Brasil, es complicado. Ya Carlos Real de Azúa refería que tal vez resultara mejor empezar por comparar a Uruguay con la provincia de Buenos Aires o con el sur de Brasil, a partir de escalas menos asimétricas. En cualquier hipótesis, el seguimiento de las redes ideológicas y políticas muchas veces desborda este tema –siempre crucial para entender al Uruguay– de las escalas. El Uruguay constitutivamente es un país pequeño entre dos gigantes, al mismo tiempo que es una sociedad con poca población, mientras que Argentina y Brasil siempre tuvieron mucha más población que Uruguay. Pensar las identidades políticas e ideológicas en un “país continente” como Brasil o en un país grande en términos poblacionales y geográficos como la Argentina, plantea retos diferentes respecto a cómo se piensa en un país de escala pequeña como es el caso uruguayo. Pero teniendo en claro las múltiples significaciones de este tema de la asimetría de escalas, el estudio sistemático de las redes ideológicas y políticas, en este caso de las derechas, existente entre países de magnitudes tan diferentes mantiene su gran interés.

Para trabajar en clave comparativa estas redes de las derechas conosureñas o rioplatenses durante la primera mitad del siglo XX, resulta sin duda de gran utilidad reparar bien en los legados del siglo XIX. Una vez más, también en relación a estos temas, si queremos entender al siglo XX hay que mirar al siglo XIX. Esto que parece tan obvio no es para nada trivial. ¿Por qué? Porque si uno no mantiene distancia analítica respecto a una heurística de sesgo tan “fundacional” como la del Novecientos o la del Centenario, con frecuencia cae en el error de creer que todo es ruptura y novedad. El Novecientos sobre todo fue un momento en el que prevalecieron en forma nítida los discursos y relatos de ruptura. Aquellos actores creían efectivamente que estaban rompiendo con todo, que estaban fundando nuevas sociedades, que estaban protagonizando una gran inflexión en la historia universal. Yo no sé si ustedes recuerdan la película sobre Rosa Luxemburgo, con aquella memorable recreación de cómo el Partido Socialdemócrata alemán, con figuras de la talla de Ebert, Rosa Luxemburgo, Kautsky, y tantos otros, celebraron la llegada del año 1900. Allí se ilustra de manera incomparable ese espíritu fundacional que es el “tono de la vida”, como diría Huizinga, que marca el No-

vecientos. Y eso que puede percibirse en las izquierdas, también aparecía aunque de distinto modo en las redes de las derechas.

Para “exorcizar” esos peligros, pensar las claves del siglo XIX en cada contexto también resulta indispensable para comprender más y mejor a aquellos autores que, a veces muy a su pesar, pensaban y actuaban desde tradiciones preexistentes, aunque ellos lo negaran en forma militante. Advertir eso nos puede evitar el cometer algunos anacronismos. Por ejemplo, el de creer que la diversidad de culturas políticas en ambas márgenes del Plata era un proceso ya consolidado en el Novecientos, lo que para mí es un error. La diversidad de ambas culturas políticas es en buena medida posterior, refiere mucho más a los contextos que rodearon las rupturas de 1930 que a los marcos históricos del Novecientos, que reconocían una comunidad y un parentesco mucho mayores. En clave comparativa, recogiendo los legados del siglo XIX, uno puede volver una vez más a Real de Azúa para registrar una genuina singularidad uruguaya. En sus propias palabras: esa

“patente, innegable debilidad que en el Uruguay del siglo XIX presentó la constelación de poder del continente [...] [caracterizada] por la hegemonía económico-social de los sectores empresarios agrocomerciales y su entrelazamiento con la Iglesia y las Fuerzas Armadas como factores de consenso y respaldo coactivo” (Real de Azúa 1988)

Podía agregarse que el Uruguay tenía también nacionalismo débil. Pero quedémonos con esos tres elementos que destaca Real de Azúa y advirtamos cuánto jugaron en la primera configuración moderna de las derechas uruguayas.

Hace un tiempo leí el libro de Ernesto Bohoslavsky *Laicidad y América latina. Política, religión y libertades desde 1810*, sumamente revelador pues advierte en el orden oligárquico y liberal de la Argentina del cambio de siglos un impulso cargado de laicismo (Bohoslavsky 2013). Quien no conoce bien la historia argentina tiende a pensar que la Iglesia católica siempre fue hegemónica en la Argentina y diluye e invisibiliza ese momento laicista, liberal. De esa manera, se pierden las dimensiones -estas sí efectivamente refundacionales- de la magnitud del contraataque de la Iglesia y la consolidación de la “nación católica” en la Argentina de los años 30, con todas sus implicaciones en el campo ideológico y político de las derechas. En el caso uruguayo, eso que termina de atar radicalmente el batllismo en relación al “Uruguay laico”, ya venía de alguna manera bastante perfilado desde la segunda mitad del siglo XIX. Y esa debilidad manifiesta

de la triple constelación de poder –“oligarquía agro-comercial”, Iglesia y Ejército– configura un elemento bien interesante para estudiar y entender mejor a las derechas uruguayas de la época.

Otro elemento muy relevante para la comparación tiene que ver una vez más con la clave partidista. ¿Dónde estaba o dónde podía estar el partido de la derecha? Siempre recuerdo las largas discusiones con colegas argentinos en relación a la hipótesis de Torcuato Di Tella acerca de la relevancia histórica de la ausencia de un “partido de derecha” fuerte en la Argentina. Para Di Tella, al no haber “un partido de derecha” genuino, quien obraba como “partido sustituto” era el Ejército, con todas sus graves consecuencias. El hecho de que la derecha no estuviera incorporada al sistema de partidos era, en efecto, un problema. En Uruguay, esta clave partidista en relación a las derechas se dilucidó en clave más compleja. Los partidos tradicionales venían muy arraigados del siglo XIX y ambos contenían diversas fracciones ideológicas opuestas, que sin embargo convergían en el “continente” de los lemas Colorado y Blanco. Para los empresarios del Novecientos esto tenía sus problemas, pues su representación política siempre estaba mediada por una tramitación compleja y muy negociada dentro de los partidos. Por eso a un grupo de connotados empresarios, liderados por Irureta Goyena y Francisco Piria entre otros, se les dio por intentar la constitución de un partido empresarial en 1919, la “Unión Democrática”, en procura de tener voceros más directos para la representación de sus intereses en el Parlamento y en el sistema político en su conjunto. Recuerdo muy bien a Herrera, bien metido dentro del Partido Nacional, que por entonces escribió furioso un editorial desde un diario nacionalista retrucándoles a los empresarios que “para curarse un resfrío se iban a agarrar una pulmonía”. En su perspectiva, que luego prevalecería ampliamente, lo más peligroso para los intereses empresariales era imponer la política de clase por delante del duelo tradicional entre blancos y colorados. Por ello que consideraba un grave error llegó a atacarlos de manera muy dura: *“estos cincuentones que están buscando novia, (...) quieren crear un partido, quieren descubrir la política. Métanse acá, métanse adentro de los partidos. Incluso dentro de los dos grandes partidos”*.

Ese intento frustrado de un “partido empresarial” en el Uruguay de 1919 terminó por coadyuvar a la consolidación posterior de un *modus vivendi* en el que en los dos partidos tradicionales hubo espacio para una dialéctica –aunque diferente y cambiante– de “alas derecha” y “alas izquierda”. Hasta los años sesenta, en el Partido Nacional prevalecería un ala de “centro-derecha” –liderada por el herrerismo–, mientras que en el Partido Co-

lorado tendría hegemonía hasta la misma época un ala de “centro-izquierda” – expresada por el batllismo-. Allí estaba la expresión política de la contienda entre las dos grandes familias ideológicas del Novecientos: el “liberal conservadorismo” (expresado primordialmente por el herrerismo) y el “republicanismo solidarista” (liderado por el batllismo). Allí se perfilaba el mapa principal del continuo “derecha-izquierda” en el Uruguay del siglo XX, con una situación más marginal y testimonial de los partidos de la izquierda más clásica. Esto operó hasta los años 60, cuando aparecieron novedades muy fuertes como el pachequismo, el ferreirismo y el Frente Amplio, con una reconfiguración muy fuerte de todo el sistema de partidos. De modo que cómo tramitan las derechas la variable partidos es también un gran tema. De alguna manera la relación partidista de las derechas fue resuelta de modos muy diferentes en ambos países. Si algo faltaba para complicar la comparación, en los cuarenta emergió el fenómeno del peronismo, con un antes y un después en la política argentina, con una complejidad mayor en lo que refiere a las redes y competencia entre derechas e izquierdas en Argentina.

En una cuerda algo diferente, está también el tema de las correspondencias a nivel de los partidos y su expresión del continuo “derechas-izquierdas”. Yo recuerdo un seminario que hicimos hace como 30 años en el que imperaba la idea de comparar la ideología del primer batllismo con la del radicalismo yrigoyenista. Por lo que ustedes han dicho, esa visión estaba equivocada. Yo coincido. El espejo del batllismo no era el radicalismo. Incluso si se examinan las redes personales, ese parentesco también se desmiente. Cuando Yrigoyen viene a Montevideo, luego del golpe de Estado militar que lo marginó del poder, se queda en la casa de Herrera. Y no era solo una cuestión de vínculos personales. El herrerismo como movimiento tenía más simpatías con el yrigoyenismo. Y esto incluso permite ver a un yrigoyenismo cuyo reformismo era menos radical, menos cercano al batllismo, que nunca fue una suerte de “batllismo a la argentina”, como muchos tendieron a ver y de alguna manera a construir.

Si este parentesco resultaba bastante equívoco, más cerca en el tiempo se ha planteado otro equívoco mucho más profundo: creer que el espejo del batllismo uruguayo es el peronismo argentino. Plantear esta hipótesis significa un desconocimiento muy profundo no solo del batllismo y del peronismo, sino de las culturas políticas uruguaya y argentina que estos dos movimientos políticos expresan tan bien a su modo. Son dos identidades políticas e ideológicas muy distintas, en algunos aspectos antitéticos. En general, en todo el sistema político uruguayo puede advertirse una muy débil recepti-

vidad frente al fenómeno del peronismo, lo que también dice mucho de la política uruguaya en sus formatos más tradicionales y arraigados. El grupo que tuvo más vinculación con el peronismo, en particular con sus grupos más de derecha, fue curiosamente también el herrerismo, como lo han comprobado en sus investigaciones hace tiempo Juan Oddone (2003) y más recientemente Magdalena Broquetas (2014). Esta mayor vinculación del herrerismo tanto con el radicalismo como con el peronismo, de manera particular la fuerte articulación del herrerismo y del peronismo de derecha en las décadas de 1940 y 1950, dice mucho también sobre las redes ideológicas y políticas entre las derechas rioplatenses.

Otra clave importante para el estudio de estas redes tiene que ver con el tema de los nacionalismos, en particular a partir de cómo se despliegan y se cargan de contenidos desde el Centenario en adelante. También en relación con este tema y con otras claves configuradoras de las derechas en uno y otro país, asume una relevancia especial la encrucijada de 1930. Es lo que podríamos llamar el “hito de 1930”. A partir de dos golpes de Estado muy distintos, el presidido por Uriburu el 6 de setiembre de 1930 en Argentina y el liderado por Terra el 31 de marzo de 1933 en Uruguay, comienza a consolidarse un rumbo contrastante entre ambos sistemas políticos, que tendrá mucho peso en el contorno y las características más señaladas de las derechas, tanto en Argentina como en Uruguay. A partir de esta coyuntura uno puede ver claramente, ya en el estudio de los primeros momentos, que una misma encrucijada histórica se bifurcó en una misma región en dos rumbos bien diferentes.

Y esa bifurcación de caminos en el Río de la Plata en la encrucijada de 1930, con todas sus connotaciones (desde el impacto de la crisis capitalista hasta el ascenso del fascismo, el *New Deal* de Roosevelt y la cascada de golpes de Estado en toda América Latina, entre otros muchos procesos de similar envergadura), marcó a fuego a las derechas argentinas y uruguayas. Para señalarlo de manera un tanto efectista, el “terrismo” fue muchas cosas, pero no fue una “década infame”. No fue la correspondiente uruguaya de la “década infame”. Incluso los discursos de Terra y Uriburu, aún los de Terra y de Justo, son bien distintos. Mientras que por ejemplo Terra le siguió hablando a los “ciudadanos” y lideró un golpe “palaciego” sin la intervención directa de los militares, Uriburu y Justo ya le hablaban al “pueblo” y accedieron al poder desde y a partir de su condición de militares. Allí se perfilaban dos rumbos diferentes, dos culturas políticas diversas, con una inserción también alternativa de las derechas en uno y otro país.

Sin embargo, también tenían similitudes. Terra, al igual que Uriburu y Justo, hablaban por entonces de “revolución”, una palabra muy en boga en los años 30, tanto en las derechas como en las izquierdas. Y eso tenía mucha significación y el Uruguay no fue una excepción a ese respecto. Gabriel Terra que resistía el concepto de golpe de Estado y que incluso rechazaba el concepto de “terrismo”, hablaba sin embargo de su movimiento como una “revolución”. Y aun cuando insistía sobre la idea de que en sus políticas no había grandes rupturas con aquellas desplegadas por los gobiernos de Batlle y Ordóñez (algo por demás discutible), aceptaba y le gustaba hablar de la “Revolución de marzo”. Sin embargo, su gobierno (iniciado en clave constitucional en 1931 y que luego del golpe de 1933, bajo la nueva Constitución que entra en vigencia en 1934, se prolongaría hasta 1938) proyectaría un ajuste conservador pero moderado, ambientando la continuidad en el campo de las derechas uruguayas del predominio de los “liberal-conservadores” sobre los elementos más radicales y proclives al fascismo. No es que no se diera en Uruguay un ambiente con notas antiliberales, pero la disponibilidad de los actores golpistas era diferente a lo que comenzaba a ocurrir en Argentina.

Tomemos un ejemplo ilustrativo. El ya citado José Irureta Goyena, el principal “intelectual orgánico” e ideólogo de las derechas uruguayas en la época, connotado jurista y empresario múltiple además, asumió entonces el liderazgo de una verdadera “revolución legal”, que incluyó la aprobación de una nueva Constitución y la sanción nada menos que de un Código Penal y de un Código del Niño. En el proemio del Código Penal de 1934, que él elaboró y redactó, advierte que ha tomado en cuenta al famoso “Código Rocco” de la Italia fascista. Sin embargo, se preocupa en advertir que le ha sacado “todo aquello demasiado fascista porque nuestro pueblo es liberal”.⁵ En ese mismo Código Penal, además, Irureta Goyena incorporaba la despenalización del aborto. ¿Se pueden imaginar algo similar en la Argentina de 1934?

Yo termino planteando que estos breves apuntes solo buscan contribuir y alentar a que elaboremos un programa de investigación conjunto hacia el futuro, al que realmente me quiero sumar. Reitero que tenemos que encontrarnos mucho más y compartir el fruto de nuestras investigaciones. Ese programa tiene muchos temas y asuntos comunes: el seguimiento de las redes políticas e ideológicas de las derechas, los vínculos intelectuales, las interlocuciones políticas, las conexiones de organizaciones, la relectura de las matrices, las modalidades diversas de pensar y discutir la democracia o la nación, los alineamientos en materia de política regional e internacional, las distintas recepcio-

⁵ Ministerio de Instrucción Pública, *Código Penal. Ley N° 9.155*. Montevideo, 1934.

nes frente al fascismo, las bibliotecas y los autores más leídos e influyentes, entre otros muchos. En suma, queda mucho por hacer y lo tenemos que hacer en redes de colaboración. Y un muy buen comienzo es fortalecer este tipo de talleres y articulaciones, tanto rioplatenses como conosureñas.

Bibliografía

BOHOSLAVSKY, Ernesto (2013), *Laicidad y América latina. Política, religión y libertades desde 1810*, Colección de Cuadernos “Jorge Carpizo para entender y pensar la laicidad”, n. 11, Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 2013. URL: http://catedra-laicidad.unam.mx/?page_id=122

BROQUETAS, Magdalena (2014), *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

DE HERRERA, Luis Alberto (1910) *La Revolución Francesa y Sud América*, París, Paul Dupont.

ODDONE, Juan (2003), *Vecinos en discordia: Argentina, Uruguay y la política hemisférica de los Estados Unidos. Selección de documentos, 1945-1955*. Montevideo, FHCE/UDELAR.

REAL DE AZUA, Carlos (1988), *Partidos, política y poder en Uruguay (1971 – coyuntura y pronóstico)*, Montevideo, Universidad de la República.

REAL DE AZÚA, Carlos, editor (1964), *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, Montevideo, Universidad de la República.

¿Cómo citar este artículo?

CAETANO, Gerardo, “Algunas pistas para el estudio de las derechas rioplatenses”, en Ernesto BOHOSLAVSKY, Magdalena BROQUETAS y Olga ECHEVERRÍA (editores), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del VII Taller de discusión*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016, pp. 135-147. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

LOS ESTUDIOS SOBRE LAS DERECHAS ARGENTINAS Y RIOPLATENSES DEL SIGLO XX

BALANCES, PREGUNTAS Y PERSPECTIVAS DE ANÁLISIS

Olga Echeverría

Los orígenes de la derecha contemporánea argentina, es decir aquella que se empieza a conformar a principios del siglo XX, en buena medida como respuesta a las transformaciones derivadas de la consolidación estatal y la inserción del país a la economía capitalista, ha recibido una atención, desde las investigaciones, que muchos juzgan abundante y algunos incluso excesiva para lo que ha sido su peso político. No obstante, si se compara con los estudios sobre la izquierda, claramente la derecha, las derechas, han recibido una consideración mucho menor. Por otro lado, el uso de nominaciones diversas, no ha colaborado para que ese colectivo (ciertamente heterogéneo y plural) haya sido visto como un actor político específico que, aun con sus diferencias, compartía diagnósticos, proyectos y cosmovisiones. Dicho esto, no puede desconocerse que las derechas de la primera mitad del siglo XX han sido estudiadas por numerosos investigadores argentinos y extranjeros. El primer rasgo a destacar es que esos estudios pueden agruparse en períodos u oleadas marcadas por el proceso político argentino cercano a la experiencia vital de los autores. Obviamente, esto es más evidente en el caso de los investigadores argentinos,

Una primera etapa que podríamos establecer entre mediados de la década de 1950 y mediados de la de 1970, presenta un escenario de ensayos que fueron también jugadas políticas y de otros análisis de tipo académico. La mayoría de esos estudios hacían hincapié en el golpe de Estado y los períodos inmediatamente previos y posteriores. Se trataba de perspectivas que buscaban explicar los orígenes y la naturaleza del peronismo y comprender la militarización del escenario político. Ello llevó, según mi criterio, a perder de vista la dimensión específica de esta identidad de derecha y, en un punto, a reducir a mero espacio preparativo de lo que vendría a ser una tendencia que, más allá de las concreciones efectivas, contribuyó a la conformación de un ideario, una concepción política e ideológica en el imaginario social de la Argentina contemporánea. Esos estudios sobre el “nacionalismo” de derecha comenzaron a aparecer al poco tiempo del derrocamiento de Perón en 1955 y, en términos muy esquemáticos, podría de-

cirse que, aun cuando aportaron una primera aproximación a un tema poco transitado hasta entonces, se caracterizaron por una lectura sesgada en función del posicionamiento en torno al gobierno recientemente depuesto. Los intelectuales antiperonistas buscaban evidenciar los puntos de contacto entre aquella derecha autoritaria y el peronismo (Troncoso, 1957, Romero, 1965 y 1970). Por su parte, los referentes de la llamada izquierda nacional, diferenciaban ambas experiencias y resaltaban una tradición nacionalista popular opuesta al nacionalismo de derecha (Spilimbergo, 1956, Ramos, 1957). Surgió así la persistente antítesis entre el “nacionalismo popular” y el “nacionalismo oligárquico”. En ese contexto, se destacó el libro de la historiadora hispano-estadounidense Marysa Navarro Gerassi, que presentaba un análisis complejo y matizado sobre el heterogéneo elenco nacionalista en el largo período que va desde los orígenes en los años veinte hasta la década de 1960. Según esta autora, el nacionalismo autoritario no fue fascista sino una forma extrema de reacción conservadora frente al ascenso al poder de la clase media a través del radicalismo (Navarro Gerassi, 1968). Esta primera etapa cierra con los trabajos de Enrique Zuleta Álvarez (1975) y Carlos Cárdenas y Eduardo Payá (1978), que son manifestaciones provenientes del propio campo nacionalista, pero con información y análisis que no pueden ser ignorados.

Una segunda etapa podría situarse en los años ochenta, con trabajos que daban cuenta de la renovación historiográfica e implicaban análisis sistemáticos sobre el nacionalismo de entreguerras. *Los Nacionalistas* de María Inés Barbero y Fernando Devoto (1983), estudió la emergencia de la tendencia, su evolución hasta el golpe de Estado de 1930 y la breve experiencia uriburista. El libro abordaba con sutileza y un renovado fondo documental la evolución intelectual y política de los diversos actores de la corriente. En 1986 se publicó el libro de la historiadora estadounidense Sandra Mc Gee Deustch sobre la Liga Patriótica Argentina, entendiendo que se trataba de una organización paramilitar de derecha, más contrarrevolucionaria que fascista. Desde su perspectiva, la Liga Patriótica fue una respuesta radical burguesa a una izquierda considerada extranjera, más que un instrumento de las clases altas frente a las clases medias. El enfoque no solo atendió a lo ideológico y político, sino también a lo social y al componente de clase de la organización (McGee Deustch, 1986), convirtiéndose en referencia de muchos estudios posteriores.

Al año siguiente, se publicó el libro de Cristian Buchrucker (1987) sobre la ideología nacionalista del período 1927-1945. Sin descuidar los puntos en común, el autor señalaba las disidencias, tensiones y contradicciones del campo nacionalista. El libro

atendía la relación entre nacionalismo y peronismo, incluyendo la clásica división entre nacionalismo popular (raíz del peronismo) y el nacionalismo oligárquico. No obstante, interesa aquí su análisis de la corriente nacionalista de derecha, que problematiza por primera vez algunos temas en que ahondaría la historiografía posterior, como la concepción nacionalista de la historia y la construcción de una particular imagen del enemigo que ayuda a constituir su identidad. Para el autor, es indiscutible la influencia no mecánica de pensadores europeos (Maurras, Belloc, Spengler, Berdiaeff y de Maetzu) que dio por resultado un pensamiento muy marcado por la experiencia europea, pero con claros signos propios.

Hacia los años noventa, se produjo otra oleada de estudios sobre la derecha de las primeras décadas del siglo XX, que incluyó obras de autores extranjeros. Uno de ellos fue de David Rock, que ya había publicado algún artículo. Analizando el período 1930-1943, el autor destacó el fuerte carácter elitista, tradicionalista y católico del nacionalismo, por lo cual en su opinión no podría considerárselo fascista. Sobre todo su clericalismo lo aproximaba al ultramontanismo contrarrevolucionario reaccionario europeo más que al fascismo (Rock, 1993). De hecho, ese carácter autoritario y antimovilizacionista explicaría el divorcio de la mayoría de sus miembros con el peronismo, siendo en cambio uno de sus mayores logros el haber conseguido una influencia de largo plazo sobre el Ejército. Esta lectura del nacionalismo argentino en clave tradicionalista podría complementarse con la de su virtual parentesco con el conservadurismo. En otro libro aparecido también en 1993, Ronald Dolkart colaboró con un capítulo sobre la derecha durante la “década infame”, esgrimiendo argumentos en esa dirección. Así, aunque en el mismo se distingue con claridad las diferencias entre conservadores y nacionalistas, se enfatizan toda una serie de coincidencias y coyunturas de colaboración (McGee Deutsch y Dolkart, 1993).

Ya en las puertas del siglo XXI, apareció una nueva obra de Sandra McGee Deutsch que analizaba comparativamente las derechas de Argentina, Brasil y Chile del período 1890-1939 (McGee Deutsch, 1999). Este nuevo trabajo, rico y riguroso, inauguró el último torrente de trabajos que aún está en desarrollo y sumó una nueva generación de historiadores argentinos, concernidos vitalmente por la experiencia de la última dictadura y sobre todo por la transición democrática, por lo cual puede advertirse que los análisis buscan pensar las raíces y características profundas del autoritarismo, el militarismo y la violencia derechista en la Argentina. En este trabajo McGee, definió, desde la perspectiva comparada, a las derechas como movimientos que reacciona-

ban contra las políticas igualitarias y portaban rasgos fascistas. Sin duda, una de las grandes virtudes de este libro es que avanzó sobre las prácticas políticas de las derechas del cono sur y dotó de significados al concepto “derechas”.

Unos años después, Daniel Lvovich (2003), presentaba un estudio profundo del antisemitismo, su desarrollo y examinaba al nacionalismo desde una perspectiva renovadora. Con un notable trabajo empírico, analizó la radicalización política y la centralidad que fue adquiriendo el supuesto complot judío. La constitución de un enemigo, y en particular el componente antisemita, sirvió fundamentalmente como medio de identificación política frente a otros grupos, aunque fue también una coraza que obstaculizó el crecimiento y estableció límites a sus posibilidades de expansión. En un trabajo posterior, con una perspectiva de largo plazo, analizó las dificultades del nacionalismo de derecha para convertirse en una expresión política de peso en el escenario argentino, aunque alertaba que eso no implica desconocer las notables influencias en la cultura política y en la historiografía argentina (Lvovich 2006)

Por su parte, Federico Finchelstein (2002), ha sostenido la proximidad del nacionalismo argentino con el fascismo y la construcción del mito uriburista que, con intenciones identitarias y constitutivas, entrañaba una tarea de elaboración ideológica que se expresaba a través de una ritualidad en torno al líder. En un libro más reciente (Finchelstein, 2010), abordó al nacionalismo argentino desde una perspectiva de historia transnacional, analizando acuerdos y divergencias de ideologías y prácticas, entendiendo que el fascismo fue fundamental (mucho más que el maurrasianismo y las experiencias ibéricas) para la constitución del nacionalismo argentino, una expresión propia y particular, un fascismo catolizado. Por otra parte, en un análisis dedicado a la visión católica y nacionalista sobre la inmigración, Mario Nascimbene y Mauricio Neuman defendieron la existencia de un grupo de “derecha explícitamente autoritaria” al interior del conservadurismo, del cual formarían parte destacados políticos como Carlos Ibarguren, Benjamín Villafañe y Manuel Fresco. (Nascimbene y Neuman, 2005)

En 2009 apareció el libro de Ernesto Bohoslavsky (Bohoslavsky, 2009), un abordaje que atendió a los discursos y prácticas de corte conspirativo de los grupos de extrema derecha de Argentina y Chile. Además de haber considerado un aspecto largamente citado, pero muy poco investigado, Bohoslavsky fue el historiador argentino que abrió el campo de lo comparativo de las derechas del cono sur (sumándose así a McGee Deutsch, Beired y Bertonha) incorporando la dimensión regional-territorial como

perspectiva de estudio. En el mismo año se publicó mi propio trabajo sobre los intelectuales autoritarios que colaboraron con el golpe de Estado de 1930 (Echeverría, 2009)

Alberto Spektorowski abordó la radicalización ideológica de la derecha durante la década de 1930, señalando una manifiesta fascistización en detrimento de los rastros conservadores y estableció una cercanía ideológica entre el nacionalismo popular y el oligárquico (Spektorowski, 2011). No quiero terminar este rápido e incompleto resumen sin mencionar el trabajo de María Inés Tato que ha realizado un muy interesante trabajo sobre el periódico *La Fronza* y la evolución del pensamiento conservador y sus articulaciones con el campo nacionalista. (Tato, 2004). En ese sentido, es interesante mencionar que la ampliación y legitimación del campo de estudio de las derechas se ha visto acompañado y estimulado por investigaciones que, realizadas sobre otras identidades político-ideológicas y con otros andamiajes conceptuales, han establecido diálogos con nuestros trabajos y perspectivas.

Con lo señalado hasta aquí, aunque quedan muchos aportes sin citar, se pretende mostrar los ejes principales en torno a los cuales se construyó y construye el saber sobre la derecha nacionalista argentina de las primeras décadas del siglo XX, sus rasgos, influencias y vínculos. Como puede advertirse, los lazos de esta derecha con el fascismo y con el peronismo, tanto como las relaciones entre nacionalistas y conservadores han sido cuestiones recurrentes en los análisis. Pero también la historicidad de la tendencia, sus manifestaciones culturales, la xenofobia, el militarismo, las perspectivas conspiracionistas y otras cuestiones no han dejado de enriquecer la producción de este campo de estudios.

Como advierte Daniel Lvovich, no puede desconocerse que como todo grupo político, la identidad de la derecha radical, los nacionalistas, resultaba inestable, con flexibilidad de posturas y prácticas, y estaba condicionada por un escenario político cambiante antes que por una rígida estructura ideológica. Por ello, es apropiado pensar en los grupos nacionalistas como los extremos de una gradación, más que como los portadores de una especificidad que los haya separado radicalmente del resto del arco político. En un contexto en que la mayor parte de los actores políticos relevantes hicieron un uso instrumental de las reglas de juego democráticas y negaron legitimidad a sus adversarios políticos, los nacionalistas de derecha llevaron al extremo tales posturas y fueron abanderados del autoritarismo, protagonistas e instigadores de los distintos golpes de Estado (Lvovich, 2011, p. 26).

De tal modo, abordar las derechas implica estudiar una identidad transicional, híbrida, constituida entre lo residual y lo emergente. Lo que quiero remarcar aquí es que para estos sujetos resultaba difícil aprehender las transformaciones (aunque incorporaban valores, prácticas, relaciones) y se sentían víctimas de una experiencia de poder frustrada por la democracia. Indudablemente había áreas de la práctica pública y privada que no encontraban satisfacción en la realidad presente y, aun en su diversidad, sostenían que el dominio por parte de una minoría (esclarecida, culta, superior) constituía una realidad histórica y natural. Esta concepción fue asociada a la idea de un destino fatal de la sociedad contemporánea, manifestando notorios rasgos de conservadurismo.

La derecha argentina de la primera mitad del siglo XX ha sido profunda y tempranamente antipopulista, con más contactos con el liberalismo de lo que explicitaban en sus discursos y con un uso emotivo y sentimental de algunos conceptos destinados a posicionarse por encima de la voluntad popular y las posiciones políticas contrarias a las propias. Un ejemplo claro de esos conceptos son los de nación, nacionalismo y república que se presentaban con un significante flotante pero proclamado como fuerza de verdad. Esta derecha radical era plural en sí misma, ya que expresaba contenidos nacionalistas, conservadores, liberales, militaristas y muchas veces un fuerte hispano catolicismo. En algunos casos más excepcionales también había expresiones modernistas. Lo cierto es que estuvo acompañada y estableció diálogos con otras expresiones derechistas más interesadas en praxis concretas y que gustaban de mostrarse más respetuosas de la normalidad institucional. Si bien esos encuentros se venían produciendo desde fines de la década de 1910, se intensificaron a lo largo de la década posterior y vivieron un momento crucial de articulación al momento de producirse el golpe de Estado, el 6 de septiembre de 1930. El derrocamiento del gobierno de Yrigoyen marcó para la Argentina la ruptura del orden constitucional que había sido el emblema de orden y modernidad y la negación de un discurso sostenido a lo largo de varias décadas. Y en esa apuesta participaron tanto los referentes políticos de los sectores liberal-conservadores, los neo-republicanos, los católicos, la derecha modernista y los militares. La derecha radicalizada, de tendencia nacionalista, desarrolló una intensa actividad para legitimar el movimiento y tratar de impulsar, en nombre de supuestos intereses de la nación, transformaciones que reformaran profundamente a la Argentina. En ese proceso antidemocrático se estrecharon los vínculos con las fuerzas de choque como la Liga Patriótica o la Liga Republicana. Pero, al mismo tiempo se produjo la ruptura con

los sectores liberal-conservadores (constituidos en derecha moderada) a los que acusaban de mezquindad y cobardía a la hora de las transformaciones. Así, la derecha radical fue redefiniendo objetivos y alianzas y extremó sus críticas a la dirigencia política liberal-conservadora, los llamados “regiminosos”, y evaluaba los posibles beneficios de incorporar, disciplinadamente, al pueblo en la arena política. No obstante, esa perspectiva nunca fue lo suficientemente fuerte como para desplazar su elitismo histórico. La organización del Estado ocupó un lugar destacado en las propuestas y en ella aparecieron diversas propuestas corporativistas que buscaban reestructurar el sistema político. La derecha articulada en torno al catolicismo, siguió un camino similar y si bien señalaban que la injerencia totalitaria en la vida religiosa de los hombres era intolerable ya que ese era un espacio sólo reservado a Dios, no dudaban en reivindicar el orden y la disciplina que había impuesto Mussolini, “una mano fuerte y salvadora” que tenía brío, creatividad y “hasta cierta elegancia insolente” (Franceschi, *Criterio* 261, 1933, p. 208 y, *Criterio* 272, 1933, p.149). Como puede advertirse y lo han hecho notorio la mayoría de los trabajos citados anteriormente, en Argentina, en un mismo proceso y como resultado del primer golpe de Estado del siglo XX, se constituyen la extrema derecha y la derecha liberal conservadora, más moderada y no tan claramente identificada, por la opinión pública, como una alternativa derechista.

Ahora bien, hasta aquí he mencionado los trabajos que abordan las derechas de la primera mitad del siglo XX, pero no puedo dejar de mencionar que en los últimos tiempos hubo una importante producción sobre las derechas desarrolladas en el posperonismo y, más recientemente, también han surgido numerosos trabajos sobre las derechas y el militarismo en la década de 1970. Es decir, que paulatinamente se va construyendo una aproximación al desarrollo de la tendencia a lo largo del siglo XX e incluso a las formas –exitosas– del siglo XXI. Referencias a cada una de estas experiencias pueden encontrarse en las actas de los anteriores Talleres de discusión “Las derechas en el cono sur, siglo XX”.

Entiendo que los abordajes de las últimas décadas no sólo reflejan las características de la historiografía y sus transformaciones, sino también la concepción sobre la democracia y la participación popular que emergió a partir de la transición democrática iniciada en 1983. Estamos viviendo una la expansión de un campo de estudios, el de las derechas, que hasta no hace mucho era indudablemente marginal dentro de la historiografía argentina y latinoamericana. Dicha expansión no sólo se evidencia en la cantidad de investigadores que se dedican a su estudio, las tesis de grado y posgrado que tienen

al complejo universo de las derechas como objeto de estudio, sino también en la ampliación de los períodos en análisis, abarcando el siglo XX e incluso lo que va del siglo XXI. El dinamismo no ha modificado sólo las temporalidades a analizar sino que experiencias (como la de los años treinta y los primeros golpes de Estado) que habían recibido una atención mayor que la de otros períodos, están siendo hoy revisitadas con nuevas preguntas, conceptualizaciones, enfoques y usos del método comparativo. Además, como ya señalé, investigaciones que tocaban tangencialmente cuestiones vinculadas con las derechas y que habitualmente no se detenían en su consideración, han sumado hoy su análisis como una variable más que puede aportar conocimiento y profundización a sus trabajos.

Asimismo, es interesante especificar que los trabajos de este último período muestran una creciente predisposición a usar el concepto “derechas”, poniendo así explícitamente en escena a un actor que en términos discursivos estaba ausente o se diluía entre las diferentes nominaciones. No obstante, aún se adeuda una discusión más profunda sobre la pertinencia del concepto, dado que no se han agotado los argumentos de las ambigüedades y tensiones. Por ello, considero necesario impulsar el debate sobre la aptitud, los beneficios y las complicaciones de servirse de la categoría “derechas”, así como continuar con los estudios sobre las características, la historicidad, la incidencia y la dinámica de eso que se llama/n derecha/s.

¿Qué son las derechas?, ¿qué hace que idearios, proyectos y sujetos sean definidos como derecha/s? ¿Cómo identificar a las derechas? ¿Es posible llegar a una definición no contingente, no esencialista, pero viable de aplicar a la variedad de posiciones históricamente desarrolladas? ¿El sostenimiento de la desigualdad entre las personas es criterio suficiente para definir las? Quizás estas incertidumbres sean una característica que nos diferencia de los investigadores de otros campos político-ideológicos que parten de definiciones más precisas o, al menos, más aceptadas por sus propios actores y por el campo intelectual. ¿Es posible que radique allí un punto de riqueza para los análisis, un impulso a no dar nada por sentado?

Resumiendo, las derechas argentinas emergieron como respuesta a los procesos políticos modernizadores y la incorporación del país al sistema capitalista internacional. Aun con matices, disputas y tensiones, estas derechas nacientes coincidían en cuestionar la democracia, las manifestaciones obreras, los idearios de izquierda, la movilidad social y la destrucción de las jerarquías que entendían naturales. Conservadurismo, tradicionalismo y apelación nacionalista fueron algunos de los rasgos iniciales de unas

derechas que tampoco relegaban el anticomunismo, el antisemitismo y las acciones represivas. Si bien, como he señalado, hay autores que entienden que estas derechas se encaminaron tempranamente hacia soluciones fascistas, desde mi punto de vista, el componente elitista fue siempre condicionante y, por ende, el desprecio hacia lo popular fue un eje estructurador de sus proyectos y de la articulación de los grupos (Morresi, 2010). Asimismo, no puede desconocerse la fuerza, vitalidad y extensión del ideario liberal conservador en Argentina, lo que llevaba a un discurso pretendido y radicalmente antiliberal que sin embargo presentaba muchas ambigüedades. No obstante, el clima de época, los supuestos logros de los regímenes nazi-fascistas y el franquismo, la propaganda que hacían los emigrados europeos, y la politización de los sectores populares alimentaron una tendencia pro corporativa que, en términos discursivos, se acercaba a los totalitarismos europeos y en la práctica se alejaba de la derecha liberal conservadora moderada.

No puede desconocerse que en el período de esplendor nazi-fascista hubo una multiplicación de grupos y publicaciones que se manifestaban a favor de Mussolini, Hitler y Franco. Sin embargo, esa radicalización no se vio reflejada en su fuerza política, ni en una ampliación notoria de sus bases y dirigencias, ni en la elaboración de idearios acabados que pudieran impulsar prácticas acordes. Lo cierto es que a medida que se producía la radicalización de las expresiones extremas de derecha, mayor fuerza y capacidad de sostenerse ganaba la derecha liberal-conservadora, disimuladamente antidemocrática y con capacidad concreta de ejercer el poder. En ese contexto, los grupúsculos de las derechas radicales se convertían en un grito testimonial con escasa importancia en la arena política, solo agigantados por las referencias y acusaciones de sus opositores.

Las derechas latinoamericanas desde una perspectiva comparada: el caso rioplatense

En los últimos tiempos y, probablemente relacionado con contextos e imaginarios políticos contemporáneos, se ha manifestado un impulso a los estudios comparativos entre países de Latinoamérica. Esto trasciende pero incluye el estudio de las derechas. El método comparativo permite establecer un sistema de relaciones que reconoce problemas comunes, semejanzas y diferencias entre los casos objeto de estudio (Bloch, 1999; Charle, 2010; Detienne, 2001; Sewell, 1967). Considero que la historia compara-

da puede ser un buen antídoto al etnocentrismo y a las atribuidas originalidades nacionales tanto como puede contrarrestar la presunción que sostiene que los ámbitos periféricos reproducen mecánicamente ideas y proyectos metropolitanos. Bohoslavsky (2011) entiende a la estrategia comparativa como aquella que permite mirar uno o varios casos, sin apuntar a explicar qué pasó, quiénes actuaron o qué dijeron, sino a saber por qué tal experiencia fue distinta a otra, por qué allí no sucedió esto o aquello, y señala que la historia comparada permite la “iluminación recíproca” de dos realidades confrontadas, de manera que los trazos fundamentales de uno pongan en relieve a los aspectos del otro, percibiendo las ausencias de elementos en uno y otro, las modificaciones en la intensidad y los elementos compartidos.

Concebimos como una gran virtud de esta perspectiva, especialmente para la historia intelectual y política, no limitar las comparaciones a contrastar ciertas sociedades o aspectos, sino avanzar en el análisis de las relaciones entre las sociedades comparadas. Este análisis de relaciones se conoce con el término de «Transfer». El concepto del «transfer cultural» es una creación de principios de los años ochenta, de los investigadores Michel Espagne y Michael Werner (Werner y Zimmermann, 2003, 15.49). En la literatura de habla anglófona lo encontramos bajo el término más amplio de: “Cross-national history”. Se trata de una perspectiva que busca captar la comunicación entre “culturas”, es decir, entre los fenómenos que se manifiestan en una concentración perceptible de sus relaciones semánticas y contextos sociales, a menudo con una dimensión espacial (Espagne, 1999, 2). Esta definición es válida no sólo para las culturas nacionales, sino también otros ejemplos, como cultura de la corte, de las elites, de los intelectuales, de las confesiones, de las ideologías, etc. y no incluye sólo a los activos individuales, sino también a otros más complejos, colectivos y simbólicos. Debido a que estas transferencias pueden ser entendidas como actos verbales y no verbales de comunicación, los eventos - los momentos en los que la transferencia se llevó a cabo - dependerán de las diversas condiciones y estructuras de la comunicación. Estos procesos continuos de entrelazamiento configuran el espacio cultural comparable a la vez que son afectados por una dinámica permanente. De tal modo, y como ha señalado Espagne (1994, 120), la teoría de la transferencia cultural se concibe como una contribución a la Historia comparada, como una corrección metodológica de la historia cultural comparada, ya que pone de manifiesto los movimientos, la circulación de ideas, los puntos de contacto y las ideas que se intercambiaron y se redefinieron.

Hacer una historia comparada que haga justicia a la diversidad y al pluralismo sin convertirse en algo tan particularista que haga imposibles o irrelevantes las comparaciones interculturales es una tarea completamente diferente a la de quienes optan por la aproximación “cosmopolita” (Fredrickson, 1985, 107-110). La historia comparada es una apuesta historiográfica que busca exponer y explicar problemas, por lo tanto, con Olabárri Gortázar (1992-93, 52), entiendo que la unidad de comparación debe ser elegida en función del problema planteado. Ello supone que no sólo la nación es una unidad viable sino que también pueden ser útiles como unidades de comparación las localidades, regiones o áreas transnacionales, pero además las unidades de comparación no tienen por qué ser unidades geográficas; las comparaciones pueden hacerse entre sistemas sociales, campos intelectuales y políticos o entre etapas cronológicas de la evolución de una misma unidad.

En mi caso en particular, y como parte de un proyecto colectivo mayor¹, me encuentro indagando los contactos, los puntos de encuentro y las divergencias entre las derechas de Argentina y Uruguay en la primera mitad del siglo XX, permitiendo que cada caso ilumine la realidad del otro y nos permita avanzar en un conocimiento más profundo de lo que han significado las derechas en América Latina, sus tensiones y ambigüedades, sus valores y cosmovisiones, su dinamismo y su inserción en prácticas, políticas e imaginarios. Particularmente estoy trabajando de la forma en que referentes de las derechas en ambos países caracterizaban al régimen democrático y la participación popular en política, a partir de una investigación que dé cuenta del peso de las redes de sociabilidad intelectual y política sudamericanas a la hora de entender las transferencias, transformaciones, continuidades, rupturas, interacciones y desplazamientos de valores, doctrinas, concepciones y actores. Sin duda las diferencias en los sistemas políticos, el grado de influencia del catolicismo, la solidez de los partidos políticos y del militarismo, una mirada no siempre coincidente sobre el imperialismo y la realidad continental, sobre el pasado y el futuro y quizás también una diferente visibilidad de los grupos pro o filo-fascistas marcan desarrollos específicos para cada país. Pero también hay encuentros en lo que hace al elitismo, el tradicionalismo, la desigualdad como hecho natural y las propuestas corporativas. Sin duda, algunos aspectos derivados de la internacionalización de las disputas y las adhesiones vinculadas a los regímenes totalitarios mostraron desarrollos similares y la constitución, por un lado, de una derecha

¹ PIP “Una perspectiva de larga duración sobre las derechas en Argentina, Brasil y Uruguay (1918-1948): circulación de ideas y redes transnacionales” CONICET.

conservadora y “contenida” con capacidad de alianza e inserción en los partidos políticos, habilidad para el ejercicio del poder y, por otro lado, una derecha radicalizada, marginal y escenográfica, de tendencia corporativista y predisposición violenta.

Fuentes

La Nación

La Prensa

La Nueva República

Criterio

Crisol

El Pampero

Diario de sesiones de la Honorable Cámara de Senadores de la Nación (Dshcs)

DE LA TORRE, Lisandro (1952). *Controversias políticas*. Buenos Aires, Hemisferio,

FRANCESCHI, Gustavo (1933). *Criterio* 261.

FRANCESCHI, Gustavo (1933), *Criterio* 272.

GÁLVEZ, Manuel (1939). *Vida de Hipólito Yrigoyen (El hombre del misterio)*. Buenos Aires, s/e. El texto fue escrito contemporáneamente al golpe de Estado de 1930

IBARGUREN, Carlos (1912). “Discurso pronunciado en la Colación de grados de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires”.

IBARGUREN, Carlos (1975). “El significado y las proyecciones de la Revolución del 6 de septiembre”, pronunciado el 15 de octubre de 1930 en la ciudad de Córdoba. En IBARGUREN, Carlos. *Obras*, Buenos Aires, Dictio.

IBARGUREN, Carlos (1977). *La historia que he vivido*. Buenos Aires, Dictio. (Memorias escritas a lo largo de la década del cuarenta y primera mitad de los años cincuenta)

LUGONES, Leopoldo. (1930b). *La Grande Argentina*. Buenos Aires, Babel.

LUGONES, Leopoldo (1949). *Piedras Liminares*, en *Antología de la Prosa*. Buenos Aires, Centurión.

LUGONES, Leopoldo (1924). “La hora de la Espada, Discurso, Ayacucho-Perú, 1924”, en LUGONES, Leopoldo (1930). *La Patria Fuerte*. Buenos Aires, Círculo Militar.

SAROBÉ, José María (1957). *Memorias sobre la Revolución del 6 de septiembre de 1930*. Buenos Aires, Gure.

Bibliografía

- AAVV (2001). *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Buenos Aires, Vergara
- BLOCH, Marc. (1999). *Historia e historiadores* Madrid, Akal.
- BOHOSLAVSKY, Ernesto (2009). *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (siglos XIX y XX)*, Buenos Aires, Prometeo.
- BOHOSLAVSKY, Ernesto (2011). “Historias conectadas y comparadas del antipopulismo de derecha en Argentina, Brasil y Chile a mediados del siglo XX” en *Anuario IEHS* 26 (2011), pp. 239-250
- BUCHRUCKER, Cristián (1987). *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis mundial, 1927-1955*, Buenos Aires, Sudamericana.
- CÁRDENAS, Eduardo y PAYÁ, Carlos (1978). *El primer nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Peña Lillo.
- CHARLE, Christophe. (2010). «La historia comparada de los intelectuales en Europa: Algunas cuestiones de método y propuestas de investigación», en SCHRIERWER, Jüergen, KAEUBLE, Hartmut. (comp.) *La comparación en las ciencias sociales e históricas. Un debate interdisciplinar*, Barcelona, Octaedro.
- COHEN, Deborah (2001). “Comparative history: buyer beware”, en *GHI Bulletin* NO. 29,
- DETIENNE, Marcel. (2001): *Comparar lo incomparable. Alegato a favor de una ciencia histórica comparada*, Barcelona, Ediciones Península,
- DEVOTO, Fernando y BARBERO, María Inés (1983). *Los nacionalistas*, Buenos Aires, CEAL.
- DEVOTO, Fernando (2002). *Nacionalismo, fascismo, tradicionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- DOLKART, Ronald (2001). “La derecha durante la década infame, 1930 -1943”; en: AAVV, *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Ed. Vergara, Buenos Aires.
- ECHEVERRÍA, Olga (2009). *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*, Rosario, Prohistoria ediciones.
- ESPAGNE, Michel (1999). *Les transferts culturels franco-allemands*, PUF, Paris.
- ESPAGNE, Michel (1994). «Sur les limites du comparatisme en histoire culturelle”, *Genèses. Les objets et les choses*, 17.

- FINCHELSTEIN, Federico (2002). *Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*, Buenos Aires, FCE.
- FINCHELSTEIN, Federico (2008). *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*, Buenos Aires, Sudamericana.
- FINCHELSTEIN, Federico (2010). *Fascismo trasatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*, Buenos Aires, FCE.
- FREDRICKSON, George M (1985). «Giving a Comparative Dimension to American History: Problems and Opportunities», *JIH*, 16.
- HAUPT, Heinz-G. y KOCKA, Jürgen (2009). *Comparative and Transnational History: Central European Approaches and New Perspectives*, Berghahn Books.
- KOZEL, Andrés (2008). *La Argentina como desilusión*, México, Nostromo.
- LVOVICH, Daniel (2003). *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina, 1890-1945*, Buenos Aires, Javier Vergara.
- LVOVICH, Daniel (2011). “Contextos, especificidades y temporalidades en el estudio del nacionalismo argentino en la segunda mitad del siglo XX” en CUCCHETTI, Humberto. y MALLIMACI, Fortunato. (eds.): *Nacionalistas y nacionalismos. Debates y escenarios en América Latina*. Buenos Aires, Gorla.
- LVOVICH, Daniel (2006). *El nacionalismo de derecha*, Buenos Aires, Capital intelectual.
- MACOR, Darío. (1999): “Estado, Democracia y ciudadanía” en Macor, Darío: *Estado, democracia, ciudadanía*, Red de Editoriales de Universidades Nacionales y diario Página 12, Buenos Aires.
- MCGEE DEUTSCH, Sandra (1986). *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932: The Argentine Patriotic League*, University of Nebraska.
- MCGEE DEUTSCH, Sandra (1999). *The extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*, Stanford, Stanford University Press.
- MORRESI, Sergio (2010). “Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en Argentina (1955-1983)”, en BOHOSLAVSKY, Ernesto (comp.): *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de discusión*, Los Polvorines, UNGS.
- NASCIMBENE, Mario y NEUMAN, Mauricio (2005). *El nacionalismo católico, el fascismo y la inmigración en la Argentina (1927-1943): una aproximación teórica*, Conicet, Buenos Aires.
- NAVARRO GERASSI, Marysa (1968). *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.

- OLABARRI GORTÁZAR, Ignacio (1992-93). “Qué historia comparada”, *Studia Historica-historia contemporánea*, Vol. X-XI
- RAMOS, Jorge Abelardo (1957). *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Amerindia.
- ROCK, David (1993). *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires, Ariel.
- ROMERO, José Luis (1965). *El desarrollo de las ideas políticas en la sociedad argentina del siglo XX*, México, FCE.
- ROMERO, José Luis (1970). *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*, Buenos Aires, Paidós.
- SEWELL, William H. (1967): “Marc Bloch and the Logic of Comparative History”, *History and Theory*, Vol. 6, N° 2, pp. 208-218.
- SPEKTOROWSKY, Alberto. (2011) *Autoritarios y populistas. Los orígenes del fascismo en Argentina*, Buenos Aires, Lumiere.
- SPILIMBERGO, Jorge Enea (1956) *Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario*, Buenos Aires, Amerindia.
- TATO, María Inés (2004). *Vientos de Fronda*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- TRONCOSO, Oscar (1957). *Los nacionalistas argentinos*, Buenos Aires, SAGA.
- TUSELL, Javier (1997). “Introducción”, en TUSELL, J., MONTERO, F y MARÍN, J-M.: *Las derechas en la España contemporánea*, Barcelona, UNED-Anthropos.
- WERNER, Michael y ZIMMERMANN, Bénédicte (2003). “Beyond comparison: Histoire croisée and the challenge of reflexivity”, *Annales HSS*, Jan.-Feb, 58, 1.
- ZULETA ÁLVAREZ, Enrique (1975). *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla.

¿Cómo citar este artículo?

ECHEVERRÍA, Olga, “Los estudios sobre las derechas argentinas y rioplatenses del siglo XX. Balances, preguntas y perspectivas de análisis”, en Ernesto BOHOSLAVSKY, Magdalena BROQUETAS y Olga ECHEVERRÍA (editores), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del VII Taller de discusión*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016, pp. 148-162. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

SOBRE LOS AUTORES



Magdalena Broquetas es Doctora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata y Licenciada en Ciencias Históricas por la Universidad de la República de Uruguay, donde se desempeña como profesora adjunta. Es integrante del Sistema Nacional de Investigadores. Ha investigado y publicado sobre las derechas en Uruguay durante la Guerra Fría. También es autora y coordinadora de una historia de la fotografía en Uruguay.

Correo: magdalena.broquetas@gmail.com

163

Mauricio Bruno es Licenciado en Ciencias Históricas por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE) de la Universidad de la República (UdelaR). Diplomado en Educación, Imágenes y Medios por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Cursa la Maestría en Historia Política de la Facultad de Ciencias Sociales (UdelaR). Ayudante del Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos de la FHCE-UdelaR. Integrante del área Documentación y responsable de área Investigación del Centro de Fotografía de la Intendencia de Montevideo.

Correo: brunom1984@hotmail.com



Gabriel Bucheli es profesor de Historia por el Instituto de Profesores Artigas (Montevideo). Diplomado en Historia Económica por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República. Magister en Estudios Latinoamericanos por la misma universidad. Actualmente es docente de historia en esa casa de altos estudios.

Correo: gabriel.bucheli@cienciassociales.edu.uy

Gerardo Caetano es historiador y politólogo. Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Es Coordinador Académico del Observatorio Político del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de la República, donde se desempeña como Profesor Titular. Es Director Académico del Centro para la Formación en Integración Regional, Presidente del Consejo Superior de FLACSO y miembro del consejo directivo del CLACSO. Investigador Nivel III en el Sistema Nacional de Investigadores de Uruguay. Sus áreas de trabajo son Historia uruguaya y latinoamericana contemporánea, democracia y ciudadanía, dimensiones políticas de la integración regional. Ha publicado más de 260 textos entre libros y artículos en revistas especializadas.
 Correo: gcaetano50@gmail.com



164



Carolina Cerrano es Doctora en Historia (Universidad de Navarra, España), Magister en Historia (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, España), Profesora de Historia (Universidad Nacional de Rosario, Argentina). Investigadora de la ANII (Uruguay), docente y coordinadora académica de la Maestría en Historia (Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Montevideo).

Correo: ccerrano@um.edu.uy

Luis Klejzer es profesor de Historia por la Universidad Nacional de General Sarmiento. En esa institución es becario de docencia e investigación del Área de Historia. Ha participado de distintos proyectos de investigación y en la actualidad investiga sobre la proclamación de estados de sitio en la historia reciente de Argentina.

Correo: lklejzer@ungs.edu.ar





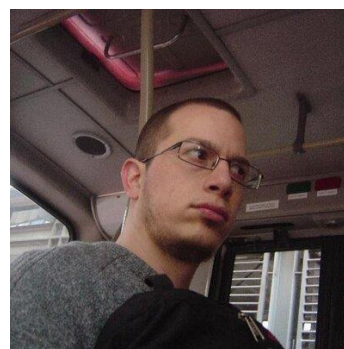
Olga Echeverría es profesora, licenciada y doctora en historia por la Universidad Nacional del Centro (Argentina) donde trabaja como docente de la Facultad de Ciencias Humanas y de varios posgrados. Investigadora adjunta del CONICET. Sus investigaciones se centran en el estudio de los intelectuales de derecha y sus perspectivas sobre la nación, la democracia y los sectores populares. Actualmente estudia las derechas de Argentina y Uruguay en perspectiva comparada.

Correo: olgaecheverria23@gmail.com

165

Luis Herrán Avila es candidato a Doctor en Ciencia Política e Historia por la New School for Social Research en Nueva York donde obtuvo una Maestría en Ciencia Política. Es licenciado en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha investigado la historia del anticomunismo y de la extrema derecha en México, Colombia y Argentina durante la Guerra Fría, y ha publicado en revistas especializadas.

Correo: herrl567@newschool.edu



María Eugenia Jung es Magister en Ciencias Humanas (Universidad de la República) y actualmente cursa el Programa de Doctorado en Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Nacional de Quilmes (Argentina). Es asistente de investigación en el Archivo General de la Universidad de la República (www.universidad.edu.uy/renderPage/index/pageId/449). Sus investigaciones se centran en la relación de las derechas con los debates sobre la educación superior en las décadas de 1950 y 1960. Tiene publicados varios libros y artículos en revistas arbitradas. Integra el Sistema Nacional de Investigadores, Agencia Nacional de Investigación e Innovación.

Correo: mariaeugeniajunggaribaldi@gmail.com



Leandro Pereira Gonçalves es profesor adjunto del Programa de Posgrado en Historia de la Pontificia Universidad Católica do Rio Grande do Sul. Doctor en Historia por la Pontificia Universidade Católica de São Paulo con estadía en el Instituto de Ciências Sociais de la Universidade de Lisboa y pos-doctorado por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Es investigador extranjero asociado del Centro de Estudos de História Religiosa de la Universidade Católica Portuguesa. Dirige un grupo de investigación de CNPq y coordina la red de investigación “Direitas, História e Memória”.

Sus trabajos más recientes se concentran en cuestiones relacionadas con el conservadurismo del siglo XX, el estudio de la derecha, cristianismo y autoritarismo, fascismo, integralismo, migraciones y aspectos teorizados a través da cultura política.

Correo: leandro.goncalves@pucri.br

Matías Rodríguez Metral es Profesor de Historia egresado del Instituto de Profesores Artigas de Montevideo, Uruguay. Actualmente se encuentra elaborando su tesis de la Maestría en Historia Política, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República (Uruguay), centrada en la Lista 15 del Partido Colorado en la primera mitad de la década de 1960. Para ello obtuvo una beca de Posgrados Nacionales de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación. Se desempeña como docente de historia en enseñanza media.

Correo: rodriguez.metral@gmail.com

